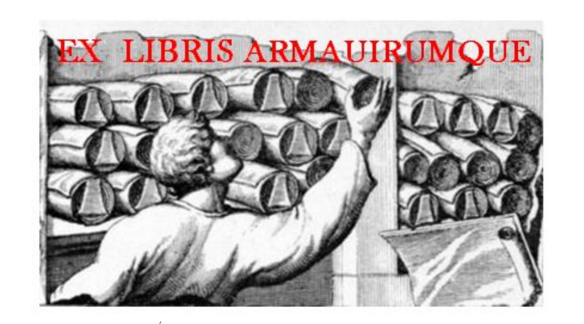

JUAN BENET
CUENTOS COMPLETOS
ALIANZA EDITORIAL
2

En el prólogo a la primera edición de sus CUENTOS COMPLETOS señalaba JUAN BENET que la recopilación reunía «un variado conjunto de relatos muy diversos, salpicados de imágenes de emociones que de manera refleja pueden resucitar diferentes estados del espíritu». Caracteres enfrentados y situaciones singulares dan lugar al despliegue de diferentes actitudes y pasiones: «La generosa nobleza separada por un delgado tabique de páginas de la más baja ruindad; la venganza implacable junto al magnífico perdón; desapacibles noches del invierno regionato a poca distancia en el tiempo de los cálidos mediodías; momentos risueños dentro de un acontecer sombrío, y viceversa; el lujo de una civilización pagada de lo último en contraste con la miseria de una cultura añeja y decrépita.» En este primer volumen (LB 649) se reúnen las novelas cortas y en el segundo (LB 650) los cuentos propiamente dichos. En esta misma colección han sido editados los cuentos completos de Ignacio Aldecoa (LB 436, LB 437), Carmen Martín Gaite (LB 704), Jesús Fernández Santos (LB 675), Francisco García Pavón (LB 820, LB 821), Medardo Fraile (LB 1545) y Juan García Hortelano (LB 1588, LB 1589).

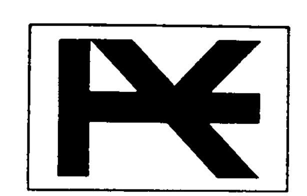
Cubierta: Daniel Gil

El libro de bolsillo
Alianza Editorial

Juan Benet:
Cuentos completos, 2



El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



®

Sección: Literatura

Primera edición en «El Libro de Bolsillo»: 1977
Segunda reimpresión en «El Libro de Bolsillo»: 1995

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 393 88 88
ISBN: 84-206-1650-8 (T. 2)
ISBN: 84-206-1983-2 (O.C.)
Depósito legal: M. 13.323/1995
Impreso en Fernández Ciudad, S. L.
Catalina Suárez, 19. 28007 Madrid
Printed in Spain

Horas en apariencia vacías

Los martillazos se empezaron a oír en las primeras horas de una mañana. El Juzgado se había instalado en una casa grande y vieja no lejos del Ayuntamiento y sobre el dintel de su entrada, con unas tablas pintadas de rojo y amarillo, quedó improvisado aquel cartel con el primer símbolo del nuevo régimen:

Todo por la Patria

Desde la mañana soldados y voluntarios montaron la guardia a la puerta. Más tarde un hombre con pantalones de paisano, pero con camisa azul y guerrera militar, ordenó cerrar una hoja y al cabo de cierto tiempo volvió a salir para clavar en ella una cuartilla mecanografiada, sellada con un tampón morado, extracto y fruto de varias horas de tecleo de una máquina de escribir que había sido traída con anterioridad. Un pelotón de soldados, conducidos por un sargento, había recorrido el pueblo con una camioneta pintada de camuflaje para buscar un cierto número de sillas, mesas, unas colgaduras de tercio-

pelo corinto, unas pocas estufas de leña y tres o cuatro crucifijos. En el interior no cesaron ni los martillazos ni el tecleo de las máquinas, con esa apenas simulada e impaciente diligencia de los tramoyistas que, a telón bajado, se afanan por abreviar el cambio de decorado durante un entreacto que se ha prolongado en exceso.

En el balcón central montaron también una grosera asta, aprovechando un palo de la luz, y —al toque de un corneta que con la guardia salió apresuradamente de la casa, ajustándose los correajes y abrochándose las guerreras— izaron una bandera roja y gualda de un tamaño tan falto de medida que las personas que entraban y salían se veían obligadas a apartarla de la cara.

Cuando dieron por terminada la instalación provisional el mismo pelotón de soldados y voluntarios, provistos de brochas, estarcidos y botes de pintura negra, se repartió por las calles del pueblo —como para fijar los anuncios de la nueva representación que se avecinaba— con orden de decorar algunos de los puntos y rincones más significativos y frecuentados con los símbolos, efigies y emblemas del nuevo régimen.

Con todo no se despertó mucha curiosidad. A excepción de algunas mujeres y hombres de edad, apenas hubo testigos de los actos que siguieron al breve desfile. Una semana antes, en contraste, cuando se apagaron los ecos de la batalla del Torce (con la incertidumbre de los combates se había levantado una niebla purpúrea) surgieron en el crepúsculo cientos de luces que se habían mantenido apagadas durante mucho tiempo. Fue la apoteosis de un día neutro, de un primer instante atónito ante la cesación del fuego, envuelto en la fugaz crisálida del vaho. A la mañana siguiente cuando las primeras tropas —en doble fila india, una en cada acera— comenzaron a subir hacia la humeante ciudad, cuando los primeros camiones y acemileros cruzaron el puente de Aragón, con el rebullir de aquel ejército que despertaba y se desperezaba tras varios meses de un húmedo sueño en las trincheras, algunas ventanas seguían iluminadas, aún seguían encendidas las farolas arrabaleras de la carretera —trazada

en la niebla— como para significar el abandono de la ciudad cuando vapor, tierra, agua y fuego se fundieron en un solo elemento para envolver el instante del colapso.

Había sido una ocupación silenciosa que llevaron a cabo dos columnas de a pie, acompañadas de los acemileros y sus caballerías y unos pocos camiones Henschel salpicados de barro que ocultaba el llamativo camuflaje, repletos de soldados. El mismo día de la ocupación, al mediodía, y en virtud de una autorización especial, firmada por el propio coronel Gamallo y concedida en gracia a sus circunstancias familiares, llegó el capitán en el pequeño coche cerrado del EM, de color verde pardo. Había hecho las oposiciones al Cuerpo Jurídico antes de la guerra y ya el año anterior ascendió un grado por méritos de guerra de forma que, a pesar de su juventud, ya ostentaba tres estrellas en la bocamanga y fumaba cigarrillos de cuarterón, en una boquilla de resina sintética. Y a quien no le fue difícil, en cuanto se recuperó de las heridas producidas por una bomba de mano que habían de provocar una anquilosis parcial del brazo izquierdo y en el momento —mediada ya la guerra— en que los hombres eran tan imprescindibles en los frentes como en los despachos oficiales, ser devuelto al ejercicio de una profesión sobrecargada de trabajo en aquel entonces. Y que por un involuntario sarcasmo, provocado por la reluctancia del coronel Gamallo y su Estado Mayor a entrar en la plaza a la que había puesto asedio durante varios meses, fue durante más de veinticuatro horas la más alta jerarquía militar en el momento de su ocupación. Cuando bajó del pequeño Balilla en la plaza del Ciento —sin otro público que los soldados— parecía confundido. Ya se habían estacionado tres camiones de tropa, pero soldados y clases —careciendo de órdenes específicas, sosteniendo las banderas y los gorros en los cañones de los mosquetones— no se habían decidido a descender para contemplar la soleada soledad de la plaza, asomando sus cabezas por encima de las valderas— con la supina y expectante pasividad de un público que espera en el coso el comienzo de la función. Se sacudió la ceniza

y el polvo de la guerrera y con un gesto extremado se ajustó el correaje. Un sargento abandonó su asiento en la cabina de un camión y, subiéndose los pantalones, se acercó a él para darle la novedad. Cuando el capitán le apeó de su posición con un gesto de la boquilla, le requirió las órdenes y consultó un reloj de bolsillo. El capitán se guardó de confesar que ignoraba y carecía de toda clase de órdenes y advirtiéndole que mantuviera a la tropa en la misma posición, se despidió de él tras solicitar una asistencia. Por culpa de su incómoda posición, su primera visita a su tía fue muy breve, lo justo para saludarla y besarla en la mejilla y con las palabras y fórmulas de sentimiento menos convencionales que pudo hilvanar, hacerle patente su propio dolor por la tragedia que se había cebado con todos los suyos, al tiempo que solicitaba su permiso para residir en la casa mientras durase su comisión y hacerle una compañía que, aunque insuficiente y a destiempo, sólo podía ser bien recibida por quien había sido tan cruelmente despojada. Pero aquella primera y breve visita le alarmó; ciertamente no había esperado encontrar una acogida calurosa, pero tampoco había anticipado un tal distanciamiento en una persona tan vivaz y afable y que, desde niño, le había distinguido con especiales deferencia y cariño; no solamente no pareció animarse con la idea de acogerle en su casa sino que hasta creyó adivinar un gesto de malestar cuando el asistente dejó en el recibidor sus efectos personales. Por la tarde con la ayuda de los suboficiales ordenó la disposición y el alojamiento de la tropa y, tomando sobre sí problemas que no eran de su competencia, estuvo atareado hasta muy tarde, conformándose con un rancho frío y una taza de café para no volver a la casa hasta bien entrada la noche. A la mañana siguiente bastante temprano llegaron otros dos coches repletos de oficiales casi todos de mayor graduación que él y que, sin reparar demasiado en su presencia, devolviéndole distraídamente el saludo, se dirigieron hacia la Casa Consistorial. Al poco rato se produjo un revuelo de gente ante la puerta principal, se izó la bandera, se montó la guardia, un co-

mandante pasó revista a la tropa formada en la plaza, se ocuparon otros puntos de la ciudad que hasta entonces habían sido desatendidos y antes de la media mañana la ocupación total de Región quedó consumada.

* * *

Pronto se había de anticipar el verano, quién sabe si acuciado por la concentración de guerreras, correajes, actitudes marciales y camisas abiertas que sólo parecen surgir y proliferar bajo un sol de plano, para transformar la primavera en una estación rigurosamente seca. Apenas florecidos los escasos mirtos y lilos, cuya flor se mantenía en aquel clima hasta entrado junio, comenzaron a agostarse. Todas las mañanas muy temprano, a la vuelta de la iglesia, regaba durante una hora los últimos vestigios y macetas de geranios y clavelinas del jardín, transformado en un humilde huerto durante la guerra. Hablaba muy poco, demasiado celosa de preservar una apostura y una dignidad cuya mejor garantía era el silencio. Cuando terminaba de desayunarse —un pedazo de pan y un tazón de malta y leche que le eran servidos en un rincón de la mesa— el capitán, los días que se quedaba a trabajar en la casa, pasaba a rendirle su saludo matutino; sentada en el mirador del salón, suspendía por un momento la selección de lanas de su caja de costura y levantaba su mirada por encima de sus lentes de alambre de oro. Día a día su perfil, balanceándose contra el fondo de cristales, visillos y estores amarillentos y calendarios atrasados, había ido adquiriendo esa silenciosa y sibilina autoridad del péndulo, indiferente a los rayos de sol y atenta tan sólo al crujido con que la casi centenaria mecedora mantenía el cómputo. No hacía sino extraer madejas de lana de diversos colores neutros para rebobinarlas en pelotas del tamaño de una naranja, que depositaba con sumo orden en una vieja caja de zapatos, sobre el suelo del mirador. Al principio llegó a pensar si en su cabeza ya no habría espacio para otra cosa, si la tragedia la habría dejado incapaz para todo, incluso para

la reproducción del dolor. Y, sin embargo, constituía todo un símbolo: hasta el coronel Gamallo —tan desdeñoso y suspicaz respecto a todo lo de Región que no llegó a hacer noche en la ciudad y solamente en dos ocasiones puso el pie en ella, sólo el tiempo preciso para satisfacer sus compromisos y cumplimentar las diligencias con su CG— se sintió obligado a visitarla para presentarle sus respetos, tras haber sido introducido por el propio capitán, y testimoniarle el agradecimiento de toda la Patria por los muchos sufrimientos y la dura prueba que había pasado quien —según palabras quasioficiales— «tanto o más que cualquier otro podía enorgullecerse de personificar los ideales que habían motivado la cruzada». Fue una visita un tanto difícil y bastante silenciosa, además de solemne, en la que el coronel apenas se limitó a pronunciar las frases de ritual para tales ocasiones en cuanto portavoz de un sentimiento que por lo que tenía de social y patriótico apenas expresaba nada personal. Sentados en sendas sillas junto a su mecedora, sin atreverse siquiera a apoyarse en el medallón, se limitó a decir que ciertamente martirios como el suyo habían sido y serían todavía necesarios a fin de gozar de la paz que todos habían anhelado.

Entonces suspiró y levantó el mentón, su mirada se perdió por los ventanales del mirador, sus manos acariciaron con suavidad los brazos sin barniz de la mecedora, y dijo:

—No ha pasado nada.

El coronel se levantó; insinuó un torpe ademán de besar su mano y al retirarse dejó disimuladamente sobre una esquina de la mesa del comedor el estuche cerrado que contenía la medalla que le había sido concedida, rogándole al capitán que le hiciera entrega de ella cuando lo considerase más oportuno. Pero ni siquiera con él —con su sobrino— abandonó su mutismo.

Días después trató con timidez de requerir de ella algunos detalles y pormenores sobre las circunstancias que habían rodeado su tragedia; pero no obtuvo, a guisa de respuesta, más que una muy rápida, incisiva y vidriada

mirada —delatora en un instante de la dilatada e inconfesada razón que sustentaba su pertinaz retraimiento, de la reserva de dolor o de odio que aún escondía en sus entrañas, de tal manera reprimida que ya no contaba con la fuerza necesaria para levantar su voz o mover sus manos, tan sólo para iluminar y acerar sus pupilas— que en seguida sería desmentida por la suspirante y hermética apostura de siempre, acaso arrepentida de la fugaz e involuntaria aparición de la violencia.

Volvió a tomar asiento confundido cuando una mañana, observándole por encima de los lentes, le comunicó que necesitaba tomarle unas medidas porque era su propósito confeccionarle un jersey de lana. Y tomándolo como un síntoma de su apaciguamiento volvió de nuevo a insistir en sus preguntas, sin obtener el menor resultado. Ya no le obsesionaban los pormenores de la pasada tragedia —la que había impuesto el sacrificio de su marido y sus dos hijos, los tres fusilados ante la misma tapia— respecto a la que en lo sucesivo evitaría la menor alusión, por respeto a ella y por disimulo hacia su propia vergüenza en cuanto superviviente, reserva que parecía obligada y obtemperada a aquella otra que había llegado a retirar de la vista todos los recuerdos de los fallecidos (que al parecer guardaba en su dormitorio a cobijo de toda indiscreción) con tal rigor que sus nombres y memorias parecían definitivamente borrados de la casa, tanto como la amenaza que pesaba sobre su último pariente —concuñado suyo— hacia el que por un sarcasmo no infrecuente en aquellos días habría de caer todo el ineluctable peso de la justicia de no mediar una fuerza muy considerable movilizada en su favor. En cuanto a la medalla ni siquiera la miró; distraídamente escuchó sus palabras —como si la mención no fuese dirigida a ella— y sin el menor interés volvió la vista hacia el estuche que había de quedar en el mismo punto donde lo dejara el coronel, hasta que a la noche lo retiró la sirvienta para poner el mantel a la hora de la cena. Lo colocó encima del aparador y ahí quedó para no recibir otro cuidado que el paso del plumero con que todas las mañanas se

quitaba el polvo de la plata y la cristalería, símbolo explícito del involuntario desdén con que en aquella casa eran recibidas las recompensas y los reconocimientos y sentimientos de gratitud por las pérdidas sufridas. Para él no tuvo una sola palabra de afecto ni en ninguna ocasión llegó a sincerarse, cosa que andando el tiempo el capitán no pudo más que agradecer, cohibido por su propia timidez y aturdido por un sentido de culpa en un ambiente que si un día le fue familiar con el holocausto se había distanciado y sacralizado, hurtándole toda intimidad, ya que lo último que deseara fuera ser tenido por una suerte de compensación a tales pérdidas aun cuando por su orfandad, por los lazos de familia y afecto que le habían unido a ella, por la amistad y cariño sin par que le habían profesado en vida sus primos mártires, reunía todas las condiciones para ello. No sabía cómo abordarlo, vedadas como le estaban todas las referencias a la tragedia poco menos que fratricida y a sus consecuencias pasadas y presentes —y no era la menor la exigüidad de sus recursos, reducida a la viudedad y, por otro gesto de orgullo no exento de ironía, privada de las rentas de la tierra manchada con la sangre de los suyos—, pero toda vez que uno de los más graves cargos que pesaba sobre el acusado era la pasividad —la más cómoda, pero también la más inexcusable forma de enemistad, para el hombre situado en el poder— que había demostrado hacia sus parientes cuando estuvo en su mano salvarles la vida, no podía por menos de pensar que en cuanto cierta intimidad se lo permitiera había de recabar su valioso testimonio para aportarlo a la prueba, en cuanto le constara que semejante intervención podría ser conseguida sin volver a abrir las cicatrices de la mutilación. Su cuello, tan esbelto en otro tiempo, ya no parecía tener juego ni servir para otra cosa sino como pedestal de la resignación: su mirada se había acostumbrado a los objetos lejanos —más allá de los cristales rotos y todavía no repuestos, unidos con papel de goma y esparadrapo, y los marcos engatillados; más allá de los tejados hacia el vacío insomne de los silenciosos colapsos y el argen-

tado fulgor de un ayer cristalizado en soledad, edad y calvicie; y más allá del siempre presente y evanescente apocalipsis— y sus manos, carentes de toda memoria, sólo prestaban atención a sus madejas de lana y a aquella ya antigua profesión de silencio, guardada entre los brazos de la mecedora, alejada ya la amenaza del azar.

Los primeros días pesaba demasiado el símbolo; luego comprendió que el objeto de enigmática y apesadumbrada carne ni siquiera se había detenido a pensar en ello: si un día el dolor se había apoderado de él no era para —al cabo de unos meses o unos años— cederlo a un culto menor o transferirlo a la piedad. Todos los días acudía con puntualidad a la iglesia y durante la primera semana se decidió a acompañarla, espoleado por sus propias indecisiones y por aquella obediente e inexperta falta de costumbre que le inducía, como a un colegial, a seguir el ejemplo de sus mayores. Pero pronto dejó de hacerlo, persuadido de que incluso para arrodillarse junto a ella constituía un estorbo a su inconfesado pero patente deseo de soledad, a aquella clase de impenetrable piedad —endurecida por la resolución, recelosa de sus propias debilidades— que tan incómoda tenía que sentirse en presencia de testigos; un bienestar ultrajado y arruinado, un siempre ofendido sentimiento de paz y de justicia buscaban de consuno un consuelo lejos del reconocimiento de la deuda —y quizás el ahorro del orgullo era la primera premisa de una actitud decidida a no negociar más que consigo misma. Por lo mismo que ya no podía presentar su demanda más que al tribunal de Dios, sabía que no debía apelar ni comparecer ante otra justicia terrena que a la inmanente necesidad de equilibrio que el tiempo —y la fe— imponen al necesitado, ni esperar otro plazo que aquel ilimitado que la esperanza abre para probarse, ni aguardar otro fallo, volviendo a actualizar y rehabilitar una antigua jerarquía de la soledad, olvidada en los años de armonía y satisfacciones familiares, que la restauración de su propia persona, en el límite primero de la fe, como objeto primordial del cuidado. Todo eso lo aprendió tal vez mientras ella tomaba sus medidas y hacía sus prue-

bas, obligándole a permanecer firme con la mirada clavada en el ventanal, por encima de su cabeza cana, su cabellera estirada y rala que exhalaba el aroma de la edad, y, con los lentes calados, cuando ajustaba el hombro para observar el exceso que cubría la mitad de sus dedos, observaba con parsimonia su pecho sin dirigirle una sola mirada a la cara. Aquella actitud tan recta y estricta le reconfortó tanto que el respeto al símbolo dejó paso a otro sentimiento, más imbuido de una cierta veneración engendrada por su propia experiencia.

Con excepción de los deberes caseros —las comidas frugales, el riego del jardín, el interminable tejer en la mecedora del mirador— no parecía ocuparse ni interesarse en nada y ni siquiera paraba mientes a la victoria de la causa, por la que habían sucumbido los suyos, y a la nueva era que se anunciaba con ella. Era el mismo sacrificio —sin duda— en aras a un fruto que para ella carecía de sabor, lo que en su fuero interno se había negado a aceptar. Ya nada podía cambiar, después de la tragedia: la paz o la guerra, la victoria o la derrota le eran en cierto modo indiferentes. Otra cosa hubiera sido si, por una sola vez, hubiera podido entrever una finalidad distinta a la que regía su hogar y velaba por el orden familiar: pero parecía ya demasiado simple para lograrlo y —por consiguiente— insobornable a cualquier clase de justificación, incluso a aquella, la más incuestionable, que le procuraba la religión. No había estado preparada para la prueba y, en consecuencia, solamente con la pérdida —no la renuncia— de muchos de sus atributos personales había logrado soportarla: no abandonaba el pañuelo, escondido en la bocamanga, pero era tan sólo para sonarse cada cuarto de hora.

Cuando a punto de estar concluido el jersey de lana —antes de que la llegada de la sirvienta le obligara a recoger sus papeles extendidos sobre la mesa— volvió a insinuar ciertas preguntas, aunque no en forma interrogativa, sobre algunos hechos y personas relacionadas con los sumarios, ella no sólo adivinó sus intenciones, sino que eludió toda respuesta de manera que no tuviera que

llamarse a engaño, tranquilamente indiferente y sólo atenta a su labor, con un suspiro o un gesto del pañuelo para apretar la nariz casi transparente en cuyo tabique los lentes de hilo de oro habían dejado una permanente huella roja. Tan sólo abandonó su mutismo tiempo después, para una imprevista solicitud.

Los últimos días de junio fueron a tal extremo calurosos que incluso ella —para quien ya no existían los climas ni casi los días, ni el silencio de la casa o el alboroto de la calle— debió resentirse de ello porque abandonó el tejido de lana para entretenerse en remiendos y bordados de ropa blanca y fresca. No levantó la mirada de la aguja —mientras el capitán sorbía la malta a pequeños sorbos, interesado en la lectura del diario de la capital que llegaba con una fecha de retraso— para exponer de manera apenas perceptible que había algo que se podía hacer y que estaba en su mano al menos intentarlo.

En el momento de decirlo no lo oyó o si lo oyó no lo relacionó con algo que a él incumbiera. Se sintió avergonzado, incapaz de indicarle que lo repitiera. Apartó el diario y observó los restos de achicoria en el fondo del tazón porque ella había callado de nuevo (instantáneamente alejada y desvinculada de unas palabras que pronunciadas por un espíritu viajero ya nada tenían que ver con ella, concentrada de nuevo en su costura), al tiempo que la sirvienta retiraba el servicio del desayuno, las galletas y la fuente de pasas, sin dar otras señales de su comezón que las discretas y furtivas miradas hacia el mirador donde cosía su señora. Y ahora buscaba el sentido y acaso la vuelta de aquellas palabras impersonales y átonas, carentes de toda intención, de toda súplica y de cualquier emoción, que la aguja al contacto de la sábana blanca parecía reproducir para sí con secreta cólera, pero que ella se negaba a repetir humillada acaso de la escasa atención que había despertado o avergonzada del inútil sacrificio de su compostura y su silencio. Unos días más tarde fue la sirvienta quien lo repitió —entre lágrimas e hipidos— obligándole a retirarse con ella a un rincón del pasillo para, a escondidas de su señora,

hacerle saber que se trataba de un sobrino suyo —lo único que le quedaba en este mundo— que como prisionero republicano —apenas contaba veintidós años, había conducido un camión durante la guerra y, en los últimos meses, el coche de un alto personaje— esperaba en el campo de Macerta ser juzgado por las autoridades militares.

* * *

—¿Juzgado?

Aún resonaban —palabras, en contraste, con un marcado acento no de duda ni de asombro, sino de jactancia— sobre el tecleo de las máquinas de escribir y las conversaciones de mesa a mesa. Pequeño, sin lustre, prematuramente encanecido y con aquel aire de accidental, involuntaria y perversa virginidad, parecía en todo momento poder escudriñar y descubrir las intenciones de ruegos y preguntas tan parcamente expuestos: un cigarrillo —encendido o apagado— descansaba permanente en el borde izquierdo de su mesa —señalada con una serie continua de quemaduras—, junto a la máquina de escribir cuyo ininterrumpido tecleo era el mejor descanso para el capitán; porque sólo cesaba para ser consultado y acosado con una cuestión enojosa del sumario (cuya explicación nunca satisfacía al secretario) o para ser escrutado —a través de la llama y la nube del cigarrillo— por aquel hombre mucho mejor conocedor que él de la maquinaria judicial, siempre dispuesto con gestos y medias palabras a poner, expresa o tácitamente, de manifiesto su disconformidad con la manera de proceder del capitán. De igual manera que ella consideró superfluo insistir una segunda vez en su ruego —que tal vez sólo llegó a apuntarlo, la formulación abortada por el recato— y evitó a todo trance formalizar en una u otra forma la deuda derivada de él (siendo el sentimiento de compasión lo que trataba de conjurar), a sí mismo se impuso en sus relaciones con el secretario y haciendo uso de su jerarquía, un laconismo que al otro distaba mucho de

satisfacer. Tan sólo le pidió que solicitara del campo la ficha del muchacho —tan escueta y reducida a los datos del estadillo, por la falta de antecedentes anteriores a la guerra, por su papel casi nulo en ésta, que casi fue preciso inventarla—, haciéndose cargo del resto de las diligencias. Y sin requerir más que su nombre, su filiación y su fecha de ingreso en el campo —una vez que comprendió lo que de él se exigía— en un par de semanas o en menos de un mes consiguió sacarlo de su reclusión para que volviera a entrar en filas —pues se hallaba en edad militar— en el Regimiento de Infantería, acantonado en el mismo Macerta. Y educado ya en el mismo voto de laconismo ni habló de justicia ni mencionó el hecho en la casa —seguro de que sería dado a conocer por el propio interesado, sin perder una fecha— a fin de no romper aquella suerte de implacable y frágil sortilegio que emanaba la silenciosa figura sobre el balancín del mirador.

Ni siquiera hizo noche en Macerta, por lo que a la hora de cenar ya estaba de vuelta en la casa, con las manos vacías. Suponía que el muchacho ya habría escrito a su tía (ella sin decir una palabra había intentado besarle la mano, al abrirle la puerta) y pensaba que quizá ya no le sería tan difícil hablar del otro caso en términos más explícitos. Pero por otra parte su servicio tuvo —en ese sentido— efectos contraproducentes, toda vez que habiendo aprendido en una ocasión a ser requerido con una mirada o a lo más un gesto, con un tímido ruego no repetido, no tendría en lo sucesivo sino que adivinar la norma que informara la conducta que se esperaba de él. Por eso fue a Macerta, solicitando un coche para ir y volver en el mismo día.

Ya había comenzado octubre la cuenta de las tardes frías: el locutorio era un simple lugar de paso habilitado a tal efecto, desnudo, con cuatro puertas y un ventano protegido con doble malla de acero, unas paredes desconchadas y sucias y garabateadas con graffiti, un suelo de hormigón bruñido en el centro del cual ardía un cubo de brasas con cuatro sillas alrededor de él: dos guardias ar-

mados —con las mantas por los hombros— sostenían entre sí una conversación mortecina y apenas se levantaron para saludarle, adivinando su graduación bajo la gabardina abotonada hasta el cuello. Tampoco levantaron la mirada cuando introdujeron al reo, un hombre que frisaría los sesenta años, que con las manos se apretaba los codos para retener el poco calor que guardaban unas ropas insuficientes. En un principio le miró con desconfianza, luego con extrañeza, y más tarde —cuando le hizo entrega de la manta, mintiendo respecto a su donante— con amarga suficiencia. Pero no respondió a sus preguntas sino con monosílabos, no aclaró ninguna de las cuestiones ni despejó los cargos que pesaban sobre él, no se extendió sobre su participación en los hechos recogidos en el sumario y por los que, ya desde el principio del apuntamiento, el instructor podía colegir que el fiscal solicitaría para él la última pena. No negó nada, con la mirada desviada de su interlocutor y clavada en el suelo, abrumado en apariencia por el frío y tan incapaz de pensar en otra cosa que ni siquiera desdobló la manta. La entrevista se prolongó durante media hora y no porque necesitara todo ese tiempo para recoger la información que precisaba, sino por la resistencia del capitán —confiado en que lograría romper su silencio— a darla por terminada antes de quedar satisfecho. Incluso se levantó el reo y él permaneció sentado —ante el ligero asombro de los vigilantes— para hacerle comprender cuál era su propósito, qué clase de deber le había empujado hasta allí, cómo debía interpretar su presencia y su interés, qué era lo que esperaba. Pero inmutable —en cierto modo victorioso— ni siquiera de pie apartó la mirada del mismo punto del suelo, allá donde una mancha del pavimento retenía su atención con mucha mayor firmeza que las pocas vicisitudes de un porvenir sellado.

—¿Y bien?

Pero no obtuvo ninguna respuesta, se frotaba los brazos con las manos, un pie trataba de siluetear o borrar la mancha de aceite sobre el pavimento. Y solamente cuando el capitán se incorporó, desvió sus ojos hacia él para

mirarle al sesgo (ambos eran de una misma estatura) y hacerle comprender con el gesto lo lejos que se sentía de él, de sus propósitos e intenciones, dueño de una clase de convicción a la que por su juventud tardaría mucho en llegar y demasiado seguro de la clase de suerte que le tenían deparada unas fuerzas que —así lo decía el brillo de las pupilas, una breve sonrisa que asomó a guisa de despedida— sólo en virtud de casos semejantes podría él —el capitán— empezar a conocer. Y susurrando unas frases que no llegó a comprender cabalmente (el ejemplo que llega tarde, el conocimiento que se alcanza con el sacrificio, la codicia que se disfraza de generosidad...) dio media vuelta para aporrear la puerta que fue abierta por el vigilante que esperaba al otro lado de ella.

* * *

El capitán le observó, de pie ante su propia mesa; no había en su expresión ni curiosidad ni extrañeza ni, ciertamente, el continente de mesurada y deferente aquiescencia que estaba acostumbrado a encontrar en sus subordinados de más edad. Porque el capitán era joven, mucho más joven de lo que representaba. Desde un principio el secretario se había tomado la libertad de ignorarle (a pesar de que como instructor del sumario le había advertido, con anterioridad, pero con la timidez no dictada por sus escrúpulos, sino por el deseo de disimular lo mucho que le iba en ello, de su interés por estudiar personalmente el caso en todos sus detalles y ser informado de cuantas comunicaciones se refirieran a él) hasta que el sumario estuvo completo, y hasta llegó a sentarse frente a su mesa con el propósito de fumar de su petaca y repasar conjuntamente todos los hechos y datos del expediente, contenido en un montón de hojas, oficios y declaraciones juradas reunidos en una carpeta abierta. Antes de concluir el cigarrillo el joven había aprendido a recordar que el mecanismo de la justicia rara vez se pone en movimiento en virtud de una opinión y que, por consiguiente, el montón de papeles y la satisfacción profesio-

nal del secretario constituían obstáculos de tal envergadura que, para llegar a donde él quería, tenía que empezar, volver a empezar, desde mucho más lejos.

—¿Estudiarlo? —le preguntó con una mueca cargada de intención, al tiempo que aplastaba la colilla en el cenicero. El capitán recogió la carpeta del expediente y ostensiblemente la guardó en un cajón de su mesa que cerró con llave.

Con las primeras evasivas había querido darle a entender no tanto que se trataba de un caso singular —en el que estaba particularmente interesado por razones de familia, cuyos vínculos el secretario con toda seguridad había averiguado sin más trabajo que leer la ficha del reo— cuanto que constituía su manera personal de tratar y estudiar todos los expedientes de cierta importancia. Esa era —le vino a decir, haciendo uso de un arma indiscutible contra quien, en ese terreno, siempre se hallaba por delante de él— una de las grandes razones de la cruzada. Nunca se habían mirado con simpatía y ambos sentían que personalizaban —dentro de la misma amalgama victoriosa— elementos, ideales y móviles muy diferentes. Era un hombre tosco y carente de educación, de maneras poco higiénicas y un lenguaje de arrabal, que parecía haber alcanzado el cenit de sus ambiciones con el uso de la guerrera —aunque su camisa seguía siendo azul— y la sardineta de oro bordada en la bocamanga, las yemas de los dedos de color caoba y las uñas ennegrecidas. A los pocos días, sólo por la manera de dejar el cigarrillo en el borde quemado del tablero, colocar en el carro el papel con el debido margen y teclear sin pausa en los párrafos expositivos, con arreglo a las fórmulas que conocía de memoria, comprendió que dentro del mecanismo de la justicia era una pieza motora con la que forzosamente tenía que engranar si quería llevar adelante su gestión con alguna facilidad. Pero cuando el otro, soplando las cenizas que habían caído entre las teclas y golpeando nerviosamente en la barra de los espacios y retrayendo el carro para releer el último párrafo, sin necesidad de mirarle y sólo por el tono del dictado comprendió que

aquel primer acto constituía una capitulación de su superior (y cómo lo sintió [la facultad de adivinar su interés en una frase evasiva y su vacilación en la inquietud de su porte y en la inestabilidad de su ceniza] representaba el mayor ahorro de toda una vida de subordinado) y presumió que a partir de entonces estaba en condiciones de completar la información del sumario de acuerdo con sus inveteradas normas. El capitán ni siquiera se volvió para autorizarle a seguir una vez que la máquina de escribir, ávida de velocidad tras la intolerable espera, reanudó su golpeteo con una furia hasta entonces desconocida en aquel despacho.

El secretario de vez en cuando acompañaba su redacción con una palabra pronunciada en alta voz —una voz concluyente— y el capitán, en contraste, confiaba en el futuro. A media mañana descolgó la gorra y dejó caer los guantes en ella; de pie cortó en dos una cuartilla impresa y en el reverso escribió con lápiz azul un nombre y unas señas que, a propósito, dejó en su mesa debajo de la escribanía para que fuera leída por el secretario tan pronto como abandonara su despacho. Con todo, una vez bajo el dintel de la puerta pensó que era necesario, para todos los efectos, dar alguna satisfacción a aquel hombre que —en definitiva— era quien establecía el curso de la instrucción.

A la vuelta de Macerta se encontró con el informe reservado que el SIPIM envió al Juzgado, a instancias de la instrucción. No era muy extenso, como de costumbre. Lo leyó con atención y rapidez y, adelantándose por una vez a sus deseos, lo puso en manos del secretario; un poco boquiabierto, cruzó las manos sobre la espalda y reclinó la cabeza, invadido por la instantánea e indefinible sensación de naufragio, la repentina y casi inmotivada caída del alma en el abismo de la futilidad y de la impotencia (vislumbrado en el remoto ayer, aparentemente cerrado en un momento de entusiasmo estudiantil o patriótica entrega y abierto de nuevo por un accidente incomprensible o una palabra errabunda), donde se cierra la penumbra para que pierdan sentido las palabras

que animaron la conducta que presumió de haber saltado para siempre por encima de él. Porque todo lo veía —aún colgado del mismo abismo—, tan concluso y no modificable, un orden tan preestablecido —y no necesariamente más justo que fáctico— y tan inaccesible que hasta la función del secretario se le antojó innecesaria.

Al volver al mediodía a la hora de comer no se atrevió —porque no podía soportar su no mirada, la tácita acusación que no prescribiría nunca— a saludarla con las palabras de costumbre. En efecto, no levantó la mirada de la madeja, dando a entender lo mucho que esperaba de él. Y entonces —mientras al unísono tomaban la sopa— decidió hacer por ella y por su concuñado lo que nunca se habría atrevido a hacer por sí mismo, tal vez por temor al secretario. La cabeza cana, la frente tersa y brillante surcada de finas arrugas de bordes afilados, como las incisiones de una navaja en una masa de barro fresco, y festoneada por la orla de motas ocres que señalaban el paso indeleble de las privaciones, la actitud vencida y retraída (la mirada no se apartaba del plato) y la faz de la que para siempre estaba desterrada la alegría, reclusa en la seriedad para el resto de sus días, le inducían a pensar hasta qué punto podía antojársele ridículo su empeño; era una dimensión del sacrificio que nunca podría alcanzar, tal vez la muerte le había empujado hasta el mismo borde del frío eterno para encontrar ahora consuelo en el calor de su hogar y tanto había perdido que ya no le quedaba ni el deseo de pedir porque —rebasado determinado límite entre el sacrificio y el holocausto— nada existía que le pudiera devolver al estado de necesidad; su sola presencia —impenetrable, no enigmática, simple y perversa— parecía reclamar —con el poder de ese silencio fruncido en el primer y definitivo gesto del cadáver, al apoderarse en un instante de lo que fue un cuerpo animado— el reestablecimiento del imperio de la justicia para hacer soportable un tiempo sin destinación. Ante tal ejemplo, ¿en qué se había esforzado? Unas tímidas diligencias —no mucho más que lo que el ejercicio de su profesión exigiera—, en todo

momento disminuidas por su propio disimulo. Apenas había empezado su combate y ya se encontraba vencido por un ejemplo que nunca sería capaz de superar. Y ni siquiera se lo exigía la parca, contradictoriamente silenciosa y omnipotente presencia, juramentada a un poder más alto y desdeñosa respecto a todas las ofrendas que le eran ofrecidas con temor; aún más (sin duda ella ignoraba que él lo sabía), la casa no era propiedad suya y subsistía gracias a las rentas de aquel pariente que —con simétrico silencio— esperaba su veredicto en el campo de Macerta. Que entre ellos existía un vínculo secreto era evidente; el más intrascendente pormenor bastaba para provocar, en una existencia tan ingrávida, desentendida de cuanto ocurría a su alrededor, aquella apenas perceptible vibración de una cuerda aún sensible que enfurecida se agitaba al no serle concedida la completa paz y quietud de que era acreedora por su sacrificio.

Decidió resolverlo sin tardanza, apelando a quien fuera necesario, pasando por alto las reticencias de su secretario y llegando a poner en entredicho su propia ejecutoria. Sabía de sobra que, estando concluido el sumario, era vano tratar de desestimar la confianza de su subordinado —fracasada su misión de impedir la consolidación en el ánimo del ponente de un veredicto previo— si no era mediante la oposición de dos actitudes declaradas, a cual más empecinada, que tarde o temprano tenían que entrar en colisión sobre materias que no eran de opinión. Además carecía de la debida experiencia (una mirada, incapaz de sacudirse toda la incertidumbre anterior, violentada por el opalescente fulgor de la cuartilla, trataba de abrirse paso hacia la completa convicción que tenía enfrente) respecto a las pocas posibilidades que le ofrecía el libre examen para entablar la polémica, con garantías de éxito, frente a un prejuicio tan considerable. No sabía hasta dónde podría llegar y —aun antojándosele cosa muy lejana— sintió toda la distancia que le separaba (la mirada confundida rehusaba detenerse en aquella guerrera, en aquella corbata mugrienta y en aquella pequeña cocarda del ojal, para buscar más allá la persona que se

escondía tras ellos... y que no existía, fundida con sus atributos e inseparable de ellos) de un núcleo susceptible a la persuasión. No lo encontró. Y entonces dijo, casi vomitó, todo lo que tenía dentro; a borbotones y a voces, mirándole a la cara con no contenida furia y deteniéndose cada cuatro palabras con una convulsiva falta de aliento; le dijo que era su intención hacer todo lo que estuviera en su mano, y recurrir a quien fuera preciso, para salvar a aquel hombre. Como toda respuesta, el secretario, con una sonrisa para sí mismo, dejó el expediente sobre la mesa y, por primera vez, sacó su petaca del bolsillo para ofrecérsela.

—Gracias —dijo el capitán, al tiempo que se echaba un montón de tabaco en la palma de la mano.

El juicio fue muy breve: tras el sumario apuntamiento por parte del ponente, al fiscal le bastó solicitar la máxima pena para el reo, a la vista de que hechos de tan extrema gravedad como los recogidos por la ponencia eximían de toda justificación de la aplicabilidad del código. Fue tan contundente que no tuvo que hacer uso de la retórica y, doblegada una defensa muy tímida en sus apreciaciones, el Tribunal aceptó la tesis del fiscal.

Antes de que se celebrase el juicio, al capitán le cabían ya pocas esperanzas de lograr del Tribunal una sentencia diferente. Había hecho todo lo que estaba en su mano, a pesar de la reserva y de las recomendaciones de sus superiores; había visitado al general quien le facilitó una entrevista con el Gobernador Militar, quien —a su vez, aceptando el nombre de su tía como salvoconducto— hizo posible una breve visita al Capitán General de la Región. En todas partes, a pesar de que en ningún momento fueron desestimadas sus razones y buenas palabras, se adujo una razón más alta, una cuestión de principios, un interés que debía identificarse con los ideales que habían informado la cruzada. Llegó a preguntarse si el propio reo lo había comprendido así, mucho antes que él y por una inteligencia más directa, por una com-

plicidad en el secreto del que sólo participaban los viejos combatientes, aun en su antagonismo: no desapareció la amargura de su cara, pero en su mirada y en la comisura de sus labios había brotado un destello de reconocimiento, como el del padre que tras el castigo insinúa lo excusable de la falta.

Un poco después —aunque de manera poco formal— solicitó de sus superiores el traslado, ni humillado ni afrentado por la petaca del secretario, pero sí amilanado por la inmutable figura del balancín que —tal vez— podría levantar la cabeza para inquirirle sin una palabra sobre la magnitud de su sacrificio. Pero cuando —por respeto a sí mismo, por no añadir el sentimiento de cobardía al de futilidad— a la vuelta de su peregrinación entró en la casa y fue derecho hacia ella —sentada en el balancín, acababa de depositar una madeja de lana en la caja de zapatos, repleta de ellas— para darle cuenta por primera vez del fracaso de su gestión y de la ineluctabilidad de la sentencia, su silueta encorvada pareció despegarse de aquel pseudoalegórico y casi inmaterial fondo de cristales del mirador, incolora y neutra en su perversa virtud, animada de una súbita y maligna energía en el momento de recuperar su auténtica entidad: y nunca con tanta claridad había de comprender el capitán que el mal acostumbra a callar y juega con la sinceridad como un maestro con su pupilo.

Una línea incompleta

I

De aquellos dos viajeros ingleses que pasaron una temporada en casa del viejo Honorio Abrantes —el fundador de una efímera dinastía— y durante su estancia se comportaron de una manera bastante discreta —pero no por eso menos singular— apenas se volvió a tener noticias hasta que, meses después de su vuelta a Inglaterra, uno de ellos escribió al abuelo para agradecerle su hospitalidad y todas las amabilidades de que habían sido objeto. Pero se conoce que el abuelo el día que recibió la carta no estaba para bromas o, cuando menos, no se hallaba en vena de perder el tiempo con una fatigosa traducción. En pocos meses su humor se había ensombrecido, a causa de aquel primer y más decisivo golpe de adversa fortuna que le llevaría, tras una vertiginosa bancarrota, a la pérdida de todos sus bienes industriales y estaba ya consumado su definitivo distanciamiento del

primogénito, tras su fracasado intento de reconciliación y matrimonio.

Así que sus comentarios, breves y malhumorados, no resultaron demasiado halagüeños para sus antiguos huéspedes —y no por referencia a su comportamiento en la casa o en la comarca, que aunque educado fue un poco distante, como es de rigor entre las gentes de esa raza, con buena crianza— en el sentido de que para aquellas fechas, casi olvidadas sus caras y momentáneamente borradas las huellas de su paso (señalado in absentia por un buen número de postales y cartas dirgidas a ellos, algunas fechadas en el país e incluso en Región, que llegaron en bloque a los pocos días de su marcha), bien podían haberse ahorrado un agradecimiento que, de ser sincero, debía haber llegado con mayor diligencia.

Pero como siempre se atribuyó el retraso a una de tantas diferencias de manera de ser entre razas distintas e incluso, porque la cosa no debió de pasar de un leve comentario en uno de los momentos en que la familia se hallaba en cónclave, se llegó a insinuar que aquel espacio de tiempo que en España se tomaba como prueba de negligencia bien podía en Inglaterra dar la medida de un interés y un reconocimiento que, de otra forma, de haber sido enviado a los pocos días de su vuelta, podría tildarse de algo formulario.

Residieron en la casa y en la comarca poco menos de tres semanas, con algunas breves ausencias, y más que a otra cosa se dedicaron a recorrer y conocer sus valles y montañas, donde no dejaron de sorprender a las gentes con sus excéntricas costumbres y con sus figuras y vestimentas un tanto anómalas, quedando registrados sus itinerarios con un rosario de insípidas anécdotas, que se recordarían y repetirían en años y generaciones posteriores; pero sobre todo por derecho propio vinieron a ocupar un lugar entre las efemérides locales mediante esa inmortal referencia climatológica que con el dicho «tanta nieve como trajeron los ingleses de Honorio» recurría a ellos para calibrar una nevada, de la misma manera que en otras partes se dice que «llovió más que el día que

enterraron a Zafra». Porque al parecer en la fecha de su llegada a Región empezó a nevar de tal manera que no sólo estuvieron a un pelo de quedar bloqueados en el puerto, sino que se vieron obligados a prolongar su estancia a causa de la inmovilización que al comienzo de ella tuvieron que sufrir, ya que nadie, a no ser un mulero con un par de caballerías para llevar los más elementales auxilios a un caserío aislado, se había de sentir con ánimo de echarse al monte y servirles de guía en aquellas condiciones. Y lo más curioso es que fue una nevada tardía, una nevada de abril, de esas que parecen poner la nota final al invierno con un tutti, a partir del cual ya no quedan energías en los elementos para que caiga una gota hasta ese octubre en que recuperan fuerzas.

La verdad es que nadie llegó a saber para qué vinieron. Quien pudo vislumbrarlo tuvo a bien callarlo. Para aquellas fechas —incluso en tales tierras— ya no era excepcional la aparición de algunos viajeros ingleses con propósitos inconfesables o incomprensibles. Es cierto que de cualquier persona con un pelo verdoso, una tez más rosada que la castellana y un idioma ininteligible y fricativo, con un deseo de parecer simpático entre personas civiles y siempre mohíno ante las fuerzas públicas y, por supuesto, con una irrefrenable tendencia a reputar como extraordinario lo que a todo el mundo pareciera lo más normal, se decía que era inglés; la presencia de algunos de ellos en las industrias que nacían aquí y allá, en las fundiciones, en la minería y en los nuevos tramos de ferrocarril, había extendido la frase «trabajar para el inglés» con la que calificar toda labor que resultara nula o injustamente retribuida. Pero aparte de los muchos que vinieron a olfatear las minas —y no resultaba raro toparse con un personaje cubierto con gorra de visera, las pantorrillas envueltas en *leggings* y calzado con zapatos de lengüeta, golpeando la roca con un martillo en la revuelta de un camino u observando con la lupa el cuerpo de una mariposa, a cuatro patas bajo un manzano— aquella estirpe viajera había acostumbrado a las gentes de Región a quedar satisfechas con los más inverosímiles

pretextos: porque hubo quien viajó por las sierras para vender biblias o para cobrar un caballo enano de Mantua; a tocar el violín acompañando las caravanas de gitanos, a explorar una vez más la cueva de La Mansurra (entre cuyas fauces alguno quedaría aprisionado, lanzando gritos que se seguían oyendo medio siglo después), a copiar las inscripciones de la piedra de Wamba; porque hasta hubo inglés que llegó a Región buscando una mujer para contraer matrimonio con ella.

Pronto corrió la voz de que venían en busca de criaderos de mineral; y alguno escandalizado llegó a decir que en su pasión por las excavaciones no habían respetado ni las fosas de los muertos. En realidad habían sido enviados por César Abrantes, el primogénito, que a la sazón vivía en Inglaterra y al parecer había trabado amistad con ellos, invitándolos a su casa y encomendándolos a su padre para que les dispensara la hospitalidad y atenciones de que eran acreedores por las deferencias con que le habían favorecido en su tierra, seguro de que un día agradecerían tal solicitud por cuanto su presencia en la comarca no sólo colmaría a todos de satisfacción, sino que con ella se prestaría un gran servicio a la ciencia. César Abrantes estudiaba minería y mineralogía en Inglaterra por imposición de su padre, un hombre intransigente que, careciendo de la paciencia necesaria para tolerar los pequeños desmanes de su primogénito, había optado por la disciplina del exilio. Y cuando éste, cansado de aquel clima y arrepentido de sus excesos de juventud, en una de sus vacaciones de verano manifestó un tanto de improviso sus deseos de casarse no dudó de que su padre daría su consentimiento a la boda, aun como mal menor, a pesar de la enemistad y rivalidad que existía entre él y la familia de la novia. Parece ser que el viejo Honorio no sólo se opuso al proyecto, con toda su formidable violencia, sino que amenazó con cortar toda relación con él y desheredarle si a sus oídos llegaba la noticia de que su hijo persistía en el trato con aquella muchacha. Eran dos caracteres opuestos, pero igualmente pugnaces y empecinados, de suerte que la ruptura definitiva no se

hizo esperar y hubo de prevalecer aun cuando César no llegara a casarse con la muchacha —decidido como estaba a ello— a causa de su súbito fallecimiento. Por todo ello algunos amigos de la familia quisieron ver, en la misión de aquellos dos eminentes extranjeros, una disimulada embajada de buena voluntad que mediante sus buenos oficios había de lograr la concordia entre padre e hijo, una vez desaparecida la causa fundamental de su desavenencia. El pretexto —que en todos los círculos se dio por bueno, hasta el punto que dejó de serlo, pasando a ser la misión diplomática una acción colateral— fue que vinieron a España para estudiar ciertas clases de arcillas y cenizas volátiles; por supuesto, ni en aquel país ni con toda probabilidad en el resto de la península había en aquel tiempo alguien lo suficientemente impuesto en arcillas y cenizas volátiles como para hacerse cargo de que las arcillas y cenizas volátiles de la sierra de Región fueran dignas de especial interés, y no pudiendo, por consiguiente, ser contrastada la autoridad de aquella misión la mayoría de la gente con la que, en una u otra circunstancia, habían de toparse no sólo daría por bueno y aun excelente el propósito de su viaje, sino que llegaría a reputarse como el más lógico y necesario de cuantos se habían aducido por aquella estirpe de viajeros (lo cual era en cierto modo verdad, si había de ser comparado con la compra de una burra o la toma de estado civil), llegando en su extrañeza a preguntarse cómo podía ser que la ciencia hubiera desdeñado hasta fechas tan tardías el estudio, la clasificación y el aprovechamiento de las arcillas y cenizas volátiles de la Sierra de Región.

Así que como consecuencia epifenoménica de la prolongada estancia de los dos ingleses en casa de los Abrantes, Región había de convertirse andando los años en un centro mundial de la ciencia de las arcillas y de las cenizas volátiles e incluso en lugar de peregrinación para keramólogos y koniortólogos, asentándose allí toda una tradición en esa rama del saber que había de culminar en la apoteósis del Congreso Mundial de Keramología y Koniortología, cuya apertura estaba prevista para el

día de Santiago de 1936 y que los acontecimientos políticos de aquel año echaron por tierra al tiempo que su secuela bélica provocaba la diáspora de los regionatos más preclaros que, a continuación, con la enseñanza de una ciencia tan joven y particular extenderían la fama de Región por todo el mundo civilizado, como Tarrida y Baile en Oxford, el profesor Ibienza en Zurich, Fernández Lomas en Moscú, y muchos otros de sus discípulos más aventajados diseminados por las universidades del continente americano.

Aun cuando posteriormente muchos investigadores, rebuscando entre memorias, archivos y cartularios, trataran de encontrar precedentes y precursores de la escuela regionata de keramología y koniortología, relacionándola con los caballeritos de Azcoitia y con un monje navarro que había viajado por las Indias en el siglo XVII, lo cierto es que su verdadero origen reside en la mucha admiración y afán de emulación que despertaban entre sus compatriotas la enorme fortuna y la recia personalidad del viejo Abrantes, hábil como ninguno de sus vecinos para utilizar su posición de privilegio como plataforma desde la que impartir las normas —para las compras y ventas y toda clase de negocios, para la agricultura y la ganadería, para el fomento de la industria, para el desarrollo de las artes y las ciencias, para el vestido y las buenas maneras— de cuanto debía hacerse en aquella tierra, tan desprovista de toda dirección y toda jerarquía hasta la llegada y el asentamiento de su familia en Región, El Auge y la cuenca del Torce, que pronto había de aceptar y celebrar, sin ninguna clase de manifiesto recelo, su encumbramiento como una suerte de pontificado, su casa reverenciada como un palladium y todos sus actos sociales —sus veladas, sus intervenciones públicas y sus costumbres más íntimas— revestidos del carácter ritual de las perpetraciones de la autoridad.

Rodeado de tanta estima y de una cierta pompa no es de extrañar que el hombre llegara a solemnizarse, desentendiéndose un tanto del juicio para caer de lleno en el convencimiento de su infalibilidad. En los tiempos que

precedieron a la llegada de los ingleses ya no hablaba mucho, salía poco de casa y no prestaba su presencia a aquellas contadas ocasiones en que su figura y su papel pudieran quedar en entredicho, de forma que nada le cogió de sorpresa, para todo lo que era consultado tenía una opinión rotunda y lo que espontáneamente decía y hacía —sin el requisito de la consulta previa— pasaba al instante a formar parte del código. En tales circunstancias la llegada de los dos viajeros ingleses —a la que por razones de urbanidad y prestigio no pudo oponerse, por grandes que fueran las diferencias con su hijo, que por otra parte se cuidó de anunciarla con el tiempo estricto para hacer de ella un hecho consumado—, totalmente ajenos a aquel clima de reverencial obediencia, debió constituir una incómoda sorpresa, tan mortificante que se recluyó en su habitación por espacio de tres días y de la que no salió, tras ordenar al cochero que se prestara a recoger a los viajeros en la estación de Macerta, sino para recibirlos en el portalón de la casa, sin atreverse a adelantarse en la acogida ni a alargar su mano, mientras eran descargados los pesados maletines de excelente cuero, con las iniciales de uno de ellos, JHW, en letras de bronce de media pulgada de espesor. Hasta que el más joven y desenvuelto, un hombre de talle espigado, pero de contextura atlética, con una expresión inquieta y una aguda e inquisitiva mirada, se adelantó hacia el abuelo adivinando en él al patriarca para tenderle la mano y —a lo que el abuelo entendió— presentarse en su nombre y en el de su compañero, haciendo especial mención a los saludos y parabienes de que su hijo César le había hecho portador a su salida de Londres.

Parece ser que durante su estancia jamás pecaron de importunos. Les fueron cedidas dos habitaciones de la planta noble —en el mismo ala, pero en el extremo opuesto a la del abuelo, justo debajo de los apartamentos de la servidumbre—, en las que con frecuencia durante mañanas y tardes enteras se encerraban a trabajar (aparte de muchos papeles, sus mesas quedaron invadidas por frascos de productos químicos y pequeños paquetes con

tierras y arcillas de distintas coloraciones, y hasta algún que otro hueso), cuando no salían de excursión para dos o tres días, sin mezclarse con la familia más que en los momentos de obligada convivencia. Por otra parte, aunque el abuelo había presumido en tiempos de algunos conocimientos de idiomas, las circunstancias vinieron a demostrar que solamente la penúltima de sus hijas, Eloísa, chapurreaba un poco el inglés y si bien su labor de intérprete quedaba reducida a lo mínimo gracias a la parquedad de palabras de aquellos dos hombres que a todo contestaban con un «¡oh!» y un arqueamiento de cejas, con frecuencia —y con una mezcla de envalentonamiento y rubor— se la veía alargarse en muy trabajosas explicaciones acerca de la matanza del cerdo en diciembre, las batidas del lobo o las partidas de chapas en Semana Santa, que ambos caballeros recibían —con la sola ayuda de complementar los «oh» con los «really?»— sin perder un ápice de su undaunted and indefatigable compostura.

De no ser por aquellas esporádicas y poco fructíferas (para el común entendimiento, ya se entiende) conversaciones, cabe suponer que el abuelo no habría pagado una exagerada atención a la inesperada visita que tuvo que aceptar como una inconveniencia más que le deparaba aquel hijo un tanto excéntrico y molesto, poco menos que exilado a causa de las diferencias de todo orden que le separaban de su padre, y que incluso desde el extranjero parecía complacerse, haciendo uso de incomprensibles pretextos y de la inmunidad que le procuraba la distancia, en molestar a su padre con sus extravagancias y en introducir en su casa a ciertas personas que, aunque sólo fuera por la falta de intimidad con ellas (y ésta era la más excusable de las faltas, en comparación con otros casos mucho más vejatorios para un patriarca que disfrutaba de una tan especial y delicada posición en el seno de una sociedad reducida), nunca podrían ser del entero agrado de la familia. A los dos días de su llegada el abuelo no podría disimular un gesto de forzada y distante flema, al observar por encima del periódico el

paso de uno de ellos, como para decir «Del mal el menos».

Pero aquella en cierto modo acomodada resignación se habría transformado en una prudente tolerancia (de la mano de los presentimientos que engendraba en su ánimo la idea de la posible presencia de su hijo en la casa) de no haber mediado la solicitud y la oficiosidad de su hija Eloísa, ansiosa siempre de aprovechar toda oportunidad para llegar a un trato más íntimo y cálido con los huéspedes, hasta el extremo de que el abuelo se vio obligado a llamarla a capítulo y reconvenirla acerca del lamentable espectáculo que estaba ofreciendo a los extranjeros con la libre e inmoderada expresión de sus deseos. En verdad, el abuelo no podía tolerar que en la casa se dijese una sola palabra a sus espaldas y nada le producía mayor zozobra que aquellos retazos de conversación que por un lado escapaban a su comprensión y por otro se veía forzado a admitir sin pedir explicaciones —con la avispada e hipócrita sonrisa de la doblez que encubre la ignorancia— a fin de no dar pruebas demasiado ostensibles de su desconocimiento del idioma. El abuelo presumía de que siendo estudiante había pasado por Inglaterra, donde había tenido ocasión de conocer y saludar a muchas personas eminentes, y ante propios y extraños no sólo siempre había hecho gala de una familiaridad con una cultura y unas costumbres que, según sus propias palabras, habían contribuido muy poderosamente a su formación, sino que por añadidura se decía partidario del sistema bicameral y la rotación de partidos, del libre examen y la descentralización.

Esquinado en su rincón, atusándose las guías de los bigotes y asintiendo las más veces, el viejo Honorio nunca se inhibiría de aquellos diálogos a tropezones aunque sólo fuera para atribuir a la majestad de su presencia (como el gobernador de la colonia que asiste salomónicamente a una querella tribal de la que no comprende nada) la garantía de que la conversación no derivaba por derroteros secretos e imprevisibles. Y cuando Eloísa, en un rasgo de probidad, se hizo transcribir determinadas

palabras y, tras abandonar por unos momentos el salón, volvió al poco con un diccionario en la mano, el abuelo se aferró a las arcillas y cenizas volátiles con el único objeto de imponer su ley y controlar una situación (con la carencia de escrúpulos propia de quien está acostumbrado a acertar siempre) que podía quedar resuelta y justificada con un par de palabras.

Lo curioso es que los ingleses no se molestaron en desmentir la categórica afirmación del abuelo acerca de la curiosidad que les había traído a Región; así que ganado por su propia estratagema, pocos días había de necesitar aquella personalidad nacida para ejercer un mando incontestado y omnímodo para convencer a todos —y a sí mismo el primero— de que, lejos de obedecer a un incómodo compromiso de su alocado e incontrolable primogénito, la presencia de los dos caballeros en el valle del Torce se debía a la importancia que, a los ojos de los países más adelantados, estaba cobrando gracias a su desarrollo industrial que —visto desde Inglaterra, y en particular desde cualquiera sabe qué organismo atento a todo lo que pasara en el mundo, que con su reconocida sagacidad y diligencia no había vacilado en despachar a dos eminentes expertos para que lo estudiasen— había de complementarse con la investigación y la explotación de las arcillas y cenizas volátiles de la montaña regionata.

A partir de ese momento, cambió su talante y su actitud hacia los huéspedes se había de ver adornada por el orgullo y la satisfacción. Nada podía servir tanto a los fines de su prestigio como el hecho de que sus iniciativas industriales fueran acogidas con tanta atención por la tierra de la inteligencia práctica y si bien su papel de conductor de pueblos se había iniciado bastante tiempo atrás, cabe decir con justeza que su confirmación le había de llegar, a los ojos de muchos, por aquel par de flamígeros, pero incombustibles, nudosos y espinosos súbditos ingleses. «Han sido comisionados», decía en el salón, mientras se atusaba los bigotes y estudiaba el efecto que producían unas palabras que, en su simplicidad, delataban ese poder tanto más firme cuanto más lacónico y ta-

jante, «para que estudien las posibilidades que ofrecen las arcillas y cenizas volátiles de nuestra tierra. Parece que son inmensas y yo estoy dispuesto a prestar todo mi apoyo a esa nueva industria», palabras que obligaban a todos los concurrentes —casi todos socios suyos en empresas ganaderas e hidroeléctricas, mineras, metalúrgicas y de transformación— a volver la cabeza hacia la pareja de viajeros —uno a cada lado del hogar— que había de mostrarles el camino que debían seguir sus vástagos —los Tarrida, los Ibienza, los Lomas— para, a través del respeto al viejo Honorio Abrantes y del ardor no demasiado juvenil de sus hijas, adentrarse en uno de tantos secretos que escondía su tierra.

II

Speaking of my old friend, I should take this opportunity to remark that not all the cases were successful, nor even yet quite resolved by his own intervention. Very often his scrupulousness compelled him to call off his activities and, putting aside the mere interest, prize or pride derived from the affair, to refrain from forming a conclusion nobody was to make good use of. Furthermore the following can hardly fail to show the quick disposition of my friend to take a stand in a difficult situation, disregarding any kind of hardship or nuisance.

It is recorded in my files as a bleak and rainy March afternoon, dimly tainted with the sombre and cynical spirit of my friend. As often happened at the end of some successful case he had surrendered to his melancholic bias, giving free access to those neurotic impulses that were —to make use of his own words— the best defence against an absolute break-down. The state of his health was a matter of continuous worry for me, being with the exception of Mrs Hudson, at that time, the only man in the world concerned with a problem

that was of the faintest interest to him, so negligent and disdainful for everything that he was not aware of its importance. On previous days Dr Moore Agar, of Harley Street, had recommended a complete change of scene and air in order to avert the collapse and incapacity for any type of work I was always fearing in a man exerting such a permanent and strenuous stress on his mental capacities. He was a man of tremendous energy, capable of the greatest mental and physical effort whenever engrossed by some professional aim. Then he was absolutely indefatigable. But, for the same reason, when cases were scanty and the papers uninteresting, he looked as defenceless as a child against the monotony of existence, turning to drugs as a better and milder medicine than those more morbid incentives that our entangled and quarrelsome society offered to him.

That afternoon, as we sat together by the fire, amid the droning of the wind came the stamping of a horse's hoofs and the long grind of a wheel as it rasped against the kerb. He had sat for some hours in silence with his long, thin back curved over a chemical vessel in which he was brewing a particularly malodorous weird product.

«Now», said he suddenly, after a short and sharp glimpse out at the street, «you will enjoy the opportunity of seeing whether this gentleman's proposals are to suit your plans.»

«By God, what plans are you referring to?», I asked.

«Those travelling plans, of course. As far as I see this gentleman may provide you with all kinds of information about those southern areas you intend to visit in my company in the forthcoming weeks.»

«How on earth do you know that?» I asked in bewilderment.

He wheeled round upon his stool with a gleam of amusement in his deep-set eyes.

«It is rather obvious you had a dinner, the evening before last, with your illustrious colleague of Harley Street. The cigar end you left here», he said as he pointed to the ashtray on the hearth, «leaves no room to doubt

that our mutual friend Dr Moore Agar was your partner for that evening. Believe me, those cigar smokers are the most traceable people all over the world; there are not so many Fonseca lovers in this country not to construct a series of inferences from the remains they leave so generously and carelessly. Thus it is not difficult to find a close connection between Doctor Agar's ill omens and your recently arisen curiosity concerning Latin countries' geography, monuments and clima... But here, unless I am mistaken, is our client, a man who combines his sturdy will with the meakest and most timid countenance.»

After the bell rang a firm step was heard upon the stairs and a moment later a stout, tall man, clean-shaven and dressed in a Continental fashion was ushered into the room. He had the handsome traits of a quick-witted Latin, with burning bright eyes, very thin lips and brownish cheeks related to a life led far from the fogs of the Thames. He seemed to bring a whiff of his strong, sunny highland air with him as he entered, but something in his demeanour —the uncallous hesitations, the bristling hair, his flurried, excited manner— told of some unfortunate experience which had disturbed his natural composure and elegance.

«Pray sit down, Mr Abrantes», said my friend, in a soothing voice. «May I ask, in the first place, why you came to me at all?»

He spoke in a fluent but very unconventional English which for the sake of clarity I will make grammatical.

«Well, sir, it does not appear to me a matter concerning the police, not even the Spanish police. Yet, when you have heard the facts, you must admit that I can not leave it where it is. In fact till the last development of the affair I was quite sure I could afford the energies, sacrifices and persuasion to find about the solution I, from the first moment, was looking for. But never could I presume that my father was fostering such a hatred towards me, not only placing my marriage in disrepute and becoming my most pertinacious adversary but also

making use of her death for the most sinister practical joke I ever heard of.»

«Come, come, sir», said my friend. «You cannot fall into this modern habit of telling the stories wrong end foremost. Please arrange your thoughts and let me know, in their due sequence, exactly what those event are which sent you in search of advice and assistance.»

Our client passed his hand over his forehead as he found the reprimand a correct one. From every gesture and expresion I could see he was a reserved but strong-willed, self-contained man in his late twenties, with a dash of pride in his nature. Then suddenly, with a fierce gesture of his clasped hands, like one who throws reserve to the winds, he began.

«As it was explained in my letter I have been in England for the last few years in order to get my BA in mining and mineralogy at Loughborough. At last this is the conventional alibi my father forged to conceal from relatives and neighbours his determination to keep me away from my home and country during the crucial, formative years; in other words, my father considered that I was not fitted to fill the gap he will sooner or later leave in his society and business. My father is in his mid sixties and feels a need for everyone at home to be in agreement with him, not tolerating the slightest difference either in opinion or character. I dare say my father always feels at a loss with me; I am not the son he expected or needed, my cheerful and light-hearted temperament —that led to a youth full of caprice and disorder— provoking a continuous uneasiness within him. I know you are a busy man and your time is too precious to be wasted with the account of these unlimited petty quarrels every family is troubled with; I should say, summing up the question, that my father's plan, compelling me to live in this country and to take advantage of this sort of exile to get some practical knowledge and that sense of pride and respectability my family merits, proved to be a wise one, the most simple and economical to redress a personality spoiled by hazardous

friends and vicious habits, to bring me back to the right tradition of my family and to negotiate the rigid rules of my country's manners and conventions. I apologize for this explanatory introduction because the problem starts when, after years of dissent and idle isolation, searching with repent and sincerity for my own accomodation with my people, I was to find the most unexpected obstacles and reticences in the very heart of those whom I chose to make easier a return warranted by a respectable marriage.»

At this moment our young client sobbed deeply and his narrative was again nipped in the bud. He wrung his hands in an agony of apprenhension and swayed backwards and forwards in his chair.

«It is for your own sake, Mr. Abrantes», declared my friend with his most persuasive tone, «that you must proscribe those dramatic transgressions from your account. I foster no doubts about the painful emotions you sustained when the news about your fiancée reached you, and I am sure the rationalization of the case would be of great help to find a sedative for your distress. Now, if you feel a little more composed, we should be glad to hear from you what happened after that awful last trip home.»

Familiar as I was with my friend's methods I could not withhold, following our client's amazement, from uttering an expression of surprise.

«Yes sir», he continued, «as you have correctly perceived I made the last journey to my country in the most urgent and apprehensive spirit, put off by ill-omens but determined as never before I was, to marry that woman notwithstanding my father's opposition to the match. All began the year before last, during those days —on one of my rides through the forests, in the company of Miguel, the stable-hand— that I first noticed the people at La Montanza. La Montanza is an old, tumbledown building in a crazy state of disrepair, which my father has always coveted for the sake of property and isolation; located on a hill with a paramount view over the Torce

valley and meadows, banked with high chestnut-trees and laurel bushes, the house is of little worth but the estate, including besides some arable land, more than five hundred acres of poor and useless moorlands bordering on the north with the Hurd and Mantua foothills, was in the old days the Tom Tiddler's ground for the Region fortune-hunters, always in search of an easy approach to the Sierra's secret and legendary treasures. Startled by unusual signs of dwelling I learned from the boy that the almost forgotten proprietors, after many years away, had returned to set the house in good order in an effort to sell it at a reasonable price once the vagarious dreams the Sierra engendered in the most imaginative minds vanished in the air like smoke. They were three: the old man, his daughter and a maid; she was then twenty and odd years old and being the real heiress she was only waiting to come of age to have a free hand in the managing of the estate. My only claim to be taken into their confidence lies in the fact that during those days there I came to know both of them and their strange fate was naturally a great shock to me. The old man was in fact her step-father, who married her pregnant mother only to lay her in her grave two months later, after bringing her child into the world. In La Montanza, isolated and surrounded by the disdain and hostility of many, they settled down to carry on amid the stuffy atmosphere and antimacassars an absolutely lonely life, attending to the very simple but in many ways extravagant wants and paying little heed to the affairs of the neighbours. It would be unfair, sirs, not to confess how from the first I felt a little disappointed with the innuendoes about these people I heard at home, suspecting that all those tales concerning the child's birth and her mother's demeanour were no more than inventions my father forged only to hide his part in some despicable plunder my country so prodigally provokes. But in this case, sirs, I must admit that I was completely mistaken. After paying a short visit to this family of La Montanza, only to satisfy a curiosity aroused by such continuous gossip, I was

impressed by the appalling individuality of both. As I said, they lived only for their small wants and after travelling all over the world because of his restless and independent nature, everywhere fighting for the cause of justice and freedom, their only wish was to win a small amount of money to procure a calm place of seclusion. Like most people who lead a lonely life, she was shy at first, but becoming extremely communicative told me many details about her childhood and youth, giving me a day per day account of her step-father's endurance in his long fight for the survival of his dissident ideas. I need not say, gentlemen, how wide an horizon she drew before my eyes; how I felt for the first time in my life that there was an unlimited world of ideas and feelings richer and broader than everything a life prone to vice and amusement may offer. She was a beautiful, accomplished, wonder-woman in every way, with the ethereal other-world beauty of those madonnas whose thoughts are set on high, not very prepossessing externally but with a munificent heart devoted to her father. We were very friendly from the day I came to La Montanza and both were on such terms with me that I could drop in on them in the evenings without invitation. Eventually we could enjoy many a tête à tête —her father remaining in his upstairs rooms for long hours of meditation—, most of them she spent in reading the poets she loved the most; she helped me to understand poetry and music, till at last our intimacy turned to love —deep, deep, passionate love, such love, as I had dreamed of before but never hoped to feel.»

«We were gradually coming to that conclusion, were we not?», my friend turned to me, with a whimsical smile. «I take it, Mr Abrantes, that there is some other development in the case, otherwise I can not afford the reason for your coming here instead of making use of your own country's marriage system.»

Our visitor smiled back with the shyness of the student rather than the self-possession of a man of the world and his eyes came round in some effort to fill up the

gap of isolation and causticity which surrounded the saturnine figure of his interlocutor.

«Excuse me, gentlemen, for these irrelevant but not groundless preliminaries I recounted only to make clear a situation so deucedly difficult that the ends of this tangled skein are no more in my hands. Everything started with my offer of marriage. This she received with the highest of spirits but encouraged me to come back to England to get my degree as soon as possible. The wedding was planned for next Easter, with plenty of time to get this degree at Loughborough and to look in the meanwhile for a buyer for La Montanza. So I did, and returned to this island full of expectations and determined to overcome my studies with a resolution I never before was able to gather. But two months had elapsed since my arrival when a letter from my father, full of indictments and menaces, left no room to doubt that he was well informed about my marriage arrangements. Up to now I do not know, gentlemen, who was my father's secret informer but, apart from my sister Eloísa who has always been my confidant and to whom I explained my intentions, it could be no other than Miguel, the stable-hand, who so often accompanied me on my visits to La Montanza. I wrote to her every day, being careful to conceal from her my father's knowledge and readiness to react (in the way of disinheritance, indeed) but two months more elapsed before I was alarmed by her sudden silence, an introduction to the agony I was to suffer in the following weeks. To make the story short, her stepfather at last sent a full account of the double pneumonia she was suffering, exhorting me to remain calm as she was out of danger, both her constitution and will working such wonders that against the doctor's surmises she was recovering fast. Later on I received her first letter after the illness, the handwriting showing the signs of a quivering pulse but so full of optimism and so cheerful in mood that, all my dreads and anguish vanishing in the air, I became sanguine that she could overcome all odds if she only would. How much, gentlemen, would

I rue that treacherous confidence which moved me to disregard my suspicion and to yield to the joyful remonstrations she performed only to spare me the bare truth about her complete consumption. Then, after some weeks without news I fell into such a state of despair that, rushing to Charing Cross Station, I proceeded immediately to the Continent not without warning my betrothed to conceal my arrival from my father and relatives. You may presume, gentlemen, what fright and anguish my heart suffered when I was to find the doors and windows of La Montanza locked and bolted and the house-agent's placards posted on the entrance gate. I visited all their acquaintances and after a week of agony I came to know that she was buried in the Macerta churchyard. As for Mr Queiles, her step-father, after the estate was sold he had suddenly vanished and nothing more was to be heard of him. I have no words, gentlemen, to express my grief, despondency and desolation and when, after laying a bunch of roses on her anonymous grave, I came back to England it was not to resume my studies but to search for a place of rest and seclusion far from all those who had shown such hostility towards my betrothed. But then, a fortnight after my arrival at Loughborough, the first of the letters reached me...»

At this point of he narrative I perceived in my friend's keen, alert face a sudden brightening of his inquisitive eyes and a tightening of the lips accompanied by the quiver of his nostrils.

«Yes sir. The first one was from my father, repeating the same menaces and giving me the most severe instructions to call off my engagement if ever I was desirous of being considered as his son. Then, later on, the first of her letters...»

«Pray sir, do you mean a letter from your late fiancée?»

«Yes sir. The most revolting and repulsive joke I ever heard of, unless some more sinister meaning proves to be attached to these messages.»

Our client handled a bundle of letters across. They were tied up with a red ribbon, the envelopes bearing the spanish stamps and addressed in an educated and masterful hand.

«There are six up till now and as cheerful and confident as if nothing at all happened before. She —and I say «she» for the sake of argument— simply remembers the illness as a past nightmare and occupies several pages of foolscap with the wedding details, only regretting, in the last ones, my tardiness and silence; as the wedding was due to take place next month, she expresses her longings, urging me to go there no later than April 10th. You will see by the postmarks that the letters were posted at Region, in good order and date; there is not indication of falsehood or eccentricity in them; the same style, the same handwriting of hers. But believe me, gentlemen, I cannot gather the courage to go there again in order to disentangle this awful skein. I feel I am out of my senses, no longer knowing where reality is. Was, perhaps, her death a mere nightmare? No, alas, no!»

* * *

When our visitor had left us, my friend sat so long in deep thought that it seemed to me that he had forgotten my presence. Once he murmured to himself «He has made a silly blunder and he may as well own up to it» and, at last, he came briskly down to earth.

«You said something about the need of a change», whispered my companion. «Let me suggest this one: how would Region do? First-class tickets, a sojourn in an almost feudal mansion. I dare advance that that forgotten country is full of interest, from the geological as well as the archaeological point of view. And, last but not least, plenty of time to have the spirit redressed and to make some addenda and corrigenda of this monograph upon the Polyphonic Motets of Lassus the experts are urging me to print —if only for private circulation— not later than next autumn. And the best moment to

start those essays on malingering a subject most suited to the circumstances. I ask you, why not? How would Region do?»

III

En cuanto a César Abrantes, el primogénito, poco se volvió a saber de él. Se dice que las diferencias de toda índole que le distanciaron de su padre llegaron a crear entre ellos un abismo de tal magnitud que, empujado a aborrecer la tierra en que había nacido y se había criado, se juró a sí mismo no volver a pisarla. Se dice también que con los intentos que hizo si no para lograr una cabal reconciliación al menos sí para volver al *statu quo* anterior a aquella divergencia que le alejó a Inglaterra, no consiguió sino magnificar una incompatibilidad de caracteres que alcanzando formas violentas echó por tierra sus proyectos de establecerse en Región, lejos de su padre, pero no de las tierras que por derecho y herencia le correspondían. Para la familia se convirtió en la oveja negra, no se volvió a hablar de él y, mientras vivió el abuelo —que casi alcanzó los ochenta—, su nombre fue borrado de los anales familiares hasta el punto que los rumores que corrían en el pueblo acerca de él y de su participación en asuntos poco limpios, tanto en Europa como en América, nunca llegarían a cruzar el umbral de la casa de Abrantes, por lo mismo que los asiduos a ella se veían en la necesidad de ocultar determinadas opiniones y expresiones que aun formando parte de sus hábitos extramuros, tenían que dejar a la puerta de la casa si no querían verse incursos en el enojo y la definitiva aversión del patriarca.

Los más cercanos a la familia hablaron en su día (pero nunca con entera franqueza y conocimiento, sino haciendo uso de esas insinuaciones que tanto ponen de manifiesto la ignorancia de los detalles cuanto amplían el

campo de lo inconfesable hasta los lindes entre brumas donde se confunden cielo y tierra, certeza y sospecha, rumor y crédito, provecho y desperdicio) de un intento de estafa que el viejo acertó a descubrir poco menos que en el momento en que, movido por unos y por otros, se disponía a otorgar de no muy buena gana un consentimiento que hasta entonces se había reservado. Se vino a insinuar que conocedor César de ciertas capitulaciones relativas a los bienes parafernales de su difunta madre, no vaciló en concertar un simulacro de matrimonio con una aventurera a fin de exigir un legado al que, de acuerdo con el testamento, no podía aspirar mientras no satisficiera ciertas condiciones que se hallaba muy lejos, incluso en el ánimo, de cumplir. Pero por fuera de la casa y a hurtadillas del abuelo, cuando el tedio de una tertulia tenía que ser sacudido con conocimientos de primera mano acerca de las intimidades de las grandes familias, también se llegó a sostener aquella tesis contraria que veía en el viejo Honorio, en cuanto defensor a ultranza de los intereses de sus hijas y en detrimento de los del primogénito a quien había cobrado duradera enemistad, el ejecutor entre bastidores de aquellos planes de matrimonio que contra lo que creía César le incapacitarían definitivamente para exigir su legado. En una tertulia de cafetín ¿cómo no iba a dar paso semejante teoría a aquella tesis (mediante la cual la primera quedaba ampliada, complementada y suficientemente explicada) que veía en César el fruto ilegítimo de un amor al que su madre, en secreto, guardó hasta el momento de su muerte una tal fidelidad que se cuidó bien de preservar para su hijo su más importante legado, poniéndolo a buen recaudo de las posibles represalias de un padre nominal que no sólo supo del adulterio, sino que hubo de transigir con él para gozar del usufructo de los bienes de su esposa?

El misterio se remontaba a los primeros años de matrimonio del viejo Honorio, un cazador de dotes —al decir de algunos, muy pocos, supervivientes— necesitado de un fundamento de bienes raíces para lanzarse a su colosal aventura industrial, y a la enigmática conducta de

la señorita Ferdinandi que, dos meses antes de dar a luz a la criatura ilegítima que había de llevarla a la tumba, se había de convertir en señora de Queiles, otro aventurero de penúltima hora decidido a dar la batalla de las tierras en apariencia definitivamente ganada por Abrantes mediante su matrimonio con la más rica heredera del país. El misterio no se había de limitar a la paternidad de aquella criatura que quedó inscrita como hija natural de María Ferdinandi, sino más bien a la razón que había de mover al esposo legítimo de la difunta a revelar el nombre de la persona con quien había tenido el hijo, previo pago de las 125 pesetas de multa con que fue sancionado el funcionario, tras haber sido tachadas de oficio, de acuerdo con el artículo 132 del Código, las palabras que contenían la revelación que, sepultada en los archivos municipales, surgiría con el tiempo a la luz debido, sin duda, a una distinta composición y estabilidad de las tintas. Si fue aquella espontánea revelación del papel timbrado o si fue la noticia de la naturaleza enfermiza de la criatura que, nacida con un corazón demasiado grande y un acusado soplo que al decir de varios especialistas no llegaría a cumplir los cuatro años de edad, lo que llevó a Honorio Abrantes a efectuar, legal pero secretamente mediante documento público, el reconocimiento de la criatura, resulta difícil afirmarlo ya que si por un lado había de pesar en su ánimo el deseo de esclarecer una ejecutoria empañada por sus relaciones con la señorita Ferdinandi, por otro no es menos cierto que una vez fallecida la criatura podía hacer valer los derechos que le otorgaba la línea ascendente para entrar en posesión de la tan deseada Montanza. Quizá todo ello pasó a ser un nuevo capítulo oscuro de la historia local una vez que Queiles, a los pocos meses del fallecimiento de su esposa, desapareció del lugar y la provincia llevándose consigo la hija cuya tutoría le había sido encomendada por testamento, y el verdadero valor de la finca quedó reducido al de todas las dehesas de montaña de la serranía de Región. Tal vez la llegada de la joven —acompañada de su padrastro— en vísperas de cumplir los veinti-

trés años y el descubrimiento de ciertos filones de magnetita vinieron a airear un complicado estado de cosas que las indiscretas excursiones de César Abrantes no habían, ciertamente, de simplificar. Es posible que Honorio Abrantes sospechara una añagaza del viejo Queiles y, decidido a tirar por la calle de en medio antes de que la criatura entrara en plena y legal posesión de la propiedad, no tuviera otra opción que desterrar a su incómodo, levantisco e inoportuno primogénito a fin de tener las manos libres para —incluso recurriendo al cohecho— lo que se proponía demostrar.

Es posible también que, como más de veinte años atrás, Queiles se hubiera adelantado al viejo en todo momento, no sólo en cuanto al valor de la finca, sino en cuanto a los derechos de su hijastra, porque con su presencia allí pareció iniciarse la trayectoria declinante de la estrella de Honorio Mazón. Porque el hombre que más había hecho por el desarrollo de la pequeña minería de aquellas tierras se había de ver sorprendido con la explotación de un considerable criadero de plomo y hierro que se había de demostrar tan provechoso, que arrastró al cierre casi todos los frentes que los Abrantes, los Mazón, los Ibienza y los Asián abrieran a lo largo de veinte años en las escuálidas digitaciones de aquella sólida corrida que sólo en las cercanías de Mantua y el Hurd tenía unas proporciones de componentes metálicos dignas de un aprovechamiento industrial. Se le debió adelantar en todo, incluso anticipando la delicada situación en que podía verse si se producía el fallecimiento de su hijastra que —precisamente—, tras testar a su favor, se produjo al poco de venderse La Montanza, en las vísperas o en las postrimerías —no se recuerda con precisión— de la visita de los viajeros ingleses a la casa de Abrantes.

Años después de su muerte, entre los papeles del viejo patriarca arruinado había de aparecer una carta expedida en Londres, un sobre azulado y pequeño, de papel seda, que escrita en correcto castellano, aunque con unas pocas imperfecciones, fue atribuida a su hijo César quien, como se sabe, antes de romper definitivamente con su padre

vivió allí. Pero el tratamiento y el tono —ya que de la letra nada cabía deducir, al no existir en parte alguna un documento autógrafo de quien nada se volvió a saber— llevaron a suponer que no podía ser una persona muy relacionada con él a juzgar por las frases de convencional agradecimiento y la actitud un tanto impertinente de quien se permitía amonestarle por la forma un tanto dolorosa y ultrajante con que desbarató el matrimonio (a todas luces inconveniente) de su hijo con una aventurera que se hizo pasar por (y en esa palabra sólo se podía ver un lapsus) su hija. En cuanto al destino de la señorita Ferdinandi, o quien fuera, nada podía deducir del contenido de la carta quien no estuviera en antecedentes del caso, ya que faltaba la segunda hoja, que posiblemente fue destruida por el recipiendario o bien (pues ¿por qué destruir tan sólo la segunda hoja y no la totalidad de la misiva?) nunca fue escrita por el expedidor, lo que bien se podía deducir del hecho que la palabra «fuga» —última de aquella sentencia inacabada en la que se permitía dudar de su identidad— estaba situada sin llegar a completar la línea, a un tercio aproximadamente del borde derecho del papel.

Asimismo, entre aquellos papeles existían unos recortes de prensa relativos a una entrega de un largo estudio del que sólo se podía saber que se titulaba «Malingering and Mimicry» y de los que destacaba un párrafo, señalado con un trazo rojo al margen, que incorrectamente traducido venía a decir algo así:

«Por el relato de mi cliente, pronto sospeché que quien escribía las cartas, tras la enfermedad de su novia, no era su propia prometida, y que las imperfecciones del manuscrito no obedecían a la debilidad de un pulso. Y toda vez que las primeras cuatro cartas no resaltaban ni por su contenido ni por su extensión, su misión no debía consistir tanto en ocultar al recipendario la desaparición del remitente cuanto engañar a otras personas que, desde el punto de expedición, controlaban tales envíos para su propio provecho. Las últimas cartas, en contraste con las cuatro anteriores, eran mucho más extensas y

apremiantes. Si la persona que las enviaba lo hacía solamente para cumplimentar un gesto a sabiendas de que era observada, ¿qué utilidad podía deducir de un buen número de folios de escritura hológrafa en los que apremiaba al recipiendario a un acto que le desenmascararía? Sólo una explicación podía satisfacer el doble contrasentido: no sólo las cartas eran hológrafas y destinadas a ocultar la desaparición del auténtico remitente, sino que eran interceptadas y sustituidas por otro texto igualmente fraudulento. Lo cual no fue difícil de comprobar mediante el sencillo expediente de remitir a Londres a nuestro cliente una carta con los caracteres de su prometida y el texto que más podía complacer al segundo falsificador y que, siguiendo mis instrucciones, me fue devuelta cerrada en el primer correo para que yo comprobara, mediante un sencillo y sutil pliegue en una esquina que al ser abierto el sobre se deshacía, que tras haber sido expedida había sido intervenida. El resto fue fácil de descubrir, con ayuda de un pico y una pala.»

La conversación a lo largo de la cena y parte de la sobremesa había versado más sobre el incomprensible cambio de mentalidad que hacía casi imposible el acortamiento de distancias que separan a padres de hijos, que sobre las dificultades para el entendimiento entre distintas generaciones. Todos se quejaban de la intransigencia de la juventud y al oírles no podía por menos de pensarse hasta qué punto sus actitudes desmentían sus palabras, dictadas, al decir de ellos, por la razón y el buen sentido pero que sólo servían para desacreditar las convicciones del heterodoxo. Apenas se oyó una sola opinión respetuosa hacia los nuevos gustos y tendencias, y la falta de afinidad siendo utilizada más como pretexto del distanciamiento que como estímulo a la aproximación, era en última instancia lo que revestía su dictamen de aquel carácter judicial e inapelable que denotaba su asentamiento en unas posturas que no estaban dispuestos a modificar ni siquiera en aras del aprecio. El dueño de la casa era el que parecía más afectado, el que —sin expresiones de reproche— pintaba una situación particularmente eno-

josa y cuya solución no parecía estar ni mucho menos en sus manos. Sin duda se quejaba de las desviaciones que se producían en su propio hogar y parecía recrearse en poner de manifiesto el contraste entre su liberalidad y transigencia y la falta de atención con que eran recibidas sus insinuaciones por parte de sus hijos, quienes, contando con la no cómplice pero demasiado indulgente tolerancia de su madre, le habían convertido en un hombre aislado en el seno de su propia familia, mirado por casi todos como un residuo del antiguo régimen. Uno de los comensales apuntó: «No pienso en los hijos en ese sentido, y no pienso ni puedo darles otra cosa que la mejor educación posible. Otra cosa me parece una imprudente intromisión y hasta, si se quiere, una muestra de desprecio hacia ellos. Ah, ciertamente, la confianza en que cuando menos son y serán capaces de hacer lo que hicieron sus padres. Porque ¿qué es eso del legado? Una intromisión. ¿Es que no cambia todo cada día? ¿Es que no nos han enseñado desde niños a ver en tales cambios lo mejor del espíritu del progreso? ¿Qué es lo que se puede legar? El dinero; afortunadamente yo no les podré legar una fortuna y cada vez que lo pienso, más me satisface, acaso porque me haya educado en la creencia de que la posesión del dinero desde la juventud —cosa bien rara— constituye el mejor obstáculo para liberarse de la vulgaridad.»

No había sido una acusación, pero el tema —y sobre todo ciertas palabras escogidas con intención— estaba pensado en el decorado: una sala confortable, no vulgar pero tampoco exenta del gusto dominante de ciertas clases que a partir de un cierto punto detienen su educación, amueblada con lo que habría constituido a la perfección el movedizo escaparate de un decorador de lujo, adiestrado en conseguir la imagen de la riqueza haciendo uso tan sólo de modelos y reproducciones.

Después de la cena, uno de los hijos mayores hizo acto de presencia en la sobremesa, sin participar en una conversación que veía desarrollarse bajo el signo de la censura a muchas cosas que sin duda le importaban más que

el aura de respeto, bienestar y complacencia con que gustaban de envolverse sus mayores. Era un joven de aire ausente y grave, bastante alto, con el pensamiento puesto en otra parte y que, sin pretender hacer ostensible una actitud de despego hacia los suyos, de vez en cuando volvía hacia la tertulia una mirada anonadada y retraída, matizada por aquella clase de impotente y apaciguada superioridad, carente de toda ironía, de quien intuía que teniendo tarde o temprano que entrar en abierto conflicto con su padre, por el momento no tenía otra opción que esperar y callar. No, ciertamente no parecía ni poco escrupuloso ni inclinado a la frivolidad; antes al contrario, cuando nos dejó (con un sumario saludo con el que no se despedía de nadie en particular, sino de toda una situación que no era la suya) la habitación quedó infestada no tanto de su vacío como de la fatídica inocencia que parecía arrastrar siempre consigo, muy a su pesar.

«Antes éramos...», «En mi tiempo...», «Los jóvenes de ahora...», «Lo que yo no comprendo...»

Aparte de su opinión sobre el valor del dinero, el cuarto comensal había permanecido callado durante casi toda la cena, sin hacer otra cosa que seguir la conversación y responder a las preguntas con aquella clase de mitigados y no vehementes asentimientos con que de una manera educada se da a entender que se está lejos de participar, en todas sus connotaciones, en la opinión ajena.

No era un hombre de mucha edad, pero parecía retirado; más tarde vine a saber que no era así, sino que, con una salud bastante quebrantada, se limitaba en aquella época a seguir de cerca las pocas inversiones en que había cristalizado su carrera en activo. Había sido muchas cosas, toda esa variada y a veces contradictoria gama de actividades que desarrolla lo que suele llamarse un hombre emprendedor; incluso en su juventud había ejercido durante unos pocos años su profesión de ingeniero de Minas; había explotado sus propias pertenencias, había comprado y dirigido su propio periódico de provincias, había fundado su casa editorial, había montado un negocio de desguace de barcos en un puerto del Cantábrico,

había sido representante de maquinaria extranjera y se había casado dos veces. Y todo ello sin dejar de tener un oído atento a la cultura. Era, o fue, uno de esos hombres cada día más raros, que veían en la industria una hermana de la ciencia (no como los de hoy, para quien es tan sólo una hija de la finanza) y que con su propia vida trataban de armonizar y demostrar esa hermandad, dedicando el mismo número de horas al gabinete que al campo; era de los que estudiaban historia, investigaban el mercado y la montaña, viajaban al extranjero, de donde volvían convertidos en importadores de una pequeña industria con la que trataban de demostrar que, en un prado asturiano o en la vega del Henares, se podían conseguir unos resultados en todo análogos a los que ellos habían observado en Erkelenz o en Nottingham. Eran liberales, habían sido lectores asiduos de *El Sol,* habían saludado a la República con alborozo, y cuando en 1936 un temporal les dejó sin timón, permanecieron quince años a la deriva porque sólo alrededor de 1950 volvieron a poner sus ojos en las chimeneas asturianas o en la vega del Henares.

«Nada resulta más comprometedor que el bienestar», creo recordar que con parecidas palabras inició su relato, no con ánimo de zanjar la discusión, pero sí consciente de que —con un tono de voz apagado, con una solvencia que no habría de ponerse en duda y hasta con el grado de infalibilidad de quien por misteriosas razones es aceptado por todas las partes en litigio como ponente del punto de vista más ecuánime— no sería interrumpido. «Muchas veces me he dicho que lo más difícil de transmitir es esa seguridad en las convicciones, adquirida en la lucha y ratificada por el éxito. No sé muy bien si lo más difícil o lo más impropio. Pero lo cierto es que cuando el padre insiste tanto en que el hijo acepte el legado de su experiencia, olvida con frecuencia que se trata por lo general de una cosa en todo personal y fortuita y que, por ende, de haber sido otra su historia se habría traducido en un reglamento distinto, si no opuesto. Eso es así no sólo para los hombres que abrazan un determinado

credo, sino también para las generaciones e incluso para la sociedad y la historia, quienes con excesiva indulgencia respecto a su propio criterio gustan muchas veces de creer que han alcanzado, con la estabilidad, fórmulas de conducta de valor permanente. ¿Y no es ése el objeto primordial de una civilización que, complicada y contradicha por sus propias ramificaciones, aún persigue la seguridad del individuo como objetivo primero e indispensable? Quizá sea eso lo más discutible y pernicioso: esa seguridad en la seguridad; esa creencia de que lo mejor, por no decir lo único, que puede hacer el individuo es dedicar su vida a cumplir una de las funciones prescritas por la sociedad, y ese pleno convencimiento de que sólo en ese marco es posible hacer algo para la historia de la dignidad humana. He dicho dignidad y no cambio la palabra... tal vez porque la aprendí tarde, por lo poco que me satisface —como todo aquello que se usa sin juicio ni límites— y por lo mucho que la historia nos ha obligado a recelar de ella, a los de nuestra generación. Y sobre todo aprendí a desconfiar de esa mentalidad pontifical que se enorgullece de haber desterrado el azar y, en el mausoleo de la seguridad, no soporta otra actitud que el recogimiento. Un único código de conducta para el solo objeto de la conveniencia. Ah, nuestra sociedad es filistea y no tiene abundancia de propósitos.

»En mi juventud también quise campear por mis respetos. Diré más, es lo único que satisface si se despierta una inquietud que no sé muy bien a qué sentimiento corresponde. ¿El amor propio? Lo cierto es que un destino establecido de antemano puede llegar a ser la más angustiosa, incomprensible y ultrajante respuesta a la cuestión de qué hacer con la propia vida, a eso de los veinte años. Porque, ¿a santo de qué le va a convenir a un joven la industria que ha recibido de sus mayores? Hemos de reconocer que si creyéramos a fondo todos los axiomas de las disciplinas morales acerca del espíritu y toda la palabrería sobre el respeto, la libertad y la dignidad humana, la oveja negra sería el ciudadano modelo. Porque ¿cómo se puede conciliar ese respeto con una fábrica

de harinas? ¿Cómo y cuándo y por qué procedimiento de deformación se llegará a inculcar al hombre que «eso» es lo suyo? ¿Lo suyo?

»Cuando terminé mi carrera supe por un compañero de promoción de la existencia de un colega que, mucho mayor que nosotros, claro está, en algunos círculos profesionales tenía fama de hombre excéntrico y vagabundo, con algo de mago y bastante de loco. Se sabía que había viajado por América y por Africa y, siempre de la mano de ideas grandilocuentes y faraónicas, había hecho las cosas más inverosímiles para terminar, tras quince años de tribulaciones, en el mismo punto donde había empezado.

»Creo recordar que se llamaba Conrado Blaer, de familia canaria, con algo de sangre inglesa o escocesa en las venas; pertenecía a una acomodada familia que en los años anteriores a la República dio bastante que hablar. Pues bien, cuando acabé mis estudios sólo tenía una idea: dejar a un lado lo que mi padre tenía dispuesto, valerme por mí mismo y poner entre él y yo los suficientes kilómetros como para no tener que comer en su casa más de media docena de veces al año. Así que, ante el asombro de compañeros y familiares, decidí aceptar aquella oferta que a todo el mundo se le figuraba tan poco sugestiva y con mis pocos bártulos me trasladé al Noroeste de la península. Blaer llevaba ya un par de años recorriendo la Cordillera entre Murias y San Antolín de Ibias, entre Burbia y Cabriñanes, haciendo el levantamiento de aquellas corridas de cuarcita entre cuyos paquetes, afirmaba él, no sólo forzosamente habían de encontrarse considerables criaderos de mineral de zinc y de hierro —con alta proporción de fósforo, una clase que entonces sólo se sabía beneficiar en las siderurgias de Silesia— sino (lo que para él resultaba mucho más atrayente y prometedor) importantes yacimientos de tierras ricas que la técnica española ignoraba o no había sabido aprovechar y de cuya importancia él se había hecho cargo gracias a su experiencia y sus viajes por el extranjero.

»Mi primer contacto con lo que —llamémoslo así— formaba su organización, no pudo ser más decepcionante.

No fue nada fácil dar con la dirección donde tenía que establecerlo y que —yo esperaba— cuando menos debía ser una oficina de cierta entidad. Creo que consumí día y medio dando vueltas por un desordenado arrabal de una capital norteña, entre chabolas, terrenos vagos y calles inacabadas, en busca de unas señas que, al doblar una esquina, parecían escabullirse hasta una más distante y caótica alineación de postes, más allá de un vertedero o un humeante montón de basuras y escoria. Era una casa minúscula, de una sola planta, angosta y fría, que desde la entrada —protegida con una tela de colchón a guisa de cortina— despedía un intenso olor a potaje frío. Esa clase de vivienda tan desprovista de toda mejora que la puerta se halla siempre abierta y la llamada es contestada por un grito femenino, ese incomodado "¿quién" lanzado desde el fondo de la cocina por una persona que nunca podrá tener las manos libres ni desentenderse de su labor inmediata, que al poco rato —refunfuñando— aparece en el vestíbulo restregándose las manos en el delantal, con un niño —casi mejor se puede decir que es un enano— de cara desordenada, sucia y desigual de color, que mordisquea un currusco de pan. Y que ante la presencia del extraño, sin poder ocultar su malhumor, no es capaz de disimular su sorpresa con la presentación de unas no requeridas excusas por el torpe estado de la casa. Convendrán ustedes conmigo que no es precisamente la mejor manera de empezar una carrera de cierta altura, de ciertas pretensiones. Que se necesita tener bastante vocación y apetito de independencia para seguir adelante. Sí, con un poco de hielo, por favor.

»Claro está, su marido no se encontraba en casa en aquel momento, había ido a la ciudad a cumplimentar sus diligencias. Así que tuve que volver por la tarde. El marido me invitó a pasar, interponiéndose en el quicio y adoptando ese tono requerido por la invitación a su pesar, a fin de que yo la rehusara; así que mi primer contrato de trabajo quedó cerrado en la misma calle, en una acera sin pavimentar, con un fondo de gritos infantiles y numerosas llamadas de atención a la mujer (que con

todo era joven, y bastante favorecida de rasgos) para que cerrara la puerta o hiciera callar al niño. Menos mal que era un día de primavera norteña, soleado y luminoso, con un punto de remanente frescor. Su marido —además de tener otras ocupaciones menudas— era el agente de Blaer; se ocupaba de todas las tramitaciones y permisos oficiales, tenía una cuenta y un poder a su nombre y una vez al mes subía al monte para resolver algún interdicto o alguna servidumbre; su marido era sin duda la arboladura de aquella casa en la que —a la vista estaba— casi todo el dinero y el esfuerzo se consumían en conservar su buena presencia, un aspecto agradable, eficiente y digno de confianza —tan distinto al de su mujer— para atender y satisfacer sus muchas relaciones en la ciudad.

»A los pocos días, Blaer debió enviar un telegrama emplazándome en una posada del valle alto del Torce, no lejos de El Auge, un punto que durante unos pocos días al mes utilizaba como centro de operaciones. Aunque primordialmente se ocupaba de sus investigaciones y prospecciones, también explotaba —desde uno o dos años atrás en que la había arrendado— una mina de granza de primera calidad, en la cuenca del Tarrentino, de donde sin duda salía todo el dinero que necesitaba para sus vastos proyectos, iniciados con la concesión previa de más de diez mil pertenencias, en cuyo plan de labores era mi misión secundarle.

»Como más tarde vine a saber, también de aquella pequeña mina —que era una verdadera joya— salían las sumas bastante considerables que aquel hombre dilapidaba, dos o tres sábados al mes, en los garitos y casinos de las ciudades y capitales próximas. No sé por qué durante mucho tiempo —el período bastante extenso en que estuve en relación con él sin llegar al trato directo— me lo representé como un hombre corpulento, entrado en años, brusco de maneras y soltero. No era así, no era nada de eso; tampoco es que fuera menudo, pero parecía más joven de lo que era y disfrutaba de esa clase —un poco correosa— de lozanía permanente que, no sé cómo,

adquiere el hombre que en poco tiempo y con cierta facilidad logra hacer una fortuna en ultramar. No sé de fijo si hizo toda una fortuna, yo no la llegué a ver por ningún lado; en cualquier caso no era de los que una vez adquirida se sirven de ella para proporcionarse unos pocos quebraderos de cabeza, los estrictamente necesarios para mitigar el ocio. No, de ninguna manera. Era el hombre menos ocioso que he llegado a conocer... y al mismo tiempo el más atormentado por el deseo de alcanzar una cierta y etérea cúspide del poder que, en todo momento, parecía sobrevolar por encima de él. Pertenecía a esa clase de hombres al que un mago ha hecho una misteriosa revelación; que hablan siempre con referencias veladas, descubriendo secretos a medias, haciendo sugerencias incompletas y estableciendo relaciones y conexiones, protegidas por el secreto, entre los estamentos que manipulan y controlan el poder y de las que solamente unos pocos curiosos —que parecen haberlo atisbado a través de puertas entreabiertas, revelaciones de familia, confesiones en el lecho de muerte— hablan con gran reserva y sigilo porque hasta su conocimiento es peligroso.

»Durante varios días permanecí en aquella fonda sin que Blaer compareciese. También habitaban allí un encargado suyo y un topógrafo que, por no sé qué vías, recibían de tanto en tanto instrucciones suyas relativas al trabajo y que, por el correo o por el telefonillo de la Guardia Civil, le debieron comunicar mi llegada. Al poco tiempo tenían una respuesta para mí, por la cual me encomendaba el levantamiento bastante sencillo de unas pertenencias, un trabajo que estaba muy por debajo de mis facultades y mis aspiraciones. No era ciertamente para eso para lo que yo me había embarcado en tal aventura, para lo que había arriesgado el buen nombre profesional al entrar en tratos con un visionario; no era para coger un taquímetro, una merienda de fonda, cuatro peones y una caballería, para lo que yo había abandonado, en busca de más ambiciosos y desconocidos horizontes, la situación que me ofrecía la industria paterna; pero no tenía —al menos hasta que el trato directo con Blaer mitigara

la inquietud que me producía aquel hombre y me demostrase con una de tantas decepciones que el aura de intriga que le envolvía se desvanecía ante las realidades cotidianas del aventurero de *papier maché*— ni intención ni posibilidad de apearme del carro, para no dar a mi padre una alegría gratuita y un costoso disgusto a mí mismo, hasta tanto no tuviera a la vista una solución igualmente sugestiva.

»Para aumentar mi descontento los hombres con quienes vivía y compartía el trabajo me miraban con la indulgencia de quienes arrastran consigo la carga de la experiencia y la confianza del patrón. Apenas podía opinar porque ni siquiera tenía opción para entrar en las conversaciones en que se ventilasen asuntos de alguna importancia y no sabían verme sino como el joven inexperto que todo lo ha aprendido en los libros. Ya supondrán ustedes que no exagero si les digo que estaba técnicamente mucho más capacitado que aquel achacoso topógrafo que todo lo sabía por rutina campera y, sin embargo, mi trabajo de campo había de ser supervisado por él —aunque se limitara a pasar la vista sobre mis anotaciones, tanto por respeto a mi título cuanto para no poner en evidencia la escasez de algunos de sus conocimientos— y en más de una ocasión a punto estuvo de producirse una cuestión de competencia a causa de nuestras discrepancias sobre los croquis, las libretas y los métodos de trabajo.

»Y por si fuera poco, la actividad de aquel encargado —que parecía gozar de toda la confianza de Blaer y podía actuar con una soltura y una independencia que para sí hubiera querido el más ambicioso de mis compañeros—, dedicado a misteriosas y sutiles transacciones, no podía poner un contrapunto más sarcástico a mis labores, casi propias de un escolar. Apasionado y seguro en cuanto hombre de mando, vehemente, entusiasta y celoso como un conjurado, todo lo que hacía —desde que se levantaba a las seis de la mañana, para dar instrucciones al personal y revisar los partes de la jornada anterior— no sólo revestía, a los ojos de todos, una gran importancia,

sino que también estaba rodeado de un velo de misterio, dos categorías casi imprescindibles para convertir el trabajo en un placer. Lo tenía todo, hasta dinero; un ostensible fajo de billetes de una pulgada de espesor que en una cartera vieja de piel, cerrada con una liga de goma, no tenía el menor escrúpulo en sacar en público, aunque sólo fuera para abonar una botella de sidra. Incluso ocios y placeres, como ponían de manifiesto sus tardías y ruidosas llegadas a la fonda los sábados por la madrugada y las miradas y conversaciones que cruzaba con algunas mujeres del lugar que, sin duda —acostumbradas a los recelosos y avaros paisanos—, debían considerarle como el prototipo del hombre deseable y agradecido.

»También mi primer contacto con Blaer fue tan sorprendente como inesperado. En verdad, ni siquiera llegué a verle, a medio camino entre el sueño y la estupefacción, unas facciones borrosas que el contraluz de la puerta difuminaba en la penumbra de mi dormitorio; tan sólo me había de quedar la impresión de una voz no demasiado sosegada, en exceso ocupada en ocultar o simular su precipitación para poder reparar en aquella intrascendente circunstancia: que se dirigía al único colega que había de tener a sus órdenes. En tales condiciones, todas las incógnitas que yo esperaba resolver con el encuentro no sólo no habían de quedar despejadas, sino que en días sucesivos cobrarían un cariz más inquietante y siniestro, como si su aparición en mi dormitorio a deshoras —instándome a no incorporarme, dirigiéndose en dos o tres ocasiones al encargado que esperaba en la puerta, por donde entraba toda la luz que iluminó la entrevista— introdujera instantáneamente, en un clima anodino, en una mentalidad tan sólo preparada para la aventura por una imaginación lectora, la fría y vibrante estela del peligro. No me dejó traslucir nada; tan sólo me dijo que no tenía tiempo para hablar conmigo como yo merecía, que había adquirido de mí un alto concepto y que su gente le había dado las mejores referencias, al tiempo que me ofrecía sus excusas y explicaciones por haberme encomendado un trabajo que, estando tan por debajo de mi

capacidad, comprendía muy bien que no podía satisfacerme. Con cierto timbre enigmático me rogó que comprendiera su situación y, sentándose por un momento en el borde de la cama y extendiendo una mano para detener mi movimiento de incorporación, me explicó que antes de una semana tendría que hacerme cargo de una labor que —estaba seguro— habría de satisfacerme plenamente por cuanto exigiría de mí el máximo esfuerzo de toda índole; hizo un gesto a su encargado como para recabar su asentimiento, dijo por último que a través de él me cursaría las instrucciones pertinentes e, instándome a seguir en la cama, abandonó la habitación —tras cerrar la puerta— dejándome insomne y confundido, sintiendo por vez primera toda la extensión de la soledad que me rodeaba tanto en la penumbra punteada por los escuálidos brillos de aquellos muebles ajenos en todo a mí —y que en su misma quietud parecían esconder la parálisis del miedo—, tanto en la hostil inconsútil claridad de una tierra en la que todo me era extraño.

»Unos pocos días más tarde, ayudado por el encargado y tras aparejar dos caballerías y acompañado de dos peones —cuya mayor utilidad se cifraba en la protección contra la soledad—, me puse en camino hacia el escudo de Ferrellán, donde por espacio de diez o quince días debía llevar a cabo la prospección superficial del terreno y seguir en toda su continuidad —sin la ayuda siquiera de una hoja del geológico— las corridas de cuarcitas y grauwackas entre cuyos paquetes habían de encontrarse, de acuerdo con la teoría de Blaer, los criaderos de mineral.

»Era un trabajo de búsqueda que no tenía fin, tan acuciante como inconcluyente, que a la postre no podía desembocar ni en un hallazgo importante ni en el abandono de las esperanzas, acuciado por los indicios nunca suficientes de impregnaciones e intrusiones, y coartado por las incertidumbres, la inmensidad y el aislamiento de aquella montaña. Por lo general la noche se nos echaba encima lejos de los caseríos y nuestra mayor fortuna consistía en cenar caliente y dormir a cobijo, tras dos

o tres horas de camino de vuelta. En ese monte son raros los caseríos aislados, en aquel entonces la electrificación no había llegado a ningún punto de la montaña y los minúsculos burgos —una aglomeración de payozas con muros de pizarra y rajuela en seco, donde las personas dormían de pared por medio con el ganado y el fuego se hacía en el centro de una habitación sin chimenea, el humo escapaba por las rendijas de las paredes— apenas se distinguían, sino por las humaredas en el fondo de los barrancos, o por una tintineante y engañosa luz más allá del ramaje. Y no era raro darse de bruces con alguno, más silencioso y negro que el mismo monte, un repentino telón de tiniebla que corta en seco el cielo y el sendero.

»Creo recordar que fue en el precario refugio de un granero donde hube de verle por segunda vez, en una de aquellas apariciones tránsfugas y casi irreales, en medio del sueño: pero acaso no fue sólo a él y a eso voy. Sí, por favor, con un poco de hielo; así está bien, gracias. Fue lo otro; algo que ya no le abandonará más, que se constituirá por su propia aparición y voluntad en el sombrío, asiduo y gemelo acompañante en la marcha cuyo origen (y cuyo fin) parece desvanecerse desde el momento en que toma parte en ella. Y sin duda todo permanece igual, un orden que sigue obedeciendo a leyes físicas y morales y una sociedad que se mantiene gobernada por el saber y el interés de los hombres... sólo en apariencia. No sé dónde estará esa última realidad ni si es propio otorgarle ese apelativo, pero a partir de una noche cobra una suerte de inmaterial y perversa influencia a causa de la cual empieza a oscurecerse la creencia de que cuanto sentimos obedece a causas que la razón puede investigar. Me pregunto si lo normal es que esa experiencia goce siempre de un carácter tan infantil que, al operar sobre una mente que no se ha forjado todavía una concepción racional del universo ni ha sentido aún la necesidad de hacerse con ella, tan sólo deja un esporádico residuo de miedo silenciado durante toda la vida adulta y sólo despierto, por lo que nos dicen, al filo de la muerte. El niño, sin duda,

lo ha visto muchas veces, esa sombra preterhumana que se erige en señor de sus propios misterios y sólo una vez asoma su aquilina y olvidadiza efigie para hacerle saber que el mundo que le van a enseñar la educación, la ciencia y las costumbres adolece del mismo defecto que el cuerpo mutilado de Peter Schlemihl.

»Creo recordar que jugaba a las cartas, aunque nunca lo podré saber con lo que se llama seguridad. Ni en qué siglo había empezado a jugar, allá en Emaús. Ni sé por qué razón el ámbito había quedado parcial e imperfectamente iluminado más allá del hueco junto al que tomaron acomodo. No vi ninguna vela y, aunque en aquel momento caía sobre el lugar un fuerte aguacero, estoy seguro de que no fue el resplandor de un relámpago, sino el de una iluminación igualmente fugaz, pero más pausada y mortecina, como para darme tiempo a testificar la inédita realidad de la sorpresa. Y bien, era Blaer, sentado ante una rústica mesa con la cabeza cogida entre las manos contemplando el desolado escenario de sus pérdidas —una bolsa, un plato tal vez, unos naipes o unos papeles o unos billetes, unas pocas monedas— al tiempo que su compañero de juego, con gesto desdeñoso y suficiente, al retirarse por el hueco del fondo volvía hacia mí la mirada astuta del escondido e invicto señor de las sombras. No había visto más, pero fue suficiente y sólo más tarde recapacitará sobre ese último fundamento de nuestras convicciones que reposa sobre experiencias intransferibles; cómo una clase de seguridad queda para siempre enajenada y cómo se pierde ese efímero aplomo que según se afirma necesita todo hombre para sentirse capaz —más allá del fanatismo y la soberbia, fuera del entorno de un ficticio acomodo con su modo de vida— de dictar cualquier norma de conducta a un semejante. A tientas llegué al lugar, palpando las paredes y el suelo hasta una escalera de mano, para no encontrar más que la mesa y un plato sucio —ávido de recoger toda la luz de la llama— y unos pocos papeles que a pesar de no esclarecer nada guardé conmigo. No habían pasado diez días cuando, a causa del accidente de uno de mis peones,

que en una caída sufrió una fractura de columna y de fémur, hube de abandonar el reconocimiento para volver precipitadamente a nuestro punto de origen. Le entablillamos la pierna y le fabricamos unas rústicas angarillas para trasladarlo al lugar habitado más próximo y depositarlo allí hasta la llegada de un socorro. Pero no encontré a ninguno de los nuestros y la dueña de la fonda no supo explicar su ausencia más que con alusiones imprecisas a ciertas dificultades surgidas en la mina del Tarrentino, que habían obligado tanto a Blaer como a su encargado a salir hacia allí precipitadamente, abandonando el resto de las labores. No era cosa fácil encontrar un médico para asistir —tras un viaje de día y medio a lomos de una caballería— a un hombre accidentado, acogido a la sórdida y avara hospitalidad de un paisano receloso y acostado en un granero en una colchoneta de paja, elevando al cielo noche y día —sin otra pausa que la impuesta por el agotamiento— la impaciente y desorbitada queja de la miseria. Y bien —permítanme que les diga— una semana así forma tanto o más que un año de universidad, pero cuando el peso de una incómoda fatalidad da origen a esa insoslayable y penitenciaria obediencia en virtud de la cual todos los actos están tan determinados que no es posible dar un paso ni existe la menor opción individual y no queda un solo resquicio por el que evadirse de un deber absoluto —e incluso el abandono momentáneo de una habitación maloliente donde un tirano proclama a gritos los rigores de la ley proletaria, en busca de un poco de aire fresco o de un solo instante absuelto de la dura regla del manicomio, será a los ojos de quien no juzga el máximo pecado contra esa misma solidaridad que le retiene allí—, se levanta un afán de abandono que en última instancia aspira a la nada y que en la aniquilación reconoce el medio de zafarse de todos esos después y después y después, ese atajo que a primera vista abrevia, pero que una vez tomado muestra la laberíntica e inextricable dificultad de alcanzar la paz antes de la muerte. Más allá, solamente un poco más allá del sueño, en un claro del monte y más allá de una mula

que rumiando entre unos arbustos ha detenido por un instante el curso de los astros —como esa figura zodiacal en torno a la cual durante su signo todo parece girar en homenaje a su grotesca y efímera majestad—, el hombre que clama al cielo no será más que el indiscreto y vocinglero patán que por miedo a su miseria descubre el secreto de una condición que había optado por soportar su vergüenza en silencio. Ah, excelente, excelente; así está muy bien, con un poco de hielo.

»Pues bien, era Blaer; me lo he dicho y repetido mil veces, todavía no me he cansado de afirmarlo y nadie me podrá hacer abjurar de esa convicción. Solamente yo puedo decirlo y no existe nadie que me lo pueda negar: y ése es el precio más elevado de esa ciencia, que al no poder ser compartida arrastra consigo a otras muchas, a unas para privarlas en lo sucesivo de todo valor y a otras... para vivir en secreto a la sombra que arrojan. No es tan sólo una cuestión de credulidad, porque lo más valioso del escepticismo es que se extienda a zonas más amplias e inexploradas que la amortizada fe de donde salió. No digamos que el saber. Y tal vez el pecado no proceda de una participación en el mal —cuyos límites son arbitrarios, acotan tan sólo una reducida área de la conducta para disimular la extensión de lo posible, allí donde el bien, siempre pusilánime y doméstico, no llegará nunca—, sino de la incertidumbre que embarga a quien se atreve a adentrarse en una zona donde casi todo lo ignora y no es capaz de presumir las consecuencias de sus actos. No, no hay pecado cuando el acto se circunscribe dentro del conocimiento o la experiencia y sólo lo ignorado suspende la moralidad. Era Blaer; acompañado de lo otro, ¿para qué darle un nombre? Si lo tiene ¿es que le hace falta? Su influjo es más evidente que el sonido de un nombre y su aspecto no produce inquietud, pero sí molestias, ejerce una gran atracción. No, no tiene apelativo, lo que atemoriza es el propio yo embargado y enajenado por un poder —el único poder— que estará siempre por encima de todas sus facultades. No en balde era el tema favorito de Blaer, el poder. Era Blaer, lo

repetiré mientras viva; lo único que no tenía de Blaer era... su presencia física. Y lo otro a su lado, a sus espaldas, envolviendo a las sombras con su impenitente y sarcástica arrogancia y ese... ese inmaculado temperamento, conservado intacto en el curso de los siglos, indiferente al progreso y a las generaciones y hasta a su propia influencia, no disimulando —siempre un poco más allá de la visión— su absoluta falta de interés por su propia intervención y su menosprecio por unos hombres que sólo saben atender a su bienestar; para dar a entender que eso no es lo suyo, que le parecen pueriles todas las actividades del mundo moderno y que —cada día más lejano y perdido— existe todo un ámbito en la penumbra mucho más atractivo y... más nocivo.

»Tal vez Blaer era de su misma opinión, constituido ya en acólito de un rito degenerado e inútil, en demacrado agente de una empresa sin iniciativa ni futuro, y por eso volvió aquella mirada de profunda sospecha e insistente exculpación hacia el herido, tan sólo para solicitar de mí más que perseverancia y comprensión una ampliación del crédito que le había de permitir demostrar cómo muchas cosas pueden entenderse de varias maneras o, mejor aún, en más de un campo del entendimiento. No era el suyo el más inmediato. No fue fácil encontrarle y no consideró necesario cubrir su fugitiva conducta con un expediente que resultara satisfactorio para un colaborador tan poco exigente como yo.

»Pues bien, más tarde me vino a decir que me acercara al fuego, que tomara acomodo sobre las mantas —y estoy seguro de que retiró unas alforjas para hacerme sitio—, que bebiera un café caliente para reconfortarme, que no forzara las situaciones y que —menos aún— siguiera tratando por lo trágico un asunto que carecía de mayor importancia. Después de dos o tres días de marcha por un monte desierto —temiendo que la supervivencia del herido pudiera depender tan sólo de un gesto de impaciencia— la llegada al inesperado campamento, la presencia (?) y las palabras de Blaer serían como el término de un viaje que al echar por tierra en cada revuelta, en

cada claro y en cada colina, las esperanzas puestas en la última línea del horizonte, tras haber olvidado su origen nunca tendrá otro fin que la descomposición en un movimiento, sin otro sentido que su propia repetición. "Por encima de todo hay que darse prisa —me dijo, acuclillado sobre un fuego que atizaba con una vara verde, con una manta echada sobre sus hombros y su cabeza— y por eso la tragedia de la ambición será siempre la de todo equilibrio basado en la velocidad. No, joven, no hay reposo posible. Ni siquiera hay tiempo para madurar el proyecto, para recoger todos los datos posibles y adquirir una clase de certidumbre y confianza en la obra que se emprende. Esos son privilegios del artista. Lo nuestro es otra cosa; si me apura le diré que no podemos pagar el menor tributo ni al respeto ni al futuro, no digamos ya a la posteridad; son cosas que no nos van porque nada nos dicen. Nada que sea definitivo, nada que quede, ni siquiera el nombre, tal vez lo último. En contraste, acaso sea la única manera de ser congruente con una condición mortal; estoy convencido de que el artista sacrifica todavía muchas cosas a un oficio que en gran parte extrae sus justificaciones de sentimientos derivados de la vida de los demás. La supervivencia, la gloria. Lo nuestro no, no podemos sacrificar ni los minutos, todo apremia. Se resiente la calidad, ya lo sé, es el precio necesario en una carrera que nadie presencia con calma. La muerte ha de sobrevenir a un cuerpo terminado, es la única forma en que será natural. El agotamiento; no puede ser de otra manera, no se debe; no es justo entregar un ápice de vitalidad, es un artículo demasiado precioso y breve. ¿Que no queda nada? ¿Qué quiere decir eso? Es una carrera que sólo se puede emprender cuando se está dispuesto a no hacer concesiones al porvenir: es más, cuando se alcanza cualquier seguridad el negocio ha volado porque alguien más vivo y menos precavido ha decidido arriesgar algo más, guiado tan sólo de un presentimiento. La seguridad es más bien cosa de artistas: la seguridad y el desánimo, un lujo de quienes careciendo de muchas cosas presumen que sobran horas

de vida: y eso es lo único que siempre falta, horas de vida, mientras un ápice de vitalidad aliente el cuerpo", me vino a decir envuelto en sus mantas, ante un minúsculo fuego de fajina que se me antojaba el único punto animado de un universo desierto y pasivo. Pero no puedo negar —sí, un poco más de hielo también, muchas gracias— que, adormecido por aquellas palabras, sentía que era yo quien hablaba, un sentimiento que hasta entonces había guardado en embrión y que —ni siquiera responsable del enfrentamiento con mi padre— por primera vez cobraba su auténtica voz, con inusitada clarividencia.

»Ah, sí, la mañana. La mañana que tras el entusiasmo de la noche viene a restaurar el imperio crónico de la prudencia; que esa insensata aspiración nocturna de adelantar en unas pocas horas de embriaguez el curso de un tiempo donde la inercia es soberana, opone al lento caminar de un orden —astuto, sibilino y perezoso como el anciano autócrata que después de oponerse con violencia a cualquier cambio, ya no cree al término de su reinado que sea posible el más nimio— que gusta de mirarse y ensalzarse en el silencio matutino del monte. Y que al apetito de una carne cuyo repique aún resuena en las venas responde —despejada con el sueño la fantasía de la fuga y la fusión— con la inmolación del otro yo carente de identidad y clandestinamente disimulado por su parecido con el hijo del deber.

»A la mañana siguiente había desaparecido sin dejar el menor indicio de su vivac; ni las mantas ni las señales del fuego, y tan sólo la estela de una palabra incoherente e incoherentemente repetida que —como la quieta y segura figura del padre que ha quedado en tierra y complacido sigue las evoluciones del hijo encaramado en el caballo del carrusel, ignorante de que su alegría se ha trastocado en vértigo y angustia tras las primeras vueltas y vaivenes, así que ha cobrado velocidad el mecanismo— surgía de entre la atenta e indiferente muchedumbre tanto para procurarle el alivio de una seguridad perdida en la vorágine cuanto para atemorizarle con el re-

cuerdo de una aventura que de ella partió. Es cierto, la mañana para pisar de nuevo un suelo perdido en un momento de entusiasmo nocturno. ¿Raquítico entusiasmo? Un monte perdido, un cielo sin una nube, tan sólo los graznidos —como las infructuosas revoluciones de un motor que no se decide a arrancar— de un par de urracas que no se recatan de echar al viento la enseña negra de la piratería; no había dejado rastro de su paso por allí. Un pobre hombre que había renunciado a sus lamentaciones, con la cabeza abatida, una cara demacrada y la boca entreabierta, que sólo respondía con un estertor de moribundo a mis esfuerzos para que levantase el ánimo y colaborase en la medida de sus fuerzas para hacer más fácil el viaje y su traslado. A la mañana siguiente a qué poco había quedado reducida la fascinante carrera entrevista en el delirio de la noche y el coñac: una mula holgazana, un cuerpo que parecía optar por su irremediable fin y horas y horas de camino en pos de una palabra que —marchando por delante de mí, a corta distancia— venía a demostrar lo atrás que había quedado, lo lejos que estaría siempre de aquellos que, como Blaer, habían sabido renunciar a la seguridad, para atender tan sólo al dictado del deseo de vivir. Porque al instante siguiente le vi abandonado, cubierto por un cúmulo de mantas en un claro del camino; tan sólo asomaba la cabeza, la cara color de cera cubierta de moretones y la boca entreabierta, sin un ronquido ni un estertor; ya nada, una absoluta quietud. Era la propia expresión del fin, los párpados no del todo cerrados con un resquicio para observar —quizá desde muy lejos— el último fragmento del suelo que le quedaba por ver. Aún queda algo, parece que es tarde. Por favor. La expresión: el triunfo de la desconfianza, nada del reconocimiento del error. Las intenciones de una raza de las que, por diez días de jornal, no hará gala. Lo sabía muy bien cuando se decidió a trabajar con nosotros y nada le haría apearse de un recelo de siglos. En cierto modo, intolerablemente triunfal y vindicativa, la única réplica justa al dominio de Blaer y sus secuaces sobre una condición que se ha en-

gendrado en su propio sacrificio —el mismo sacrificio objeto de sus sarcasmos— y sin el cual el poder carecería de sentido, porque una ambición degradada simplifica las alternativas. He dicho una absoluta quietud, una clase de callado regocijo en la aniquilación como si el paciente hubiera desempolvado —guardada durante generaciones— la voluntad de acabar consigo mismo para oponer el más rotundo mentís a las dominantes palabras de su patrón; la única respuesta a la conducta del poder. Y tal vez sea el ejemplo intemporal lo que sobre todo gusta de burlarse de la acción presente, de ese ridículo y desaprensivo apresuramiento en el tiempo que el Tiempo desdice con un gesto sin edad: el contrapunto a todo lo que había dicho Blaer o quien fuera, la perversa ironía del mutis con que el actor que domina la escena sin códigos ni maestros replica a las petulantes afirmaciones de un aventajado y meritorio aprendiz. Un punto de desobediencia, he ahí todo, una revancha. Está claro, está claro, la fortaleza del débil, el señorío que el criado ejerce sobre el amo, el poder de la miseria. Por entonces supe que era muy adicto a una modalidad del juego en virtud de la cual la jugada más alta sólo era superada por la más baja: no existe, por consiguiente, una jugada máxima y ningún jugador... bien, será la última. Póker negro. Nadie juega a eso, claro está; nadie se descarta para jugar a la baja, pero en cambio queda anulada la seguridad de una baza insuperable. La inseguridad, dependencia. Excelente; no, no es tan tarde. Una miseria. Esa mirada de triunfo que debe esconder algo de la permanente incertidumbre. Como el friso de Olimpia; una razón sonriente, afable y luminosa, que, sin embargo, es consciente de que su triunfo sobre las sombras y el temor durará poco. O bien, el rictus de la caducidad, el relativo y angustioso descanso tras la victoria en el primer encuentro, a sabiendas de que por delante queda un largo combate que, asegurado siempre el triunfo diario, no terminará nunca. Hay triunfos, no hay victorias.

»Es posible que todo terminara de la manera más simple, con la llegada de mi pequeña caravana a la casa de

un médico de pueblo para encomendarle el cuidado del herido, un informe amasijo de mantas y ropas, troncos y ramas y miembros sueltos, amontonados sin jerarquía en torno a una cabeza con manchas secas; un cuerpo muy distinto del que, un par de días después, ordenado gracias a una sábana blanca sería trasladado en una camilla para ser hospitalizado.

»En cuanto a Blaer, había desaparecido una vez más no sin dejar tras de sí —en los rumores, en las actitudes secretas, en la alarmada reserva de quienes parecían saber algo de él— un cierto soplo de venganza y un clima de resentimiento. Como si en la persecución del poder que había emprendido —perseguido a su vez por él— no quedara otra opción que contemplar —más que contemplar, esperar a la puerta de una fonda, con una botella de cerveza y en el atardecer, la llegada de noticias— el resultado de una apuesta para la que todos los suyos habían colaborado con sus ahorros. El resultado me había de sorprender de nuevo en el campo, cuando practicaba un levantamiento que creo recordar llevé a cabo por iniciativa mía, para matar la desgana e inactividad de aquellos días invernales, traído por el mismo heraldo de la revancha: había sido devuelto al pueblo gravemente enfermo. No, no es tan tarde, espera un poco. No sé si era febrero o marzo, en cualquier caso no eran los días más fríos del año. Un año dilapidado en el lujo más inútil. Me explico. Un poco más. Basta, basta ya. Esa clase de lujo que, pensándolo bien, no es tan inútil por cuanto a la postre servirá para ridiculizar ante uno mismo el grotesco espectro de la necesidad. ¿De la necesidad o del respeto a la probidad? ¿La probidad? ¿Una idea fija acerca de la dignidad? Es bien posible; sin duda ese disfraz de filistea honradez. Me refiero, claro está, a ese lujo que una vez probado no deja lugar para otra experiencia y ante el cual lo cotidiano queda envilecido. Que volviera Blaer, incluso acompañado de lo otro... pero inútilmente, ni siquiera con el propósito de amedrentarnos con la secreta imagen del poder y sus inescrutables y ociosos designios. El mayor lujo. He

dicho la necesidad. Esa idea que en todas partes queda desmentida. La ciencia no quiere saber nada de eso, la política, tal vez. Despreciable... ¿he dicho fatalidad? No lo creo. ¿Se han ido a dormir? No sé si me explico bien. Al cabo de poco tiempo —no sé cuánto— comprendí que no estaba haciendo nada y que mi posición, justificada un día tras otro gracias a la exageración de pequeños acontecimientos, resultaba insostenible. El ridículo. Tal vez la más desapasionada mirada sobre el yo que el desdoblado es capaz de lanzar en el momento de mayor congoja y mayor clarividencia. ¿Una confirmación de la propia duda? Blaer no podía haber vuelto y ante todo tenía que responder de sus temores. Tampoco ellos tenían noticias, por fuerza estaba todo perdido. Una alucinación. Un poco más, lo poco que queda. Perdidos los ahorros, cabía pensar que había desaparecido por miedo de enfrentarse a ellos. Solamente la mujer de su apoderado de la capital, años más tarde, completamente cambiada, con un abrigo de pieles, acudiría a despedir a alguien que no era su marido —no era su marido— a la estación. La última vez que lo vi, casi sin rostro, sin sexo, sin mirada y sin físico, pero sí con temor al poder, un poder manifiesto y no ostensible a la vez, tras los reflejos del cristal del vagón no demasiado limpio. La venganza de Blaer, dirían todos. ¿Cómo? ¿No sería al revés? No sé si me explico; el caso es que yo acudí allí con el propósito de iniciar mi carrera, lejos de mis padres; no, no me interrumpa, ya sé lo que me va a decir, y a eso le voy a contestar lo siguiente. No me quedaba nada que hacer y cuando al cabo de un par de días di por terminado el levantamiento y bajé a la fonda del pueblo, supe que se trataba de Blaer. Sí, Conrado Blaer, el mismo. Apenas queda nada. También había vuelto el herido que andaba con muletas —fue el primero con quien me crucé frente a las primeras casas del pueblo— y en su expresión grabado el signo de la victoriosa revancha. Esa expresión augusta y marcial del belfo medallón, traspasada a la piedra el insomnio y la idiotez de la carne. Blaer debió morir en la misma habitación

que yo había ocupado, saturada del acerbo tufo de su fiebre; la última vez que le vi si no estaba muerto poco le faltaba. Esto es, había sucumbido una vez que lo otro —y sólo se percibía por el vacío a su espalda, por la insistencia de una mirada que no sabía apartarse del punto donde quería verlo— le había abandonado para, en el dormitorio de una fonda, con la contra cerrada, desterrarle para siempre del imperio del poder y devolverle a la condición de la primera necesidad. Equitativo. Lo uno por lo otro; ni más ni menos. Parece que ya no queda nada», dijo. Su rostro parecía desvanecido en la misma penumbra que había tratado de describir, con la misma supina y atónita fijación en el vacío, ocupado por un instante por la presencia de aquello otro que durante toda la noche le había pasado inadvertido.

Hasta que una noche se oyeron unos golpes en la puerta, llamadas que se prolongaron durante un breve rato. Pero primero fue un golpe discreto —«a la vez discreto y perentorio»—, seguido del silencio de quien había llamado, para esperar la respuesta que había de quedar en suspenso.

El molino no se hallaba lejos de la torre cuya sombra, espúrea y ubicua, coagulación azoica de una historia episódica en el flujo mortuorio de la hojarasca y el ramaje, no se destacaba de la masa de árboles (corpulentos y descuidados nogales, esféricos fresnos, higueras que habían nacido dentro y fuera de la nave sin bóvedas, que introducían sus raíces entre las juntas de los sillares marcados por el símbolo del anónimo artífice) sino que sin contornos parecía despojar a la noche de su carácter celeste para imponer el de su propia fábrica, cuyo secreto susurro sin voz ni timbre ni eco ni tono recogía, devolvía y saldaba el murmullo imaginario del mar en el holocausto de la calma continental. Un par de búhos levantaron el vuelo sin ruido, con un vuelo bajo pero

largo, como para dirigirse a Cawdor a informar a su señor de la llegada a deshoras del inoportuno intruso.

La torre solamente era frecuentada en un par de ocasiones al año, a lo sumo tres; apenas se distinguía desde la carretera de la sierra, envuelta por los árboles de la vega, aun cuando constituía el mejor punto de observación para escudriñar los sucesos de Mantua pues aunque en ruinas su cuerpo de campanas todavía era practicable. Y mientras todo el caserío del pueblo abandonado carecía ya de cubiertas y puertas —los muros de piedra en seco ya desmoronados, las tejas en las eras, las vigas, las gateras, los cabrios, los cumbrales calcinados— el molino (que aprovechaba un caz del río, con dos palmos de agua e invadido por la vegetación) situado al pie de la torre y alejado del pueblo, permanecía cerrado y trancado sin que nadie hubiera osado entrar en él a partir del suceso que lo clausurara. A partir de aquel suceso, más de medio siglo atrás, bastante más de medio siglo atrás, casi un siglo.

Entre las gentes que acudían a la torre se decía que algunas noches llegaba a columbrarse una luz a través de las rendijas de las trancas, pero nadie —ni siquiera los escuchas o visitantes de la torre, los guardas del monte en los albores de la primavera o en las postrimerías del verano— volvían la vista hacia allá para cerciorarse de ello.

Hasta que un día el joven a eso de la medianoche golpeó en su puerta y esperó en silencio la respuesta. No se sabe por qué, lo más probable es que fuera para ganar una apuesta. Uno de esos retos juveniles e invernales, de un sábado decembrino cuando sólo en virtud de una apuesta se puede romper el bloqueo de hielo y desolación del páramo regionato. Y sin duda le oyeron porque jamás dormían; porque acaso (en una espera que no prescribía) se aferraban a su estancia no aguardando otra cosa que la apuesta insensata del joven bravucón, cruzada con otro en la única taberna abierta de un sábado a punto ya de la medianoche.

Esperó un buen rato y, al comprender que no obtenía respuesta, volvió a golpear la puerta con el puño y con el codo. Después, haciendo bocina con ambas manos, gritó con todas sus fuerzas:

—¿Hay alguien en la casa? —gritó un par de veces, a fin de ganar la apuesta.

Sin duda le oyeron —porque no esperaban otra cosa, porque presentían que un día u otro se cruzaría aquella apuesta u otra parecida— y levantaron unas motas de polvo y cruzaron unas miradas confundidas con los saturninos brillos de la rendijas.

—¿Hay alguien en la casa? —repitió, a todo lo que daba su voz y no para que le oyeran los que podían estar dentro del molino, sino para que lo hicieran los que habían quedado junto a la torre, y sólo con objeto de ganar la apuesta.

Y por último, apagado ya el rescoldo de todo temor, se encaró con la puerta con desprecio, ignorante de que toda la prueba de su coraje podía volverse contra él —y arrastrarle al miedo— a poco que pudiera hacerse perceptible la presencia que necesitaba ofender. Dio dos pasos, tomó un canto y lo arrojó contra una de las trancadas ventanas y la madera devolvió el sonido, incapaz de propagarse en las tinieblas que lo convirtieron en el eco de la abyecta circunspección de la muerte ante la energía que sólo goza de un instante para maldecirla. Porque la apuesta no era una venganza, sino, justamente, la incapacidad para llevarla a cabo. Y por último de espaldas y antes de alejarse, dio una patada en la puerta que apenas resonó en el ámbito vacío del molino, porque no eran perceptibles los tímidos suspiros, las miradas no estupefactas que cruzaron sus habitantes, ante el sombrío convencimiento de que si existen y conviven dos clases de rencor no existe en cambio el terreno donde poder medir su recíproca impotencia.

Antes de alejarse por la calzada se volvió de nuevo para gritar por vez postrera:

—¿Hay alguien en la casa?

Hasta que se perdió en la noche, entre la arboleda que rodeaba a la destruida ermita del fondo de la cual surgieron las voces —las voces asordinadas por la vegetación— de los que habían esperado junto a la torre.

Se apagó el eco de sus pasos, las botas de clavos sobre losas y adoquines, se disiparon sus voces cuando alcanzaron la carretera y el lugar se reintegró a su vitanda soledad, y solamente entonces se abrió la puerta trancada del molino y la voz una y múltiple y contradictoria, chillona y grave a la vez, composición concertada en el sonido de mil discrepancias en el tiempo y el rencor, dijo a una desde la oscuridad:

—Aquí estamos, pasen.

Reichenau

Años atrás le había dicho:

—Si desea usted algo no tiene más que llamar al timbre; yo acudiré enseguida.

No lo había dicho con esa carencia de tono de quien se halla habituado una y otra vez a la misma fórmula; sin duda no sólo contaba con pocos clientes sino que quiso dar a la frase una intención que entonces no supo adivinar, ansioso por llegar a la cama y demasiado ocupado por la sensación de malestar que le produjo el sujeto.

Fue una noche en que se perdió en un cruce de carreteras, se adentró por una de montaña en lamentable estado y solamente al cabo de un par de horas pudo llegar a otra asfaltada donde aún existía un poste de fundición de principios de siglo, cuyas indicaciones estaban tan borradas que no pudo descifrarlas al resplandor de los faros. Sin lograr orientarse en el mapa tomó al azar un sentido y al cabo de bastantes kilómetros dio con un pueblo desierto y apagado —una docena de casas de adobe a ambos lados de la carretera y una sola bombilla

que se balanceaba en el aire colgada del cable, tan mortecina que ni siquiera llegaba a iluminar la calzada—, de suerte que, a pesar del cansancio y lo avanzado de la hora, no tuvo otra opción que seguir adelante, en la dirección de una señal que decía: «A Región 23 kms». Así que cuando poco después, a la salida de una fuerte curva, se topó con un caserón al pie de la carretera con un melancólico luminoso que escuetamente decía «Camas» no lo pensó dos veces.

A la segunda llamada se iluminó y abrió una ventana de la planta media y un sujeto —cuidándose de poner en evidencia que había sido despertado y sacado de la cama— le preguntó qué deseaba y de malos modos le ordenó, tras acceder a acogerlo por aquella noche, que dejara el coche detrás de la casa. Se demoró bastante en abrir la puerta y todavía se abrochaba el cinturón por debajo de la chaqueta del pijama cuando sin más preguntas y sin exigirle documentación alguna tomó del casillero una larga llave, con el número 9 estampado en una chapa unida a ella mediante una anilla.

El hostal era un edificio de construcción barata y anticuada, con un tufillo a humedad, amueblado para su menester con tanto rigor y tanta economía que por doquier imperaba un manifiesto desprecio al detalle innecesario: las bombillas colgaban exentas de sus casquillos, las paredes no se ornamentaban con las estampas de los calendarios y en el dormitorio —además de la cama metálica, la mesilla de noche y un minúsculo lavabo sin agua corriente— no existía otro mueble que una silla con tablero de contrachapado. En cuanto al dueño —pues era evidente que se trataba del dueño— no cabía señalar sino el escaso aprecio que parecía tener hacia su propia ocupación, como si en ella hubiera buscado refugio más por seguridad que por otra razón, a fin de poner a resguardo unos pocos dineros ganados quién sabe dónde y de qué manera. Al tiempo que le dejó pasar, haciéndole entrega de la llave, le dijo señalando a la pera que colgaba sobre la cabecera de la cama:

—Si desea usted algo no tiene más que llamar. Yo acudiré al momento.

Se durmió en seguida, con el pensamiento puesto en abreviar cuanto le fuera posible aquella noche teresiana, pero pronto se había de despertar sudando, agobiado por el peso de las mantas. Empezó por revolverse en la cama, incapaz de desentenderse de su intenso olorcillo a pobreza, hasta que le llegó el eco de las voces, el cuchicheo de dos o tres personas más allá de paredes y corredores vacíos, más allá de una cocina desierta y un obrador en orden, palabras amagadas y risas contenidas que parecían corresponder a la conversación de unas sirvientas cuyas voces no debían alcanzar el ámbito de los señores.

Insomne e inquieto encendió la luz y entonces cesaron las voces. Vino a suponer que el resplandor de su ventana en la carretera había servido de advertencia a los imprudentes charlatanes y, con el ánimo más tranquilo, volvió a apagar la luz aunque recelara ya de poder sublimar su descanso en el sueño. Pronto habían de volver, más cercanas y zumbantes, sonidos silbantes y prolongados y consonantes repetidas a punto en cada momento de cristalizar en una palabra inteligible que desaparecía en el aire como una pompa de jabón, que le fueron envolviendo con su inverosímil aproximación, con la intensidad que contradecía la lejanía, con la sospecha de que iban dirigidas a él precisamente porque nunca sería capaz de comprenderlas. No, no procedían de un lugar determinado, no eran pronunciadas en parte alguna porque se trataba de un espacio sonoro definido —más allá de los muebles y las paredes de su habitación— por la cadena de susurros y risas femeninas —mujeres de edad, que se confiaban secretos malignos, que se fundían y separaban en un torbellino de gestos y movimientos abortados y esfumados en el mismo momento de aparecer en el argentino reverbero de la oscuridad— no traídos por el éter sino conjugados con el único continuo de las tinieblas e inseparables de ellas.

Encendió de nuevo la lámpara pero por poco tiempo. La bombilla se fundió, tras un chasquido que fue la señal para que las mujeres iniciaran de nuevo su fiesta, alborozadas por su victoria sobre la luz y dispuestas a aprovechar la impunidad de que se habían hecho acreedoras.

Se levantó sudando pero como hacía frío en la habitación volvió a la cama. Escondió la cabeza bajo las mantas y... en efecto, se diría que su conversación se hizo más recogida, como si se desarrollara también en un muy próximo y a la vez remoto rincón bajo las sábanas. Sacó la cabeza de entre las mantas para, a tientas, buscar la pera del timbre que colgaba sobre su cabeza y cuando la encontró no pudo llamar. Más bien le contuvo la aprensión de tener que recurrir al dueño del hotel, el recuerdo de una mueca de suficiencia, la cabeza de cartón-piedra. Agarró la pera con ambas manos e incluso se la llevó a la boca, azuzado por la fiebre, acariciando el botón con la lengua sin poder contener ni las lágrimas ni la orina ante el intolerable crescendo de las voces que solamente remitieron con una amanecida que le había de sorprender cubierto de sudor, jadeante y exhausto, con la cabeza apoyada en los barrotes del testero y la mirada idiotizada, casi colgado con ambas manos del cordón eléctrico del timbre, orgulloso empero de haber sobrellevado la noche sin recurrir a la ayuda que le había sido ofrecida.

Cuando abonó la cuenta —una cuenta irrisoria— a la mañana siguiente, no cruzó una palabra de más con el dueño del hotel; acaso una sensación de confianza se había enseñoreado de un ánimo aherrojado en aquellas fechas por toda clase de dificultades pero capaz de pasar por encima de la oblicua mirada del dueño del hotel que, sin duda —añadiendo el despecho a guisa de interés—, quiso significarle que bien podía haberse ahorrado tal trance con sólo haber apoyado el timbre; que no era un reproche ni una advertencia, sino la exposición de un estado de cuentas; que no se llamara a engaño porque el trance que había sufrido no era más que la sanción

al rechazo de su oferta; y que en circunstancias análogas otra vez lo pensara mejor porque bien podía ahorrárselo con sólo apoyar el timbre. Que bien claro se lo había dicho la noche anterior.

* * *

Fueron los primeros tiempos de una profesión dura, difícil y solitaria, empeñado en vender en tierras ingratas artículos que en aquellos tiempos no eran de primera necesidad. Pero a fuerza de confianza y perseverancia pronto había de alcanzar la independencia profesional, el bienestar económico, la representación de productos extranjeros, transformado en un hombre de negocios y en un inveterado fumador que una vez al año se veía obligado a hacer una prolongada cura de reposo. Pero ya estaban lejos aquellos primeros tiempos en que, con una pequeña furgoneta cargada de artículos innecesarios, llegó una noche a un hotel de carretera —en el corazón de un desierto nocturno— que de no haber sido olvidado constituiría el peor momento de aquellos años difíciles. Y si lo recordaba era como el obligado preámbulo a la presente prosperidad.

El picor en la garganta y la opresión en los pulmones lo despertaron una vez más, bien entrada la noche pero en circunstancias muy distintas. Era una noche plateada, no lejos del lago de Constanza, acompasada por un cierto rumor que parecía esconderse tras aquel otro sereno y solemne de los abetos y las tímidas palmadas de las hojas de tilos y alerces, como si aplaudieran —por cortesía, no con entusiasmo— los despropósitos e insensateces de un oculto animador nocturno inasequible a los sentidos del hombre. Pero entre ellos —por entre la repleta tribuna de la orilla que descendía hacia el lago— se ocultaban las risas femeninas, más altas, perceptibles, sonoras y nerviosas en cuanto caía el viento y la fronda cesaba de palmear, atenta a la próxima ocurrencia.

Cerró la ventana y en un instante la habitación quedó invadida del tumultuoso susurro sin espacio ni proce-

dencia de las mujeres de edad, de sus risas por momentos menos contenidas y más próximas, a punto de materializarse en las manos y los gestos dirigidos hacia él, en los guiños y las miradas que, borrando las espúreas sombras del mobiliario, surgieron en la abyecta desnudez desprovista incluso de tinieblas en que habían de fundirse antes, un instante antes, de encender la luz y llamar a la camarera.

Y entonces comprendió que ya no tenía el valor de antaño, que había sucumbido. Y al recordarlo comprendió que desde aquella remota y anacrónica Región, muchos atrás, hasta el actual Reichenau, en Württemberg, no lejos del lago de Constanza (como le había advertido con la mirada) le había estado siguiendo y esperando; que le había estado observando desde que se separaran y que había adquirido la certeza de que en las nuevas circunstancias ya no sabría atenerse a su confianza, sino que —por el contrario— sucumbiría a la ayuda prometida por el timbre. Porque al instante reconoció sus pasos sobre la moqueta del pasillo y supo que no tendría ninguna dificultad en abrir la puerta; que aquel que no en vano le había advertido en su día que no vacilara en llamarle si necesitaba ayuda, se tomaba ahora su revancha con la jactancia acumulada tras tantos años de desdeñoso olvido porque no prescribían las condiciones entonces establecidas. No se movió de la cama. Sentado sobre la almohada, retrocediendo y apretando la espalda contra la pared, pudo reconocer su mano y la figura de cartón-piedra por la lenta manera con que hizo girar el picaporte.

El viajero que desde cualquiera de las capitales próximas pretenda llegar a Región por vía —en lo posible— férrea, bien descendiendo en Palanquinos para optar con el enlace con los Castellanos, bien continuando hasta Ponferrada para remontar el Sil con el minero de Villablino, bien —si procede del Este— llegándose hasta La Robla con el Vascongado, bien apurando la red ferroviaria hasta el terminal de Macerta, vía Rañeces-Cabeza del Torce, pronto sabrá a qué atenerse. Si el viaje lo hace en invierno, la seguridad respecto a lo que puede depararle cualquiera de los trayectos no se hará esperar. Si lo hace de noche... bien, es posible que haya conocido o pueda conocer noches peores que ésa. Lo peor, se dice, no son los viajes en sí, sino los transbordos: las interminables esperas en las salas desiertas, sucias y heladas (esos cristales empañados que no han probado el contacto de la bayeta desde que se borraran las inscripciones del octubre asturiano), la falta de fe con que un jefe de estación —con el escepticismo propio del observador más atento y sensible a la historia

contemporánea de España—, al tiempo que trata de animar el chubeski, contesta a las preguntas acerca del horario. Y si se decide a hacer el trayecto de día, utilizando el Shanghai, el Portugués o cualquiera de esos rapidillos locales que parecen dirigirse a la Europa Central, escapando siempre del enemigo, entonces peor para él. Porque malo será que no se encuentre a las tantas de la noche en una estación de montaña, uno de esos pueblos sin otro abrigo que los soportales del Ayuntamiento, la puerta de la iglesia o la sala de espera. Y aun cuando logre enlazar en todos los transbordos —cosa bien improbable—, lo más seguro es que tenga que hacer noche en Macerta (cuando no en Cabezas), ya que el 1022 —descendente— que tiene prevista su llegada a las 0,50, muy rara vez llega antes de las 3 de la madrugada, una hora que el conductor del ordinario de Región no se halla dispuesto a recibir despierto, a sabiendas de que el imaginario y desorientado cliente que pretenda esa solución jamás podrá encontrar un taxista que le lleve a esas horas a su destino final.

Por consiguiente, aparte de las siestas durante los transbordos diurnos, lo más probable es que el viajero pueda dormir sus siete horas sobre un banco de listones, con la cabeza apoyada sobre un bulto de viaje porque ni que decir tiene que el abrigo lo necesitará para lo que su nombre indica. Si es que logra conciliar el sueño. Acurrucado, con las rodillas casi en contacto con la barbilla, le será dado comprobar que una de las pocas cosas que andan bien en la estación de Cabezas es el hermoso reloj de pared, de la casa Garnier, de París, de esfera romana y un doble carrillón orgulloso de su mecanismo y satisfecho por el cumplimiento de su deber. Reparad —parece decir— tanto los que estáis atentos como los que, prefiriendo el silencio, gustaríais mejor no oírlo, reparad —repito— que yo sigo velando por vosotros y cumpliendo con un deber que nadie me ha impuesto.

Hay quien afirma que por grande que sea el cansancio y el enojo, lo peor en tales viajes es un compañero de compartimento o de sala de espera, con ganas de

charla. Es algo tan malo como la impaciencia, si no peor. Los hay, incluso, que llevados de su entusiasmo por la raza humana y su confianza en la solidaridad, no vacilan en sacar un mazo de naipes y, tras recogerse los puños de la camisa, agilizar los dedos y barajar con gran destreza, insinúan la posibilidad de una partida, ignorantes con toda probabilidad del miedo que provocan. Hay otros más comedidos que sin deseos de interferir en los pensamientos del viajero, saben lo que vale una palabra de ánimo en un momento de tribulación. Son los que (a diferencia del jugador quien una vez organizada la partida extrae del bolsillo una petaca de coñac y sin pensar para nada en la concurrencia, se echa un trago y chasca la lengua) cuando se les pregunta —en cuanto hombres acostumbrados a tales esperas— su opinión acerca de las posibilidades de llegada del correo de Macerta, por toda respuesta ofrecen al prójimo una botella mediada de castillaza, indicándole con un gesto que no repare en otra limitación que en su propia resistencia a la caña.

Al terminar mi carrera, durante unos cuantos años (o meses, no recuerdo bien, unos se convierten en otros cuando el entusiasmo anda de por medio) mi primer trabajo como ingeniero consistió en la dirección de explotación de unas cuantas minas de carácter artesano que un propietario sin escrúpulos poseía tanto en las cuencas de Tremor como del alto Torce. Son formaciones análogas —antracíticas— que distan entre sí un centenar de kilómetros o treinta horas de viaje combinado de caballo, ferrocarril y coche ordinario; son tierras en las que —como diría el famoso opiómano del siglo pasado— «en una distancia de mil millas un perro no es capaz de encontrar refugio contra una tempestad de nieve, ni un pájaro de los llamados trogloditas hallará excusa para desayunar».

En uno de mis primeros viajes de vuelta a Región desde el Bierzo, tuve que hacer, cómo no, noche en Cabezas, entre dos composiciones de diferente paridad y horario muy distante; Cabezas es una estación de alta montaña, que por aquel entonces daba la cota más alta

de la red ferroviaria peninsular después de La Cañada, provista de grandes y sucios ventanales que azotados por el noroeste resuenan toda la noche como un autobús destartalado. Fue —creo yo— una de las primeras noches en que me había de topar con el animador nocturno, el viajante experimentado que conoce de memoria todos los horarios y puntos del trayecto, todas las combinaciones con simple o doble transbordo, los mejores procedimientos para sacar billete sin necesidad de hacer cola, siempre en segunda al precio de tercera, al que con la edad se le va poniendo cara de campana y que, en el momento oportuno, extrae la baraja del bolsillo. La clase de hombre para quien un joven que acaba de terminar la carrera representa lo mismo que una mosca de pantano para una araña plateada.

Debíamos estar por la cuarta o quinta mano, sentados en el rincón donde dos bancos formaban un ángulo recto, cuado el jefe de estación (joven, pero de aspecto melancólico y ausente, insomne, muy aficionado a los pájaros, según me dijeron después) entró en la sala de espera con un cubo de astillas para cargar el mortecino chubeski. Mi compañero de juego me hizo una mueca cuya intención en aquel momento se me escapó. Se encontraba en ese punto en que, habiendo ya ganado unos duros y estado demostrado su absoluto dominio sobre mí, comprendió que era necesario hacerse el simpático o permitirme un irrisorio desquite si no quería ver cómo, aburrido y descorazonado, levantaba la partida prematuramente para irme a dormitar al otro extremo del banco.

Pero la presencia del jefe que, tras revisar la caja de pesas del reloj y recoger del suelo un montón de diarios que depositó en la papelera, vino a echar una ojeada, debió infundirle un nuevo brío, sin duda para demostrar ante él la magnitud de sus conocimientos con el naipe. Al observar mis azoradas e ingenuas réplicas, el jefe no pudo reprimir un movimiento de cabeza con el que dio a entender la conmiseración que le despertaba una situación tan desesperada como la mía. Una vez que se

hubo retirado, mi compañero me susurró en voz baja, con acento de complicidad y cierta prosopopeya:

—Está completamente loco.

—¿Loco?

—Oh, sí; completamente. Es cosa conocida de todo el mundo y corren toda clase de historias acerca de él. Sin duda hace poco que viaja usted por aquí, joven, porque de otra suerte no me explico cómo no lo ha oído antes. Es cosa conocida.

Nada podía desear yo más que una conversación que suspendiera la partida o que, al menos, decelerase el ritmo que había impuesto aquel demonio del naipe.

—¿Cómo es posible? —pregunté, con grandes pausas y una forzada alarma—. ¿Cómo es posible que se pueda confiar tal responsabilidad a un hombre fuera de juicio? Más locos habrían de estar sus superiores si eso que usted afirma resultara cierto. No puedo creerlo.

—Créalo, créalo. Pero juegue usted, no se detenga. No hay que darle tampoco tanta importancia. No es una cosa nueva por estas latitudes. El jefe anterior tampoco estaba en sus cabales y, al parecer, el que le antecedió estaba todavía mucho más loco que éste. Pero adelante, venga ese naipe, no se quede usted así.

—¿Cómo? ¿Se da usted cuenta de que lo que está usted diciendo es absurdo? ¿Cómo va a ser posible que una estación esté en manos de un hombre que ha perdido su juicio?

—No sólo es posible, sino, al parecer, necesario, joven. Sólo la gente que ha perdido en parte su juicio puede aguantar aquí, cosa fácil de entender. Aparte de las cosas raras que dicen que ocurren y que yo no me creo. Pero juegue usted, vamos. En cuanto a los superiores que usted dice, comprendiendo la dificultad de la situación, desde siempre han decidido elegir a un loco para que se haga cargo de esto. No, no están locos, sino muy cuerdos.

—¿Pretende usted decir que los eligen así?

—Sí, claro. ¿Qué otra cosa les cabe hacer? Es mejor que estén locos a que enloquezcan aquí, lo cual podría

provocar cualquier catástrofe. Además, es una locura que no afecta para nada a su trabajo profesional, que al parecer es irreprochable. Se cuentan cosas muy raras de él, sin duda, pero nadie le retira su confianza ni pone en duda la rectitud de su trabajo. ¿Qué le pasa a usted? ¿Por qué no juega?

Había entrado de nuevo; arrastraba, con su aire desocupado y un tanto ausente, la reserva de paciencia para una espera que —toda su vida invertida en la flema necesaria para hacerla tolerable— nunca prescribiría.

—¿Qué se sabe del correo? —preguntó mi compañero de juego.

—Ah, el correo. ¿Esperan ustedes el correo?

Las cartas quedaron en el aire y al hacerse eco de nuestro asombro, terminó por añadir:

—Sí, el correo. Qué duda cabe de que llegará, el correo. Hoy, más que cualquier otro día. Llegará. Con retraso, con mucho retraso, pero llegará. Qué duda cabe. Pero han de pasar algunas cosas antes. Algunas llamadas, quién sabe de quién. Con mucho retraso; han ido ustedes a elegir mal la fecha para ese correo. Tenían que haberlo pensado mejor. La fecha menos propicia para ese correo; la gente lo sabe. Vaya si lo sabe. Pero pierdan ustedes cuidado porque llegará, ya lo creo que llegará. Con mucho retraso porque han de pasar muchas cosas antes. Pero podrán ustedes tomarlo —y añadió como colofón— para su desgracia.

Mi compañero de juego, aprovechando que le daba la espalda, abundó en su gesto para insinuarme algo así como «ya le advertí que además de gallego está loco, loco de remate», al tiempo que abatía tres triunfos y decía: «Arrastro».

El reloj dio tres campanadas en el momento en que el jefe tomó asiento en el banco a mi lado y me comunicaba, sin darle demasiada importancia:

—Ya no tardarán.

No advertí el uso del plural y sólo reparé en la contradicción, al creer que se refería al correo. No era así; cuando mi compañero quiso aclararlo y yo le interrogué

acerca de la importancia que podía tener aquella malhadada fecha, tan imprudentemente elegida, arrimándose un poco más y sin levantar la voz nos refirió, con acento y locuciones gallegos y con frecuentes reiteraciones que omito, la siguiente historia:

«Hubo en otro tiempo, en esta misma plaza, un hombre que a pesar de ser tenido por algo loco era tan respetado por todos cuantos le trataban y conocían que jamás sus palabras fueron puestas nunca en duda, a pesar de que con frecuencia resultaban algo más que extravagantes, incluso para los muchos acostumbrados a las sorpresas, desgracias y misterios que azotan esta tierra maldita. Corrían aquellos años turbulentos (que usted es demasiado joven para recordar, añadió dirigiéndose a mí) en que cuanto más provocador y violento era el hombre más poderoso e influyente se creía. Y por encima de todo, los mineros. Se diría que todo dependía de ellos, que la misma subsistencia podía estar amenazada por el humor del picador más hablador y marrullero. Nada se demostraba capaz de contenerlos, ninguna conquista era suficiente para calmar sus apetitos de violencia. A la noticia menos trascendente que llegara de fuera —y todos los días aportaban una noticia, con trascendencia o sin ella— abandonaban el frente y cargados de cartuchos y paquetes de pólvora y dinamita salían a volar lo que fuera, aunque se tratara de un gallinero. Pero en lo que se refiere a la red, créanme, de tal manera la respetaron gracias a aquel hombre providencial que en nuestro cantón jamás se produjo el menor atentado, ni siquiera a las marmitas, que eran los aparatos más odiados por aquella gente. No obstante, en los últimos días de aquel nefasto octubre —cuando la revolución ya parecía sofocada por las fuerzas del orden— decidieron acudir en socorro de sus compañeros de Macerta, sitiados durante una semana. Subieron a la estación y, créanme, en presencia de aquel hombre imperturbable y aureolado de una singular nobleza, que ni siquiera abandonó su despacho ante el pequeño tumulto que crearon en la sala, decidieron cada uno tomar y

pagar escrupulosamente su billete para Macerta, a fin de no crearse innecesarias complicaciones con él. Ustedes han de saber que para transportar explosivos se precisa una guía y ése era el único punto oscuro de una operación montada hasta ese momento con toda legalidad. Era —no puedo equivocarme— el 3 de noviembre, tal día como hoy, a eso de las tres de la madrugada. Sin duda recibió varias llamadas, no forzosamente de las estaciones de la línea. Cuando observó el grupo reunido en el andén, un andén desierto de otras personas a tales horas, sólo tuvo para ellos una advertencia: "Espero que no llevéis explosivos", les dijo, "y no seré yo quien lo prohiba, porque mi competencia no llega hasta ahí. Pero os advierto que de hacerlo así la desgracia será terrible; volaréis todos dentro del túnel, del túnel doce para ser más exactos, el llamado El Cornil". Y bien, nunca diría ni se sabría cuál era su fuente de información, pero —para los entendidos— no podía ser otra que el teléfono. Ustedes saben que en esta tierra las voces —voces de lamento, muchas veces, pero de advertencia y caución, las más— surgen por todas partes y a todas horas y ni siquiera respetan el selectivo de la red. Yo tengo algo —y aun mucho— que decir acerca de esas voces; lo de menos es que anticipen los hechos, lo normal es que los provocan. Por eso, ¿qué seguridad puede tener aquel hombre cuya principal obligación es permanecer atento a esos dos teléfonos? No, a mi peor enemigo no le desearía estar todo el día a la escucha de esas llamadas que, en definitiva, ¿quién puede afirmar de dónde proceden? Sí, el teléfono. Una gran cosa para quien la mayor parte de su tiempo puede hablar con sus semejantes de carne y hueso y solamente de vez en cuando recoge un aviso de la red; pero para quien toda su vida ha de hablar y escuchar a través de ellos, sin que le sea dado contemplar los rostros de sus interlocutores, qué pronto se pierden los límites de lo real y con qué facilidad cae en manos de un poder con el que nunca tendrá otro contacto que sus llamadas. Porque nunca dice "Soy yo"; no, lo dejará al azar de una adivinación o de la costumbre

cuando no al sentido de respeto que despierta su voz. Una voz que debería ser inconfundible para saber dónde debe empezar el temor, pero que no lo es, eso es lo peor. En esas condiciones, ¿quién es capaz de acertar? Sin duda aquella noche le advirtieron que en el túnel El Cornil se produciría la desgracia si llevaban explosivo, y la desgracia se produjo: no quedaron ni sus restos, calcinados entre las cenizas de unos vagones que ni siquiera eran de madera, sino de leña; amén de la dinamita. A partir de esa noche, aquel hombre ya no supo lo que era el descanso y todos los aniversarios, bien entrada la madrugada, un grupo de mineros acudía a la taquilla para adquirir billetes para Macerta. Para unos era un demonio, para otros un ángel de salvación, el hombre que acabó con la revuelta en estas tierras. Pero entre unos y otros sólo consiguieron convertirlo en carne de remordimiento. Acabó mal, muy mal. Desde entonces es tan frecuente que el 3 de noviembre se produzcan misteriosas llamadas telefónicas y accidentes cuyas causas los ingenieros no son capaces de descubrir —como el de hace un par de años, con veinte víctimas— y retrasos que ni los libros ni los relojes registran, que la gente de estos lugares ha optado por prescindir del correo de Macerta en esta fecha. Me extraña que ustedes...»

No acabó la frase porque sonó el teléfono y pasó a su despacho; tan sólo pudimos adivinar su expresión, a través de la taquilla, su actitud un tanto ausente, sosteniendo el auricular y observando el techo con extrañeza en cuanto se inició el súbito parpadeo de las bombillas. «¿Rañeces? Sí, Cabezas; el mil veintidós a las tres cuarenta, con dos horas cincuenta minutos.» Le dio al manubrio y volvió a sonar el timbre: «¿Macerta? El mil veintidós previsto en Cabezas a las tres cuarenta; lo de siempre. Casi vacío, aquí solamente dos.» Las bombillas de la sala descendieron de intensidad, temblaron de manera precipitada, arrojando las vacilantes sombras y destellos propios de un candil agitado por una corriente de aire y por fin se extinguieron dejando la sala en la más completa oscuridad, la más propicia para las palabras

del jefe: «¿Rañeces? Cabezas; eso es, a las tres cuarenta. Hacia el túnel del Cornil. No sé nada todavía; espero confirmación. Sí, dos viajeros; solamente dos que no parecen de por aquí. Ya se puede confeccionar la lista: veinticuatro en total, contando los dos de aquí. ¿Macerta? Me dice Rañeces que veinticuatro, contando los dos de aquí; pongamos que sea a las tres cincuenta y cinco...» seguía diciendo en el momento en que se encendieron las luces y sonó el golpe de la puerta cristalera. Mi compañero de juego había desaparecido, con tanta precipitación que hasta se dejó unos pocos billetes sobre el asiento que había ocupado.

Asomado a través de la taquilla, observando la soledad de aquella sala desnuda y fría, decorada con anuncios de los ferrocarriles franceses, me lanzó una mirada, significativa pero no llena de malicia, para decirme:

—Estará aquí dentro de quince minutos. Si llega a tardar un poco más le despluma a usted. No le deja ni los rabos.

Garet

Estaba atándome un zapato, con el pie apoyado en el zócalo de la reja de la colección Frick, cuando un personaje de espesas y aplastadas cejas, a lo Breznev, en el momento de cobijarme con su paraguas me preguntó si yo era el caballero que esperaba a miss Devenant. Era evidente que, después de aquel breve claro, se pondría a llover como sólo llueve en América los fines de semana; era una de esas mañanas de sábado de Nueva York en que, a poco que se haya descuidado el programa del weekend, lo único que cabe esperar con cuarenta horas por delante es una reconciliación con los padres de la Iglesia.

Para escapar del chapatrón me había refugiado en la Frick cuando el reloj me advirtió que de no tomar una resolución me vería devuelto a los años de internado, con cuarenta horas por delante. Y además, la pintura flamenca, cuando se combina con el rumor de la lluvia en el césped, los pasos de los silenciosos vigilantes y el aroma de solapas y hombros mojados, me fastidia. Pero no viendo claro otro camino para tomar una resolución,

contrariado por todo lo que se me venía encima y tomándome una pausa para atarme bien los zapatos, le contesté que sí y le dije —tras obligarle a repetir más lentamente la pregunta— que sin duda alguna yo era el caballero que estaba esperando a miss Devenant. Entonces me explicó que —lamentándolo mucho— a miss Devenant le había sido imposible acudir a la cita, por haber surgido una contingencia imprevista que no estaba en su mano desatender. Para salir al paso de mi expresión de contrariedad me explicó que, obedeciendo sus órdenes, tenía instrucciones empero de acompañarme a la casa, tal como ella y yo habíamos quedado, si es que yo me mantenía en mi intención de ir allí incluso en ausencia suya.

Reclamando para ello a mi educación colegial, consulté a un cielo que por encima de West Park bajó su frente apesadumbrada para indicarme la respuesta y, tras obligarle a repetir el ofrecimiento, le dije que estaba dispuesto a ir allá aun cuando miss Devenant no me acompañara. Y asegurándome que en cualquier caso me telefonearía el lunes —y rogándome que la disculpara mientras tanto— me obligó a cruzar la calle en pos de él.

Al llegar a la otra acera se detuvo ante uno de esos portales con túnel de lona roja y al preguntarme por mi equipaje —decidido a aprovechar la oportunidad hasta sus últimas consecuencias— por toda respuesta le miré hasta los zapatos con una de esas expresiones de suficiencia que mi madre me enseñó a componer para cuando me ofrecieran una taza de chocolate. Y a continuación me dirigió a una enorme limousine negra, me abrió la puerta trasera y —al tiempo que yo me acomodaba en el asiento y, sin sacarlos del bolsillo, recontaba a tientas los dólares que me quedaban a pesar de que sabía (con una certeza que ya quisiera para otras cosas) que no pasaban de cuarenta— dando la vuelta al coche por detrás se sentó en el lugar del conductor al tiempo que se calaba una gorra negra.

En el momento de arrancar asomó en la esquina un hombre joven y alto, con una trinchera issue, de oscura

cabellera, que escudriñó en ambos sentidos la Quinta Avenida hasta donde alcanzaba su vista, consultó el reloj y se decidió a esperar con el talante confiado de los primeros cinco minutos. No era difícil adivinar que no podía ser otro que el acompañante de miss Devenant; nada consuela tanto como la correcta redistribución que el azar impone de vez en cuando a las fortuitas horas de unos y otros, premiando en aquella ocasión mis esfuerzos con un fin de semana gratuito que aquel otro (por la mucha ligereza de su alma) se vería obligado a consumir entre hamburguesas de mostrador y películas eróticas.

Así que mientras aquel hombre de cejas de gran político atravesaba Central Park y se dirigía a Riverside Drive, acomodado en el asiento y observando con displicencia a los automovilistas que dejábamos atrás, me comprometí ante mí mismo —y con el más rotundo y africano juramento— a no gastar en el fin de semana arriba de diez dólares. Me inventé un nombre y le pregunté si sabía si estaban en la casa pasando unos días, todo para impresionarle favorablemente con mi familiaridad; no sabía nada, para responderme echaba la espalda y la cabeza hacia atrás presentándome su oído derecho, y yo por el retrovisor pude comprobar que quedaba favorablemente impresionado por mis maneras de perfecto caballero.

Tardamos cosa de tres cuartos de hora en llegar a Mamaroneck, un pueblo que es una delicia —en un extremo del Sound—, habitado casi exclusivamente por gente de dinero. Pero antes de llegar a la casa, fingiendo una confusión sólo excusable por el poco tiempo que hacía que conocía a miss Devenant, acerté a que aquel ejemplar de la especie que desahuciada de Hollywood ha buscado refugio en los gobiernos conservadores (es decir, al contrario que Lugosi) me revelara el nombre de mis anfitriones: Mr. and Mrs. Mark Devenant, de Beacon Falls, una familia de lo más Connecticut; y él, Mark, hermano de Garet, hombre muy dado a las cosas de mar.

—Perfecto —dije.

—Sin duda usted también es aficionado...

—He dicho perfecto —le corté.

La casa por fuera era tan poca cosa que a punto estuve de ordenarle media vuelta. Desde luego que —aparentemente— no se correspondía con la limousine. Rodeada de un jardín no muy grande —un césped bien cortado y un camino engravillado para que en aquel clima de nieblas bajas y lluvia menuda las limousines anunciaran a los de la casa la llegada de los invitados, como debe ser en esos ambientes de alta comedia en que seres y objetos de lujo se anuncian por sí mismos, relegando al desuso campanas, timbres y aparatos de alarma; unos cuantos hermosos arces con algunas hojas ya de color guinda—, era una sólida construcción de madera, sin ninguna galanura exterior, forrada de tabla a solape como el depósito de un muelle, con la cubierta de zinc y todas las ventanas y huecos protegidos con doble malla, con los marcos pintados de esmalte blanco destacándose sobre el almagre de las fachadas. Efectivamente, la casa de un hombre aficionado a las cosas de mar.

La entrada más parecía apta para el servicio que para una notable familia de Connecticut: una puerta doble, ambas hojas forradas por ambas caras con malla metálica. Y ni siquiera un hall sino un cuartucho con unos estantes repletos de botas y trajes de agua, algunos paraguas y —creo recordar— unas cuantas maromas de diversos calibres recogidas en adujas. Tras avisar a los de dentro allí se retiró mi hombre, llevándose sus cejas y la impresión de que, tras dejarme en buenas manos, se reintegraba a sus deberes de gobierno.

Pero lo más asombroso era la caldera: el corazón de la casa, una habitación alta y espaciosa, forjada con unas vigas de madera de una escuadría desconocida para mí y dejando en el centro un foso rodeado de barandilla de tubo, estaba ocupado por un boiler (que de haberle acoplado un propulsor habría hecho navegar a toda la casa y sus environs hasta encallarla en las laderas del Ara-

rat) tan cuidado y solemne que más que para calentar podía servir para rendir culto, como la Kaaba.

Había cinco personas —dos hombres y tres mujeres— charlando y bebiendo sin entusiasmo en el drawing room. La casa, como pude comprobar más adelante, estaba montada con la conseguida despreocupación de esas viejas y opulentas familias americanas que parecen tener horror a la ostentación y que, sobre muchas otras cosas, gustan que el dinero se sienta pero no se vea. Había bastantes libros y carpetas de mapas, tres o cuatro mesas desordenadas, un mobiliario de cincuenta años atrás, una chimenea encendida, modelos de cascos antiguos y grabados y acuarelas marinas bastante mediocres y naïves, colgadas de las paredes a la altura que en España se reserva a los radiadores. Y sobre todo tubos: tubos por doquier; sin duda procedentes de aquel monstruo, todas las habitaciones y corredores de la casa se hallaban recorridos por paquetes de tuberías de diferentes calibres y colores; porque aquel boiler omnipresente como toda divinidad celosa de sí misma no podía tolerar que un solo rincón de la casa estuviera desprovisto del símbolo de su fe. Tubos que aparecían por detrás de los sofás y camas, junto a los antepechos de las ventanas, por debajo de las repisas de los lavabos.

Eran gente agradable, con ganas de empezar a comer, creo yo. Para mi sorpresa Mark era ya un hombre cincuentón, de pelo blanco y crespo, corpulento, desenfadado y apuesto, vestido con unos pantalones kaki muy caídos y un jersey escocés, que tras presentarme a la concurrencia me preguntó qué quería beber. «Sí, con agua y un poco de hielo, eso es» mientras pensaba para mis adentros que la tal Garet debía ser otra cincuentona para quien ya no sería fácil encontrar el joven de fin de semana. Y pensé también en el joven de la esquina de la calle 70, condenado por cuarenta horas a las conversaciones de mostrador, que tenía su merecido por dedicarse a las cincuentonas opulentas.

No, yo no era francés, estaban en un error. Es que Garet a veces no sabía lo que se decía, con una vida tan

intensa. Sí, nos había presentado o nos habíamos conocido a través de no sé qué Hurst, pero yo no era francés sino español, y pensaba volver a España a los pocos días. Así quedó salvado el primer escollo y la conversación resuelta —con las sartas de vulgaridades que todos ellos exhumaron acerca de España y Europa— hasta la hora de la comida.

La que no dijo demasiados disparates fue una mujer alrededor de los treinta años, con un cuerpo espléndido y un peinado a lo paje que dejaba ver el arranque del cuello, que conocía Barcelona y Mallorca y que —casi exclusivamente— se sentaba en los brazos de los sillones para cruzar y enseñar las piernas.

Así que cuando yo di por terminado el brebaje pasamos a comer, no a un comedor, sino a otro salón contiguo, igualmente confortable, lleno de sillones y sofás en torno a una mesa cuadrada y baja donde estaban dispuestas una botella de agua mineral y una jarra de té frío cubierta con una servilleta. La cosa no parecía prometer mucho. En efecto, como nos sentáramos de nuevo en sillones —menos la belleza que lo hizo en el brazo del asiento ocupado por Mark—, un sirviente blanco nos colocó a cada uno en la mano una taza de caldo templado. Y cuando terminamos con el caldo lo sustituyó por un sandwich asado con un huevo, un pedazo de jamón de Virginia, unos vegetales y una cucharada de uno de esos dressing que ahorran el sabor para añadir color, que todos comimos con moderación —hasta la belleza de Connecticut— in situ.

De la conversación se vino a deducir que Mark se había casado, por tercera o cuarta vez, recientemente; y como no llegara a adivinar quién era la mujer me temí lo peor. Parece que respiraba hacia las izquierdas, pero se sentía muy decepcionado con la New Left; había sido editor de una revista que por su elevada disposición intelectual había gozado de vida muy breve, se negaba a vivir en Nueva York, no tenía el menor aprecio por los hombres del partido demócrata y en cuanto a Nixon, dijo no tener palabras para expresar su desprecio por ese

hombre. Y a mí me dejó la impresión de que a la vista de las circunstancias que concurrían en su país aquel año, los hombres de su clase habían decidido meterse en casa por cuatro años, para hablar lo menos posible de política y dedicar el período a las cosas del mar y, a ratos, al matrimonio.

Después de la sobremesa el dueño de la casa me enseñó el barco y el embarcadero; la casa —según me dijo— existía ya a finales del XVIII; la actual no era sino el aprovechamiento de una estructura que en líneas generales seguía intacta, me dijo, señalando con orgullo pilares y vigas de madera pintadas de un barniz contra incendios. De su estudio, a través de un cobertizo húmedo y frío donde se acumulaban mesas de pimpón y aparatos de gimnasia, un bote salvavidas y un banco de carpintero con un panel de herramientas que valdría una fortuna (me enseñó también una serie de ensambles y piezas inútiles fabricados por él mismo en los inviernos y épocas de decepción), se pasaba al embarcadero donde no estaba fondeado el barco que recogido y cubierto de lonas y toldillas, lo vimos de lejos. La casa —me dijo, y yo me atrevo a atestiguarlo— estaba tan metida en el mar, que, dos o tres veces cada siglo, con la pleamar viva equinoccial la marea refluía por las juntas del entarimado.

Lo más admirable de esa gente —lo he pensado luego— no es que gusten de invitar a cualquiera —dentro de ciertos límites— a pasar el fin de semana en el campo, sino que una vez en la casa le dejan a uno en paz, permitiéndole que haga lo que le venga en gana y ni siquiera reclamando su presencia a las horas de comer. Razón que les ha llevado a prescindir del comedor para ahorrarse el embarazo de comer ante unos asientos vacíos, que en mi familia era lo que más podía irritar a mi abuelo. Así que aprovechando que dos mujeres se fueron a sus cosas y para ahorrarme más vulgaridades y lugares comunes, me fui a visitar el pueblo. Contra lo que dice la gente tales demostraciones del espíritu de independencia son muy bien acogidas en un país donde, una vez alcanzado el límite de lo obligado, hay un gusto y toda

una educación basada en la no interferencia con los demás. Me fui a pasear por Mamaroneck, me tomé dos whiskies y un par de hamburguesas —porque estaba lejos de sentirme satisfecho con aquel lunch—, me compré tabaco y un cepillo de dientes —un gasto total de unos siete dólares— y me volví paseando por el embarcadero, en el momento en que la niebla se hacía más pesada y sugerente y se dejaba oír el eco de un lejano cuerno.

Una vez que se es introducido en una casa como yo lo había sido, lo único que no se puede hacer es sentirse intimidado. Incluso puede llegar a considerarse de mala crianza que se carezca de la soltura de maneras que capacita para tomar posesión de ella con absoluta despreocupación. Así que —sin deseos de interferir en la mortecina y casi aspirante conversación que se traían los tres en torno al fuego (y ella estaba sentada en el brazo de un sillón)— me limité a dar las buenas tardes y me dirigí a la mesa de las botellas para servirme una bebida, según mi costumbre.

—¿Le ha gustado Mamaroneck?

—Me ha gustado mucho. Incluso la estación de servicio y el embarcadero. Pero a mí lo que más me gusta es el boiler.

—Oh, sí, el boiler. Se trata de un buen ingenio.

—¿Y para qué sirve?

—Para calentar la casa, naturalmente.

Yo a eso le llamo el lujo, el lujo subyacente.

—¿Sólo para calentar la casa?

—Justo, sólo para calentar la casa y no toda ella.

De forma que pasamos la tarde, antes de cenar, contemplando el boiler que a lo que pude comprobar ni siquiera apreciaban porque lo desconocían. Nadie sabía cómo se ponía en marcha ni cuál era la función de tantos manómetros y termostatos. Se sorprendieron de mi curiosidad y quedaron impresionados de mis conocimientos cuando les demostré, abriendo y cerrando un par de llaves, que estaban perdiendo el tiempo y el dinero mien-

tras no utilizaran debidamente el circuito de recirculación.

La cena fue más formal; en el mismo lugar de la comida las damas —a lo que se veía todo el servicio libraba el sábado por la tarde— nos sirvieron un excelente roastbeef con vino rojo que, al objeto de poder repetir, yo puse por las nubes asegurando que ni en las mejores tablas que yo había conocido se podía probar nada más sazonado y exquisito. Y con el café, los brandies y el porto, la conversación —cómo no— de la nueva izquierda vino a recaer sobre la reciente crisis que estaba sufriendo Garet y sobre la que yo, sin duda, también tenía algo que decir.

Al hablar de Garet, Mr. Devenant se sentía obligado a pasear delante de la chimenea con las manos en los bolsillos, a encender la pipa con frecuencia y a dejar que se apagara tras tres chupadas. Evidentemente, la estancia en Europa no había resuelto nada; más bien había venido a complicar las cosas un poco más, decidida como estaba a su vuelta a llevar una vida americana, cuando justamente la mucha confusión y la falta de confianza nacional imponía la necesidad de reconsiderar a fondo tal concepto.

Yo dije que sí, naturalmente; nada me podía parecer más atinado: la falta de confianza.

Y me serví otra bebida, para interpretarle mejor.

Entonces se sentó para extenderse en una disquisición —tan dirigida a mí como hacia las damas que le escuchaban con respeto— acerca de la afición americana a la expenditure, en cuando que verdadera profesión de fe pública, procedente de una concepción de la sociedad como algo nunca acabado y siempre transitorio, moral que tiene su fundamento en la idea de un contrato social en permanente revisión. Cuando Mark Devenant hablaba de tales cosas hacía como los personajes de Henry James antes de dar una respuesta de cierta trascendencia: se apoyaba en el respaldo de la silla, cruzaba los brazos tras la espalda y echaba la vista al techo. Yo no entendí mucho del discurso y, sobre todo, al no saber qué tenía que

ver aquello con el caso de Garet, cuando me preguntó si yo estaba de acuerdo con él lo único que se me ocurrió decir fue que siendo todo tan cierto no habría tenido, para el caso, tanta importancia de haber acertado en el matrimonio. No sé por qué dije eso, lo cierto es que di en el clavo. Se quedó cabeceando, comprendió que ya no podía dejar la vista en el techo un minuto más y, en medio de la moderada expectación de las damas, vino a decir:

—Está usted en lo cierto, muy en lo cierto.

Palabras que vinieron a confirmarme como persona responsable, amigo desinteresado de Garet —no como tantos otros que sólo fingían amistad para su propio provecho—, a la que había dedicado un cariño fraterno a pesar de no haber recibido de ella más que desaires. A punto estuve de protestar. Me contuve porque mi expresión era más elocuente. Y como colofón añadí:

—Pero todo se arreglará. Hay algo en Garet que inspira confianza, profunda confianza. Lo mejor de ella es que ignora hasta qué punto se puede sentir segura.

Con lo que los Benson, el matrimonio que también había venido de Nueva York el día anterior, se fueron a la cama despidiéndose hasta el domingo que prometía ser —si era posible— más pacífico que el propio sábado. Tampoco tardaron en irse Mark y su mujer así que, sin que mediara por mi parte el menor esfuerzo, me encontré delante del fuego con una buena provisión de leños y una botella a mi disposición, frente a la belleza sentada en el brazo del sillón vecino, con las piernas cruzadas.

—¿Está usted muy incomodado con Garet?

A mi cara debió ascender la expresión de la resignación, la fortaleza para el sacrificio.

—Es muy de ella. Siempre hace cosas así, pero no se le puede tener en cuenta.

—No me quejo. El mayor mal se lo hace ella misma.

—Tiene usted que olvidarlo.

—Depende de con qué lo haga.

—Toda la gente está de acuerdo en que a Garet no se le puede sustituir con nada.

—Lo decían antes más bien, a lo que tengo oído.

—No parece que lo diga usted muy convencido.

Obedeciendo a la doctrina que afirma que esas gentes cuando están molestas en un sitio se van y cuando están a gusto se quedan, me mudé de mi sillón al suyo. Además cambié el vaso de mano.

—¿Qué trata usted de hacer?

—Trato de poner en orden mis pensamientos. De buscar una explicación a toda la confusión que me rodea.

—¿Cree usted que es manera de conseguirlo?

—Conseguir, ¿el qué?

—La explicación.

—No, no lo creo. Más bien lo dudo. Me habían asegurado que se trataba de un método infalible, pero cada vez lo dudo más.

—Bastardo, saca la mano de ahí.

—¿Son esas maneras de dirigirse a un caballero de respeto?

—¿Y son esas las maneras para dirigirse a una desconocida?

—Lo ignoro. Y aun cuando no sea muy educado por mi parte, puesto que descubre la índole de mis intenciones, debe usted reconocer que son maneras más apropiadas para dirigirse a una desconocida que a una persona conocida.

—No sé qué clase de personas debe tratar usted.

—Eso es lo que yo me digo.

—Saca esa mano de ahí.

—Demasiado tarde. Lo confieso: me siento ofuscado. Sólo en parte soy dueño de mis actos.

—Entonces, bébete eso de una vez.

Pero en el momento de levantarme tomé la botella por el cuello, porque hay que estar prevenido cuando no se duerme en casa.

* * *

Se llamaba Augusta y era una mujer de una vez. Un tanto pasiva al principio pero, como toda mujer de una vez, que cogía cariño a las cosas. Estaba casada, su marido no debía ser excesivamente importuno, y había que pronunciar su nombre con los labios apretados al principio para abrir la boca en redondo después, como para decir Yocasta. Aquel domingo a la tarde urdimos un pretexto y antes de cenar volvimos a Nueva York. Mi hotel se hallaba en Lexington, no era demasiado bueno aunque bastante grande, con una droguería en la planta baja que no se cerraba en toda la noche y en la que a todas horas entraban y salían señoritas de mala nota, sin distinción de sexos; pero a partir de las diez de la noche desaparecían todas las negras para ser sustituidas por el mismo número de blancas, como si la oscuridad de la hora y de la piel fueran incompatibles por una discriminación solar.

Le cogía cariño a las cosas y sólo necesitaba unas horas para actuar con una naturalidad que desarmaba. Yo le quise regalar un cepillo de dientes —que compré en la droguería mientras un corpulento caballero, sin tapujos ni bajar la voz, se dirigía a ella sin quitarse el cigarro de la boca para susurrarle una cifra que me pareció escandalosa— pero prefirió usar el mío, recuerdo de Mamaroneck. Se duchaba mañana y noche, siempre salía del baño en actitud tizianesca, oliendo a colonia de hombre. No tenía demasiado pudor pero tampoco era descocada. Era de un equilibrio envidiable, con un cuerpo duro y flexible como un cinturón. La puerta del baño estaba frente a la cama y cuando —atento a los ruidos de agua— comprendía que se estaba lavando los dientes empujaba la puerta para verla de espaldas y frente al espejo, con una toalla en la cintura anudada sobre una cadera que, a causa de la vibración que sufría todo su cuerpo a efectos del oscilante y enérgico movimiento del cepillo, se venía al suelo en el espectáculo íntimo más fascinante que me ha sido dado contemplar, hasta estas tristes fechas.

—¿Qué estás mirando?

—Miro cómo vibras.

—¿Qué tiene de particular?

—Vibras de una manera admirable. No he visto un cuerpo que vibre como el tuyo.

—¿Es que tú no vibras?

—Yo sólo vibro de emoción. No al lavarme los dientes. En España sólo vibramos de emoción.

—¿Cómo se vibra de emoción?

—No lo sé. Sólo los de derechas vibran de emoción.

—¿La izquierda no vibra?

—Muy rara vez.

—¿Y por qué?

—No tienen nada que les embargue. Sólo tienen el pensamiento.

—Y el pensamiento, ¿no sirve para eso?

—No lo sé. Pregúntaselo a Mark.

Con el pie dio una patada en la puerta que se cerró de un golpe. En aquel momento sonó el teléfono y una voz femenina desconocida, con un acento intencionadamente afilado e inquisitivo, me lanzó tal sarta de preguntas que no cogí ninguna.

—Soy Garet —dijo al fin.

—Hola Garet, ¿cómo estás?

—¿Cómo dices?

—Hola, Garet.

—¿Con qué derecho te crees que puedes...? —y lanzó una andanada incomprensible que al cogerme tan de improviso no dio un solo tiro en el blanco. En aquel momento comprendí que faltando a la más elemental previsión —tan impropio de mí— le había dejado a Mark mi tarjeta, con las señas del hotel escritas de mi puño y letra. Así que tuve que pasar al contraataque:

—¿Y por qué no acudiste a la cita? ¿Cuándo vas a dejar de hacer esas cosas?

—Soy yo quien pregunta, no contesto... —la segunda andanada, difícilmente inteligible también, cayó más cerca.

—No comprendo cómo puedes andar con tipos como ése. No puedes olvidar, Garet, que te debes a los de tu clase.

—Escucha, voy a explicar a Mark lo que pasó... —como su puntería se iba afinando peligrosamente tuve que hacer un nuevo viraje y recurrir a otra finta.

—¿Qué vas a hacer esta noche?

—No sé lo que voy a hacer. Sólo sé que no voy a ser tan estúpida como para decírtelo.

Por fortuna, en aquel momento salió Augusta del baño, enrollada en una toalla anudada en la cadera, y me preguntó con un gesto de la nariz de qué se trataba.

—Es Garet.

Hizo un gesto irrepetible y se metió de nuevo en el baño; pero antes de cerrar la puerta me dijo:

—Pregúntale si va a ir a casa de Jane esta tarde.

—¿Qué Jane?

—Jane Hurst, naturalmente.

—Dime Garet, ¿piensas ir a casa de Jane esta tarde?

El ataque estaba progresando como había esperado.

—¿A casa de Jane?

—Jane Hurst, naturalmente.

—¿Cómo preguntas tú eso?

—Pensaba encontrarte allí, a eso de las siete, para explicarte unas cuantas cosas.

—Espero que no aparezcas por ahí.

—Creo deberte una explicación.

—¿Te lo ha dicho Augusta?

—Exactamente: Yocasta, como tú dices.

—Has andado muy rápido, ¿no es cierto?

—Por culpa tuya. Tengo a ese y otros respectos la conciencia muy tranquila. Mis manos están limpias.

—¿Has hecho el amor con ella?

—El amor exactamente no; todavía no. No nos precipitemos.

—¿Está ahí contigo?

—No, Garet. La he dejado llorando en el portal.

—Touching. ¿Está ahí contigo? Por favor, ponme con ella.

—Te digo que no está aquí, Garet. ¿Quieres venir a comprobarlo? —se iban desterrando las sospechas de que se trataba de una cuarentona. En aquel momento calculé unos treinta y ocho, aunque de aspecto poco simpático y costumbres —sobre todo la manera de vestir— un tanto ajadas. Y por supuesto, un cuerpo que no se podía comparar al de Yocasta.

—Ya la veré esta tarde.

—Entonces, ¿en casa de Jane a las siete?

—Por supuesto que no —por la manera de decirlo su edad se situó entre los treinta y ocho y treinta y cinco, los zapatos bajos.

—¿Te viene mejor a las ocho? ¿A cenar tal vez?

—Hijo de perra... —de repente se puso a la par que Yocasta y su falda —un traje estampado de una sola pieza— remontó por lo menos cinco dedos por encima de la rodilla.

—Garet.

Había colgado. Salté de la cama, fui al aseo y —pasando como una exhalación delante de Yocasta, que arrimaba su ojo al espejo— me introduje en la ducha, ciego como un guerrero homérico, a todo lo que el grifo daba de sí.

—¿Te ha dicho si va a ir a casa de Jane?

—Me ha dicho mierda.

—¿Cómo has dicho?

—He dicho mierda.

En aquel momento todas las flechas de vapor de la ducha se clavaron en mi espalda.

—¿Qué te pasa?

—¡Ay!

—¿Estás rugiendo, amor mío?

—Sí, rujo.

—¿Y de qué ruges?

—De amor, de celos, de vapor, de sufrimiento.

—¿No son demasiadas cosas para un rugido tan breve?

—Añade además que rujo por este país de mierda. Este país de tubos y contramaestres.

—¿Quién ruge mejor en España, la derecha o la izquierda?

—No se puede decir; unas veces unos y otras veces otros. Por lo general la derecha lo hace más alto y también es más soez. En cambio el centro no ruge nunca.

Aquella misma tarde, a eso de las siete, caímos Yoc y yo por casa de Jane, en un edificio moderno en un barrio elegante, en una esquina alrededor de la calle 80 con East River Drive, no lejos de Gracie Square. Ateniéndose al mobiliario se diría que Jane estaba de mudanza: todas las habitaciones eran corridas, casi desprovistas de muebles, una consola holandesa en una, un cupboard colonial en otra, pintadas de blanco y forradas con una moqueta color tabaco o gris perla, con grandes ventanales que llegaban hasta el suelo a través de los cuales la vista caía a plomo sobre un East River un poco más oscuro que la moqueta, surcado de petroleros y barcazas que cruzaban majestuosos frente a Welfare Island. Afirmo que era un espectáculo como para permanecer sentado horas y horas junto al ventanal, con una botella en el suelo, para contemplar las barcazas y apagar las colillas en la moqueta. Que fue lo que más o menos vine a hacer —de 7 a 8— en el dormitorio de Jane a donde fuimos introducidos los dos por una sirvienta enana.

Jane era una mujer notable, de mucho predicamento entre sus amistades, que algunos años atrás había publicado un par de artículos no sé si en el New Yorker o en el Atlantic. Artículos de un cierto sabor a izquierdas y preparatorios de la era Kennedy porque, con toda su inmensa fortuna, también se había sentido atraída por la New Left de la que también ella se sentía decepcionada. Además le habían quitado un pecho y hacía mucho reposo. Su dormitorio era una habitación igualmente desnuda y espaciosa, pintada de blanco, con un óleo no figurativo en la pared, una cama con dosel en el centro, debajo de la cual había un teléfono blanco en el lugar que antiguamente en España se reservaba para el orinal. Nos

recibió recostada en su cama —un par de periódicos y libros tirados en el suelo y un perezoso dálmata que dormitaba en un rincón, completaban el decorado— y yo me senté en un puff blanco junto al ventanal para meditar al paso de las barcazas al tiempo que Yoc lo hizo, cruzando las piernas, a los pies de la cama. Era lo que se dice una mujer distinguida, culta y agradable —un tanto entrada en edad—, que conservaba el aspecto inocente de esa belleza señorial anglosajona. Y al parecer hablaba con dulzura un inglés —disciplinado en Vassar, corregido en el Surrey— tanto más perfecto cuanto que le habían extirpado un pecho a causa de un tumor. Y tenía esa conversación mitad culta y mitad banal porque entre esa gente distinguida está mal visto —además del entusiasmo y la vehemencia— hablar de una sola cosa y tratar de agotar un tema. Tampoco se dijo una palabra de Nixon por lo que empecé a sospechar que quizá no existiera, cosa que ellos sabían muy bien y que nosotros —europeos— no lográbamos alcanzar por un exceso de escrúpulos.

Repito que era una mujer inteligente y perspicaz, que dejaba frases y juicios a medias; cuando yo —por halagarlas y no parecer ni mal educado ni exclusivamente interesado en el paso de las barcazas— quise tocar el tema de la confianza nacional, debió apoyar un timbre blanco escondido en su cama porque al punto apareció la sirviente enana con una botella de whisky, un cubo de hielo y unos vasos que depositó en la moqueta al alcance de mi mano.

Haría una hora que estábamos allí cuando sonó el teléfono que Jane cogió y, tras un cambio de saludos, pasó a Yoc que recibió la comunicación con grandes muestras de alegría. No hacía más que reír y lanzar exclamaciones entre frecuentes miradas hacia mí, por lo que intrigado le inquirí con un gesto de qué se trataba y por toda réplica me hizo callar, poniendo el dedo sobre los labios. No sé qué debían decirle porque a cada carcajada me miraba como para comprobar las muchas razones que había para el regocijo, colocándome en la ridícula

situación del paciente que sufre las bromas del prójimo sin llegar a saber qué motivos de su conducta les mueve a ellas. Hasta que, comprendiendo mis sentimientos, tapó el micrófono con la mano para decirme:

—Es Garet.

—Mis mejores recuerdos.

—Me lo está contando todo. Enhorabuena.

—Dile que no haga esperar al de la gabardina. Déjame que se lo diga yo.

Pero no me hizo el menor caso y al término de tres o cuatro carcajadas colgó el teléfono, sin extenderse en más comentarios.

Aquella noche fuimos al piso de Yoc que no sé por qué estaba deshabitado. No se hallaba lejos de la casa de Jane así que fuimos paseando por la orilla del East River hasta tomar una calle a la altura de la 70 para cenar en uno de esos pequeños, simpáticos, old fashioned restaurants con mesas en fila adosadas a la pared, separadas por mamparas de madera y cubiertas con manteles de cuadros blancos y rojos. El dueño, nieto de sicilianos, vino a sentarse con nosotros al lado de Yoc, muy honrado —a la explícita manera italiana— de contar entre sus clientes con tan ilustre huésped.

—¿Y qué es lo que más le gusta de América?

—Todo menos la comida italiana.

—No le hagas caso, Massimo. No sabe lo que dice. Es completamente necio.

—Pero, ¿no le gusta nada América? ¿Qué le has enseñado?

—Le he enseñado exactamente lo que le gusta —respondió Augusta—. Las mujeres, los boilers y las barcazas.

—¿También los boilers y las barcazas?

—Sí, también. Y también me gustan mucho esos paquetes de tubos de pequeño y gran diámetro, hasta diez pulgadas; he observado que algunos tienen bridas ciegas de bronce y hay unos operarios —de ignoro qué organismos— que provistos de llaves fijas...

—Augusta, ¿cómo está tu marido?

Aquella noche como digo nos fuimos al piso de Yoc que, como todos los que vi, era espacioso y agradable, sin demasiados muebles. Contra lo que mucha gente cree y dice, casi todos los pisos de Nueva York son grandes, tan grandes que en la mayoría hay piano de cola y buen número de sirvientes entran y salen para servir al huésped bebidas y preguntarle su opinión sobre el clima neoyorquino. Por lo general —tengo observado— si el huésped opina que el clima neoyorquino le parece bueno el sirviente se retira al punto, un poco amoscado, pero si el huésped afirma que el clima neoyorquino le parece malo, y aun pésimo, entonces el sirviente permanece un rato en el salón para dar conversación al huésped mientras se arregla la señora.

A media mañana Yoc tenía que ir a hacer no sé qué en una agencia de publicidad. La seguí al garaje donde dos jóvenes mecánicos a duras penas —y dando horrendas voces para comunicarse a través de catorce plantas— consiguieron bajar su coche en el montacargas mientras, embelesado, no podía apartar la vista de un cartel que con grandes y alarmantes caracteres decía literalmente:

THIS GARAGE WILL BE OPEN FOR AT LEAST
5 YEARS

—Yoc, no te lo creas, nos están engañando. Está todo previsto para antes. Eso es una mentira piadosa de los ecólogos. Vámonos de aquí, pronto, pronto.

Como yo no tenía que ir a trabajar a ningún sitio, Yoc me llevó al hotel donde me proponía dormir hasta la hora de cenar. Advertí al pasar por la conserjería que en mi casillero había un papel —cosa bien rara— en el que estaba escrito, con esa letra americana al mismo tiempo cuidada y suelta, y con trazos muy rápidos, un mensaje bastante breve:

«Estúpido, inmoral, ¿por qué no has dormido en el hotel esta noche?
Gar...»

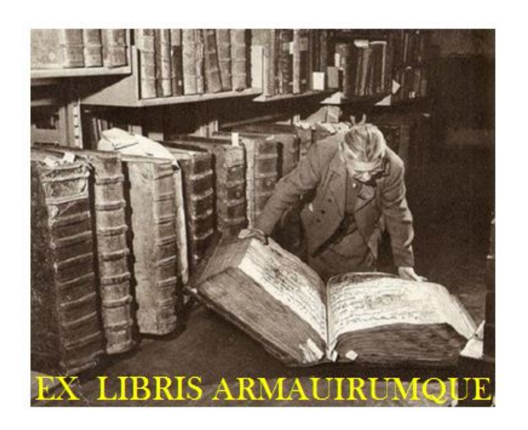
Como será fácil de creer, tal mensaje me puso tan nervioso que una vez en la habitación no logré hacer otra cosa que tumbarme en la cama a dar vueltas y más vueltas al billete, en busca de un número de teléfono que al serme privado me hundió en el sueño.

De cuyo repetitivo y negruzco torbellino me vino a sacar la llamada telefónica de mi superior jerárquico desde Madrid. Decidí recluirme en mi habitación, los días que fueran precisos, a esperar la llamada de Garet, pero cada vez que sonaba el teléfono surgía, entre oleadas electromagnéticas, la voz de mi superior jerárquico instándome a firmar el contrato y volverme a Madrid lo antes posible. Hasta que los propios apoderados de la firma americana me sacaron de la habitación para arrastrarme a su domicilio social donde firmé un contrato que (creo yo) nadie necesitaba. Y además se empeñaron en llevarme a comer y acompañarme al aeropuerto.

El conserje no me dio una sola palabra de aliento, y en cuanto a Yoc, ignorando que mi marcha era precipitada por la furia comercial, se había ausentado de Nueva York por tres o cuatro días. Yo hice todo lo humanamente posible por retrasar mi salida e incluso, en el último día, por perder el avión con el inocente recurso de dejar olvidado un paquete en la habitación y que el portero me entregó con una escrupulosidad impropia de aquel hotel.

Ya estaba todo dispuesto en el coche cuando en la puerta giratoria me crucé con una criatura que —por un instante— me hizo olvidar todo lo demás, el paquete, Garet, la vuelta a Madrid, el contrato, Yoc y Mamaroneck, anuncio de lo mucho que podría haber borrado de haberme topado con ella un poco antes. Tenía una melena rubia, tirando a roja, bastante larga; llevaba un abrigo muy largo, con un ribete de piel, una falda muy corta y unas botas negras hasta la pantorrilla. Se fue derecha a la conserjería y mientras esperaba ser atendida yo me las arreglé para comprar un paquete de tabaco en la droguería, a pesar de que dos americanos me tiraban de las mangas con el pretexto de que iba a perder el

avión. Por fin, al señalar el conserje hacia la puerta dio media vuelta y todo su cuerpo se silueteó contra el vuelo negro del abrigo, siguiendo el giro de la cabellera. Como el conserje insistiera se adelantó ella hacia la puerta, con pasos tímidos, con la boca un poco entreabierta. Acaso le llamó la atención la manera ruda con que sus compatriotas me introdujeron en el coche, las cuatro puertas se cerraron de un solo golpe. El conserje abandonó el mostrador para acompañarla hasta el punto que había señalado y cuando ella empezó a empujar la puerta giratoria, uno de los americanos que me emparedaban dijo «Go ahead» y el coche arrancó sin que me fuera posible distinguirla hasta que apareció en la acera, observando la marcha del coche hasta que abandonó Lexington para tomar una calle a la izquierda. Era Garet, estoy seguro de que era Garet, como estoy seguro de que otra sería hoy mi vida de no haber dicho «Go ahead» aquel americano.



En aquellos veranos apenas había gente en las playas, ni siquiera a finales de julio. Y aun cuando eran escasos los excursionistas domingueros, que el tren de las 11 dejaba en el apeadero, su presencia era motivo suficiente para que nuestro grupo desdeñara el baño los días festivos.

Tampoco había coches. No había otros coches que el taxi de Domingo Caldús, el viejo Hotchkiss que comprara a mi padre al no decidirse a instalar el gasógeno, y el 11 ligero de los Durán. Los dos andaban bien poco: el uno, a falta de clientes, era utilizado por su dueño para —con la gorra echada sobre los ojos—, a la sombra de la rotonda de plátanos frente a la estación, prolongar una ilimitada siesta de postguerra de la que a veces era arrebatado por las voces de una paisana con su niño en brazos, enfermo y estupefacto, o por el corro de parientes y amigos en torno al reciente matrimonio de la montaña, de vuelta de su viaje de novios con un par de cajas de pollos, un baúl-mundo y un envidiable aspecto de carnal y soleada satisfacción; y el otro porque las pocas

veces que C. Durán tenía dinero para la gasolina no contaba con el permiso de su padre para pasear a sus amigos.

El verano se iniciaba con una procesión de barcas el día del Carmen. Las barcas, empavesadas con flores, gallardetes y grímpolas de todos los colores, alguna complementada con una rústica cabina de cañizo o ramaje, para que la familia merendara a la sombra y al recién nacido no le dañara el sol, seguían un itinerario de unas cinco millas tras la nave capitana —la «María Auxiliadora», la mejor y más marinera de todo el puerto, de casi nueve metros de eslora y sesenta caballos de potencia— en la que se instalaba un pequeño altar con la imagen de la virgen y en la que se embarcaban las autoridades y fuerzas vivas del pueblo, en compañía del propietario, su familia y sus íntimos, para meterse en el cuerpo una fastuosa merienda —toda clase de mariscos y embutidos, tortillas y empanadas de varias especies, ensaladas, chuletas de cerdo adobado, codornices escabechadas en casa, todo ello rociado con vinos de marca y licores— cuyo volumen e importancia el párroco era el encargado de disimular, con sus paseos a proa entre plato y plato para asperjar el océano por ambas amuras y entonar algún breve salmo alzando las manos al cielo, con miras a la propaganda hacia la segunda embarcación. Porque, en contraste, la segunda barca se ponía a la disposición de todas las viudas de marineros del pueblo, que, enlutadas, de pie y de rodillas —como el coro de las Erinnias—, resistían las tres horas de procesión cantando al Señor y lanzando flores al mar, sin probar bocado. En aquellos tiempos siempre era posible encontrar algún hueco en alguna de las barcas de cola, para inaugurar el verano con vino del país y una fuente de pulpitos con ensalada de pepino (la especialidad del pueblo), y algún que otro pellizco furtivo a las chicas. Era demasiado pronto, estaba la estación demasiado tierna para intentar algo más audaz.

El verano entonces era el encuentro con las mismas caras del anterior, que se dejaban de ver por espacio de nueve meses. Eran amistades y noviazgos que sólo en

contadas ocasiones lograban prevalecer y perdurar durante los meses de frío y separación; a lo más se prolongaban con una correspondencia otoñal que comenzada en octubre, agonizaba en diciembre y a fin de año era cancelada para tener las manos libres con vistas a la próxima temporada. Todos teníamos las novias de verano, pero —hijas de buena familia, de nuestro mismo medio y educación— ya se comprende que se trataba de mujeres de bajo rendimiento carnal; a lo más un agarrón bajo el agua, un beso en el cine y un pellizco en el baile, en medio del estruendo. De lo demás, nada. Así que nos turnábamos para tratar de mejorar tan escaso rendimiento, en la idea estadística de que una oportunidad excepcional sólo podría encontrarse agotando todas las posibilidades usuales. Eran chicas muy decentes; guapas, jóvenes y muy entregadas.

Desde mucho tiempo atrás habíamos optado por El Rancho para el aperitivo de la mañana. Al otro local apenas le hacíamos caso. Pasado el mediodía y antes del último baño era obligado tomar cerveza o vermouth y saludar con los vasos y botellas en alto a los viajeros del tren de la 1 para despertar su envidia. Para despertar esa clase de envidias, aquellas mujeres eran únicas.

En el Rancho se estaba a gusto; tenían cerveza fresca de barril, bocas, cortezas y mojama las más veces; un cañizo, unos pocos veladores y unas sillas de tijera; y allí cuajaba siempre el mejor momento —tras los saludos poco elegantes a los viajeros del tren de la 1— para los chistes procaces y aquellas adivinanzas intencionadas con que pretendíamos poner a prueba la sensualidad, siempre a resguardo, de las chicas. En verdad, que eran mujeres simpáticas y atrayentes. Y amigas de verdad.

Al otro sólo acudíamos cuando se terminaba la cerveza de El Rancho. Estaba además más allá de las rocas y la escollera, cerca de las últimas casas del pueblo y para llegar hasta él era preciso atravesar una de esas charcas someras donde se acumulan las algas. Por añadidura, era una barraca sucia y hosca, alquitranada por sus cuatro costados, cuyo propietario nos servía a regañadientes la

cerveza cuando se terminaba la de El Rancho. Aparte de eso las chicas no nos acompañaban hasta allí porque según ellas el barracón tenía mala fama. Tal fama le debía venir de la soledad. El propietario era un marinero retirado que se ganaba la vida durante la mayor parte del año cosiendo redes de otros y que en verano sacaba al exterior una mesa de pino y un par de sillas de anea, donde jamás vimos sentarse a nadie, y en un poste colgaba un cartón que decía «Hay vino y cerveza fresca». La cerveza no estaba fresca sino del tiempo, en unas botellas de litro que no guardaban presión, que el marinero nos despachaba sin siquiera mirarnos a la cara. Las chicas decían que allí no se podía ir.

Hasta que un día de comienzos de verano de no sé qué año, alguien descubrió a la Martina. Descubrió no sólo a la Martina, sino también su nombre y se hizo lenguas de ella y todos los demás nos hicimos eco de las lenguas que se hizo aquél, que no recuerdo quién fue.

La Martina... tardamos bastante en dar con ella porque apenas salía de la barraca; bien es verdad que tampoco había salido en sus anteriores dieciocho años, sin duda por imposición de su padre, aquel marinero desalmado. Durante aquel primer verano sólo llegamos a verla lejana y furtivamente, envuelta en la sombra rota de la parra frente a su puerta o metida en el agua hasta los tobillos, buscando chirlas siempre muy lejos, tan lejos como esa figura —confusa pero reconocible— que el pintor de marinas sitúa en la orilla solitaria para dar idea de la lejanía. Era imposible además acercarse a ella porque con un golpe de cabeza parecía alejarse cuanto quería para restablecer la distancia, como la gaviota que simula estar siempre quieta pero que —con la mirada lateral heráldica— nunca queda al alcance de una piedra.

Así que el verano siguiente la convocatoria de la virgen del Carmen tuvo lugar en secreto en la barraca del marinero, un tipo detestable que cada día nos había de gustar menos. Pero la Martina parecía haberse acostumbrado y haber tomado gusto por el exterior; ya no era tan raro ver a padre e hija, cada cual por su lado, arro-

dillados sobre las redes extendidas delante de la parra, pero como siempre usaba la misma larga falda de rayadillo de las pescadoras, que se ajustan con una goma a la cintura, no había manera de prolongar la mirada más allá de las corvas; y con frecuencia pasaba no lejos de nuestro grupo, con un cesto en la cabeza. A pesar de que siempre la habíamos de ver vestida desde el cuello hasta las pantorrillas, descalza, con una blusa negra de mahón y la falda de rayadillo, nuestra desmedida atención obligaría a las chicas a volver la cabeza a su paso; quién sabe si uno de sus mayores atractivos no era la monotonía de su atuendo, en contraste con los floreados trajes de baño de las chicas. O la manera con que saltaba sobre los zoques y echaba a correr por la escollera, haciéndolos sonar como crótalos.

Hubo quien aseguró que se bañaba en el mar la mayor parte de los días, muy de mañana, casi de madrugada; y como carecía de traje de baño lo hacía con una enagua que se transparentaba y ceñía a su cuerpo. Así que durante quince días hubimos de contemplar el amanecer desde detrás de las rocas sin otro resultado —creo recordar— que un poema a la salida del sol escrito en alejandrinos por el joven Manrique de Lara para dar franquicia a sus emociones, y una irrefrenable tendencia a desayunarse con vino y grasas por parte de los demás.

No obstante haberse acercado bastante en aquel verano nunca llegó a aproximarse lo deseable, a causa de su padre, un marinero ensoberbecido por nuestras atenciones. Porque en cuanto nos sentábamos a su mesa bajo la parra, sin otra intención que gozar del céfiro vespertino y saborear su cerveza, Martina era obligada a desaparecer en el interior de la barraca. Era el auténtico ogro. También llegamos a saber que tenía un hermano menor, de unos diez años, que nos había pasado inadvertido acaso porque ayudaba al párroco en ciertos menesteres y que a su vez le pagaba con unas lecciones para ingresar en no sé qué escuela profesional; por eso, durante unas semanas nuestra estrategia se dirigió hacia el chico al que colmamos de atenciones y dulces, y hasta hubo quien

se ofreció a darle clases particulares en la habitación que compartía con su hermana, sin ninguna clase de retribución. También supimos que tenía otro hermano mayor, ya casado, que vivía en el pueblo y tenía una barca en propiedad con la que todas las noches salía a faenar. Al parecer era hombre abierto y poco suspicaz, ayudaba a su padre con algún dinero y no vaciló en hacernos un sitio en su barca, siempre que no molestáramos durante la faena; de cuya experiencia apenas salió otra cosa que un himno a la noche, en seis cantos y exámetros, que el joven Lara compuso en permanente trance, y un gusto por el pescado crudo y limpio, sin más, con un poco de sal gruesa y unas gotas de limón, por parte de los demás.

Por lo mismo Eduardo y yo nos decidimos a coser. ¿Queda alguien en este mundo que sepa lo que es coser una red? Lo dudo. Porque para coser una red no hacen falta ojos ni dedos ni siquiera riñones ni rodillas; lo único que se necesita es alma, una cosa en desuso a lo que yo veo. Buen Dios, todo lo que pudimos llegar a coser, de sol a sol y en algunas ocasiones hasta el amanecer. Porque aquel desalmado, aquella escoria, aquel recipiente de inmundicia cuyo hedor podré reconocer aun inmerso en el más harapiento y amoniacal estercolero, viendo cómo nuestras manos podían hacer en un día lo que a él costara meses, no cesaba de solicitar y recibir encargos que le llovían de toda la costa. Buen Dios lo que pudimos llegar a coser, ¿por qué no decirlo? incluso a la luz del carburo mientras... Pero lo que sigue al mientras da un poco de reparo confesarlo. Hasta las chicas —más intrigadas que ofendidas— optaron por acercarse a la barraca prohibida tanto para investigar nuestra obra cuanto para, con rebequiano talante, tratar de redimirnos de nuestro voluntario castigo con una sesión de cine. «Imposible, imposible» — «¿Pero qué tenéis que hacer?» — «Coser, coser» — «Y, ¿tenéis para mucho?» — «Todo ese carro. Tiene que estar listo para el sábado a la mañana». Se ofrecieron a ayudarnos porque, cosiendo Eduardo y yo, pescando Manrique de Lara e Iturralde ocupado con sus clases al niño —desaparecido además

C. Durán— ¿qué podían hacer? La verdad es que se trataba de las chicas más serviciales y simpáticas de toda la costa; no las había más atractivas, pero eran de buena familia. Eso es lo peor, una buena familia como los Durán.

No sé lo que llegamos a coser; cuando todo el pueblo dormía callado y apagado, sin otros sonidos que el chapoteo de las barcas, las horas en el reloj de la torre o los ladridos intermitentes de un perro cerca del cementerio, ni otras luces que la esfera del reloj o las débiles lámparas del embarcadero, balanceándose a un compás diferente al de las olas, nuestras dos luciérnagas de carburo se paseaban aún por la playa con la lentitud de dos insectos que tardan una noche en aparejarse, tras un juego de fintas y escaramuzas.

Y mientras tanto.

Apenas levantábamos la vista al paso de la gente y ni siquiera recogíamos las piernas para que no nos pisaran —mucho más atentos al cuidado de las redes— los bueyes que sirgaban las barcas fuera del agua. Hasta que una noche a punto estuvo de atropellarnos el 11 ligero de C. Durán que a bastante velocidad y haciendo eses en la arena todavía húmeda por la marea, se dirigía a la barraca con las luces apagadas. Entonces comprendimos en un instante su ausencia de un mes. La Martina no sólo parecía familiarizada con el coche, sino que llevaba una de aquellas faldas largas con una fila delantera de botones, casi todos desabrochados; y, por último, aceptó una chupada del cigarro del conductor antes de darle un beso y salir corriendo hacia la barraca, saltando por entre las redes.

De todas maneras —y por comprometido que para él resultara el descubrimiento de su secreto— C. Durán no nos habría admitido en la intimidad de su aventura de no haberse enterrado el coche en la arena. Cuando quiso arrancar —sin invitarnos a subir, sin siquiera desearnos las buenas noches— las ruedas delanteras no lograron más que levantar dos chorros de arena, con un silbido de sierra de disco, para enterrarse un poco más. Viéndose

perdido, tuvo que recurrir a nosotros. Toda la noche estuvimos empujando con poco resultado y solamente ya amanecido el día, y a cambio de una discreta participación en la aventura, pudimos sacarlo de allí antes de que se abriera el mercado, con la ayuda de una pareja de bueyes.

No podían ser excursiones más alegres y desenfadadas. Que en ningún momento se piense que nos movían los celos o la envidia. La envidia, una envidia sincera y generosa, en todo caso. Viajábamos los cuatro, por lo general a los merenderos de la montaña o a las playas próximas y todavía más desiertas que la nuestra, a unos veinte o treinta kilómetros del pueblo. Le había regalado un traje de baño negro, que se colocaba tras los arbustos, y de vez en cuando la acariciábamos la espalda para quitarle unas motas de arena o ahuyentar un insecto, o nos dejaba embadurnarle las piernas con crema. Ocasionalmente le escurríamos el pelo y de tarde en tarde también echábamos un baile con ella, apretándola por la cintura, en las fiestas y romerías de la montaña. En el pueblo no nos dejamos ver por el resto del verano en la seguridad de que tampoco nos habían de echar de menos, el uno con sus clases, los otros con la pesca y las chicas —qué simpáticas y qué buenas eran en el fondo— resignadas a despertar la envidia por sí solas.

El lugar que más frecuentamos era un fondaco de una carretera vecinal, situado a media ladera en una revuelta frondosa de chopos, olmos, nogales y toda clase de frutales, con un pequeño huerto escalonado hasta un riachuelo muy limpio y fresco, en cuyas pozas Eduardo y yo nos bañábamos desnudos y comiendo fruta, sin más que alargar el brazo. Regentaba la fonda un viudo de bastante buen talante y considerable jugador de dominó, y aparte de regalarnos con jamón poco curado y un vino cabezón que se bebía sin sentirlo pero pegaba fuerte, allí cenábamos a nuestra guisa y hacíamos noche por poco dinero.

La Martina se divertía de lo lindo día y noche, a juzgar por las risas y gritos que filtraban paredes, puertas y ventanas y a C. Durán nada le gustaba más, por otra

parte, que abandonar la habitación descalzo y de puntillas, para echar la partida de dominó contra nosotros dos, de pareja con el ventero.

Descubrimos que tenía una mancha en la espalda, como la silueta de una calavera, que añadía una nota más a su atractivo. Descubrimos también que poco a poco la influencia beneficiosa de C. Durán le había hecho despojarse de diversos prejuicios y escrúpulos de la misma manera que C. Durán no oponía ninguna clase de reparos a ciertas cosas que con otro talante, con otra intimidad y otra educación que la nuestra, probablemente habrían hecho correr la sangre. Cuando volvíamos de la partida —y para ello era condición haberla ganado— nos permitía echar una ojeada a la cama envuelta en la penumbra de la habitación al tiempo que C. Durán levantaba las sábanas, con bastante recato, para que contempláramos su cuerpo de espaldas, arrinconado contra la pared; andando el tiempo en el momento en que C. Durán tocaba con sus dedos el borde de la sábana, simulaba despertarse, se rebullía y desperezaba para que también pudiéramos admirarla de frente. Al mismo tiempo que supimos que había perdido algo de su natural rubor, el día que al vernos metidos en la charca sin pensarlo más se despojó de su ropa para lanzarse de pie al agua —apretándose las narices con una mano, con la otra recogiéndose el pelo en un efímero moño—, comprendimos que había sido rebajado algo el celo de C. Durán, contento de ver desde una roca cómo los tres nos divertíamos con nuestras zambullidas, aguadillas y algún que otro empujón procaz.

Todo habría seguido su natural curso hacia la extinción de aquel pasatiempo si en el taxi de Domingo Caldús no se hubiera presentado en el fondaco, justo cuando habíamos concluido la partida y la pareja se había ido a echar la siesta, un sujeto —oficial del Ayuntamiento del pueblo, con un ojo de cristal como resultado de una herida de guerra, que por las tardes trabajaba en la administración de la finca de los Durán— con la exigencia de ver inmediatamente a C. Durán. No sin grandes

esfuerzos de persuasión le hicimos comprender que en aquel momento (había ganado la partida y ya se habían extinguido las risas en el fondo del pasillo) C. Durán no estaba para ver a nadie y que, si quería esperar, con mucho gusto nos aveníamos a aliviar su espera con una partida de garrafina, a peseta el punto. El hombre parecía preocupado y de mal talante y decidió esperar en el coche, sentado junto a Domingo Caldús que ya dormitaba con la gorra sobre los ojos, recostado sobre su asiento. Fue una espera interminable que consumió fumando sin parar, con la vista clavada en el frente de la carretera, sin mover un músculo ni mudar de expresión —tan inmutable, pero menos sonoro que el sueño de Domingo Caldús.

A media tarde le sugerimos que pasara dentro a tomar algo, pero sólo aceptó un vaso de vino y un cigarrillo. Ya nos disponíamos a dar el paseo hasta un pequeño pueblo cercano cuando C. Durán apareció en el extremo del pasillo, con una toalla alrededor de la cintura, bostezando y restregándose los ojos. Al primer instante quedó un tanto sorprendido, pero no logramos oír lo que le dijo, fue un cuchicheo muy rápido e imperceptible y tan decisivo que la toalla se vino al suelo, obligando al tuerto a agacharse a recogerla.

Un minuto después C. Durán salió precipitadamente de su habitación, medio vestido, abrochándose la camisa, sueltos los cordones de las alpargatas. Al pasar junto a nosotros dijo unas palabras incomprensibles al ventero, algo que (no digo que lo fuera) sonó un poco humillante. Puso el 11 ligero en marcha, el tuerto se sentó a su lado y, ante el asombro de Domingo Caldús, desapareció en la revuelta de la carretera sin que hasta la fecha le haya yo vuelto a ver.

Aquella noche Eduardo y yo jugamos hasta el amanecer. Fue una hermosa partida, de poder a poder; una partida reñida con mucha pasión y mucha astucia que ambas partes derrocharon sin la menor reserva; con mucha fortaleza y sangre fría, sin que en ningún momento cundiera el desánimo en los malos trances de uno y otro,

perfectamente responsables de que nos jugábamos algo importante. Fue una de las buenas partidas que recuerdo haber jugado, de la que guardo imperecedera memoria, y que Eduardo ganó por un pelo, pero con todo merecimiento. Ya de madrugada entramos a verla, una pieza de nácar coloreada en su propio calor y envuelta en la crisálida de su sueño del que no debería despertar si, por la parusía de su belleza, fuera posible abandonar la nada de la conciencia para introducirse en él y gozar dentro de su fárfara de la resurrección de la carne. Le acaricié la espalda y le dije adiós, de positando un beso en su nalga, muy emocionado.

Aquella mañana volví al pueblo y supe que el padre de C. Durán, un hombre relativamente joven y con una considerable fortuna, estaba agonizando. Murió dos días después, sin haber recuperado el conocimiento.

El verano siguiente tuvo otro color, por la incomparecencia de muchos amigos y amigas, y tal vez por el precipitado matrimonio de Eduardo con la hija del pescador. Fue un hombre que (y eso parece que le viene de familia) nunca demostró tener demasiado juicio, que lo ha echado todo a perder y que, a lo que me han dicho, malvive gracias a un puesto de refrescos que abre en verano para los numerosos bañistas, aunque al parecer todo el peso del negocio recae sobre su mujer.

Después

Llamaron de nuevo.

Rara vez se había abierto aquella puerta del jardín de atrás, que permanecía todo el año cerrada con un candado enmohecido y atrancada con una barra de fundición. Empero casi todas las tardes de domingo —y algunos días festivos— los cascabeles colgados de una cinta negra al final del pasillo eran repentina y violentamente sacudidos por las llamadas perentorias y fugaces, que dejaban agonizar por los corredores en penumbra de la casa. Jamás la puerta había sido abierta como consecuencia de la llamada, insolublemente frustrada a lo largo del triste correr de los años y las mortecinas tardes, no tanto por el hecho de que ya no quedase en la casa ningún servidor de buena voluntad, ni que en ella se hubieran dejado de recibir visitas o recados desde tiempo inmemorial, como por la indiferencia de los hombres que la habitaban, indolentemente sentados en las altas sillas que quedaban en pie de un hosco comedor —de madera negra y huesuda, tallada con cabezas de conquistadores romano-españoles comidos por la polilla—, sosteniendo un vaso

en la mano con la mirada por las manchas azuladas de humedad y los pálidos reflejos del atardecer por los suelos, toda vez que se agitaban —con la desesperada e impotente rabia infantil que el sonido y el balanceo conferían a la pequeña plateada cascarilla— los cascabeles colgados de una cinta de seda negra.

No era el miedo. No era el miedo ni el aburrimiento; era, a lo más, una costumbre, una actitud ante lo irremediable; porque aquellos campanillazos —en las pálidas tardes, las horas evanescentes concentradas en el fondo de un vaso diluidas por los pasillos en silencio sumergidos en la otoñalidad y la pobreza— no podían ser otra cosa que la habitual advertencia ante el próximo peligro.

En otro tiempo la casa había tenido un cierto tono; una residencia de tres plantas, construida en un cuartel apartado con la honorable pretensión de figurar un día en el centro más estricto de un futuro barrio distinguido —aprovechando y cediendo un conjunto de corpulentos olmos para una quimérica plaza pública, para la que incluso se proyectó una fuente ornamental, encauzando un regato cuyos labios cadavéricos estaban sembrados de cacerolas viejas y paños desteñidos puestos a secar—, y condenada para siempre, rodeada de huertos malsanos, pequeños y negros, y vertederos humeantes, y pirámides de bidones vacíos, y chabolas de chapa, y lonas, y charcas de agua parda, a encabezar el sumario de las invenciones hiperbólicas de una sociedad hiperbólica; salpicada de pináculos y estípites, y escudos elementales —más falsos que los de los hostales de buen tono—, y cabezas leonadas y atrevidas y maldicientes gárgolas, que si un día parecieron capaces de encender el orgullo y alterar el orden de un pueblo en marcha, quedaban reducidas hoy a la absorta y melancólica concurrencia de su propia inestabilidad; chimeneas y cubiertas inglesas o alsacianas, entramados y balaustradas y vencidas balconadas que parecían haber iniciado ese primer secreto y picaresco movimiento anterior a la caída —estallido de tablas y figuraciones de ruinas, obleas de cal en el agua sucia— el día que las aguas del tiempo terminaran, por fin, de descalzar

los muros para restablecer el verdadero equilibrio del caos; había por detrás una tapia coronada por una malla de espino, con una puerta de hierro, que encerraba un pequeño jardín presbiteriano y una parra virgen sostenida por unos postes de madera, que sombreaba el ventanal, donde los hombres, los días templados, se sentaban en torno a una vieja mesa de madera cruda, para gozar del tramontano o contemplar la puesta de sol en las montañas donde se habían refugiado los nombres aristocráticos, los Collados de Antelo, o Santo Murano, o Valdeodio, o la Vega de Bobio, con una botella de castillaza claro.

Debían beber bastante. Era, sin duda, la misma costumbre, otro aspecto de la misma actitud. Las únicas personas que los visitaron en el curso de los últimos años —la mujer de la comida, el hombre del vino, la mujer de la ropa, la mujer de la venganza y, algunas veces al año, el doctor Sebastián, una de ellas con carácter solemne— los habían de encontrar con el vaso en la mano, la mirada perdida. Pocas personas —acaso sólo una— debían comprender hasta dónde llegaba esa mirada; tal vez se quedaba muy cerca (muy cerca, remota y trasera, iniciada al azar con el primer sorbo y dirigida al azar por el formato del respaldo para terminar con el último trago —hasta semanas más tarde— oblicuamente perdida sobre los últimos confusos despojos de un oblicuo y dudoso ayer) o tal vez se conservaba (a través del vaso, atónitamente hechizada por la coloración repentina de la tarde quintaesenciada en el fondo de castillaza y vinculada —a pesar de mil brillos espúreos y saltando por encima de mil y mil odiosos (existía todavía colgado en la pared un viejo reloj de pesas que jamás había marcado la hora convencional, pero cuyo silencio era capaz de llenarles de inquietud; muchas noches se paraba de repente, pero levantaban la cabeza y tiraban los vasos; el más viejo de ellos, conservando mejor el equilibrio, se encaramaba a una silla y le daba cuerda; si, por casualidad, sonaba el carillón, se reclinaban despiertos para entrar en un breve éxtasis de amor y pena por la infancia)

tic-tac— a un cierto aroma de almohada y a una cierta mirada en la noche de un padre cansado y a un cierto lejano, pero no pasajero brillo de un hombro femenino en una escalera; y luego, la carrera, al saltar por encima del guardián de noche, escaleras abajo, que interiormente había de perdurar hasta siempre (hasta apagar en su cara el brillo del hombro), rota por la presencia instantánea de su padre, que avanzó hacia él para traer consigo el definitivo término de una escapada concluida, una puerta cerrada, una malla metálica, el suspenso adiós a una ambición infantil disuelta y licuada en el vaso de medicina torrencial que había de provocar su primera arcada por encima de las mantas apretadas. Pero no era, sin embargo, tanto lo que esperaban como el tiempo que llevaban en ello: semanas enteras —pensaba el doctor—, generaciones y generaciones de abortivas e infinitesimales tentativas de abandonar el respaldo y alejar el vaso; de heroicos e infinitesimales gestos para vencer esa forma licuada de la nada hacia otra no menos solitaria, más ambigua, desolada e inquietante, pero menos espectacular que la espera.

No eran sordos; ninguno de ellos era sordo. No habían llegado, siquiera, a la edad de empezar a perder oído. Más bien era el oído lo que —a través del vaso, sentados en las sillas del comedor de alto respaldo de rejilla— estaban tratando de educar y fortalecer para el momento definitivo de la prueba. Sabían que había de venir; sabían, incluso, que no había de tardar, pero no sabían con certeza el qué; llegaría el momento, sin duda, en que, tras la muerte del padre, el hijo recobrase su personalidad jurídica y tuviera que salir de la casa para tomar posesión de unos bienes que los antiguos socios administraban —antes que las aguas alcanzasen el nivel del comedor— tal como, al parecer, se acordó ante un abogado de renombre, al día siguiente de la muerte y en el mismo lugar donde..., o tal vez lograse entrar antes la mujer de la venganza— que muchas tardes se acercaba al lugar, envuelta en un abrigo y con un pañuelo anudado a la cabeza, para mirar desde detrás de los árboles, o tal vez le

vinieran a buscar si se llegaba a saber lo que había hecho con aquella mujer. Tan sólo se trataba, decía el viejo, de saber esperar («si han de venir, ya vendrán»), si se está esperando y se sabe esperar más de lo que se debe puede incluso que no pase nada y se encuentre... la eternidad. Las mañanas, en cierto modo, eran tranquilas, pero ruidosas; el ruido de la garrucha enmohecida, el agua sucia de los sótanos que regurgitaba por sumideros insuficientes, los lavatorios, gárgaras terribles y penosas que duraban hasta el mediodía y parecían infundir en todo el arrabal un ambiente mañanero de nuevo mundo y ruidos de cristal pobre desde la primera hora de la mañana hasta que el sol comenzaba a declinar introduciendo en las paredes del comedor las sombras reverberantes de las hojas movidas por el soplo sutil y extraño emparentado de alguna manera —el balanceo de las viejas cortinas comidas por los ratones, los crujidos de la madera— con la carrera violenta de la infancia y el rito del hombro en esa hora vacía, solemne, familiarmente condicionada en que los habitantes de la casa parecían sumidos en un sueño interminable, en las habitaciones de la segunda planta. Las tardes... era otra cosa; volvían a bajar cuando el sol se acercaba al ocaso; volvían a sentarse frente a los restos de la noche anterior, el oído instintivamente inclinado hacia el ventanal para alcanzar toda la amplitud de aquel silencio singular, enfatizado por el reloj —cuando la luz retirándose anaranjaba el piso—, que incluso eran capaces de percibir las tardes de domingo, más allá de los campanillazos furiosos e insistentes, pero incapaces de aniquilar el silencio, volviendo majestuosos tras el eco del último sonido frustrado, como el brillo de la luna momentáneamente ofuscado por la quema de los fuegos artificiales, que se extingue con una nube de humo y voces infantiles.

Tal vez creyeran que tras aquel silencio —más allá de las tapias negruzcas y los árboles que duplicaban su volumen de sombra a la hora del crepúsculo, a donde, desde muchos años atrás, solamente se habían atrevido a acercarse con la premonición y el miedo— había algo.

El viejo, sí. El viejo, sin duda, lo sabía, aunque sólo fuera por el hecho de que si nada hubiera un oído tan inconsciente como el del joven no viviría en la escucha permanente; que si nada hubiera un oído tan tenaz y ávido lo despertaría al fin del oculto poder de los setos y los corpulentos árboles y del agua dormida y somera, pero creciente; un momento desconocido y voraz que había de procrear, inflándose a sí mismo, la sombra terrible de la venganza sobre la pequeña casa. Todos los días, en efecto, a primera hora de la mañana se asomaba por aquel ventanuco del lavabo, protegido con una malla metálica: una cara blanca, espatulada, descuidada y contradictoriamente simple (los ojos saltones y el pelo plateado), que se diría había alcanzado cierta cuarentona madurez por una simple yuxtaposición de canas y años encerrados en casa. No hacía nada, solamente miraba con fijeza, una estucada melancolía. El día que murió su padre allí estaba —los ojos saltones y el pelo cubierto de polvo— mirando hacia el campo cuando llegaron los amigos de su padre en un taxi negro. Le habían vestido de luto, y antes de echar a andar, alguien —por detrás de la puerta entornada— le colocó sobre la cabeza un sombrero negro de grandes alas anchas; un amplio sobretodo negro le llegaba a los tobillos, para encabezar la presidencia del duelo —escoltados por los amigos y socios de su padre, que, en lo sucesivo, habían de velar por su salud.

Hasta entonces habían llamado por espacio de casi veinte años, más que su juventud, toda su inicial reserva de pasión. Habían llamado con insistencia, pero nunca con prisa, como si en lugar del pasado vengativo se tratara tan sólo de una mano infantil —salida de las aguas— que agitaba la campanilla por un juego inocente que debía por fuerza recordarles— aunque los habitantes de la casa trataran de olvidarlo, pretendiendo flotar sobre el horror de las aguas —el hundimiento final que un día u otro había de sobrevenir, vivificado todas las semanas por el campanillazo admonitorio. En los últimos días o habían llamado con más fuerza o empezaban a

envejecer. No podía ser otra cosa; hasta los vasos —parecía— habían empezado a tintinear como si cerca de la casa pasara el tren; hasta las manos de alguno habían empezado a tamborilear con inquietud sobre una mesa (o la caja) de pino. Pero él seguía allí, la mirada sostenida por aquella mezcla de alcohol y antigua pasión trocada en paz interior desde el día en que —después de pegarle, sólo el más viejo sabía cómo y a costa de qué, y a la postre instintivamente convencido, pero no disuadido— logró apagar su escasa, pero inflamable dosis de esperanza. Apenas oía; no tenía necesidad de ser sordo, «los tiempos que se avecinan son tan malos —se había dicho— que no vale la pena salir de casa». Después de la muerte del padre casi no había pronunciado cuatro palabras, un taxi enorme y desvencijado le había devuelto una mañana a la casa y allí quedó, mirando los árboles a través del ventanuco del lavabo y las tardes sentado ante el ventanal, con un vaso sucio medio lleno de castillaza, en el mismo piadoso abandono que le había dejado su propio padre al morir.

Lo había ido a comunicar uno de los antiguos socios, sin duda el más joven: un hombre que frisaba los cuarenta años, de maneras pulcras y estrictas en las que se adivinaba una profesión administrativa; se había cambiado el traje habitual por una combinación más circunstancial —despedía un intenso perfume de afeitado— y trajo consigo un gran paquete envuelto en un papel de tintorería. No habló con él, solamente se lo comunicó el viejo haciéndole saber que, aunque el padre, al morir, no había expresado ninguna voluntad en tal sentido, era deseo unánime de todos sus amigos y deudos que presidiera el duelo aquel a quien en vida tanto había amado. Y que, naturalmente, se hacía necesario tomar las debidas precauciones para evitar que aquella nueva salida supusiera una nueva reincidencia en su terrible —«no sabía cómo llamarlo»— vicio o enfermedad.

Le pusieron, además, unas gafas negras. No había traspuesto el umbral de la puerta lo menos en tres años. Desde que su padre —«agobiado de dolor»— había de-

cidido internarlo con el viejo guardia en la casa deshabitada del arrabal, no tanto para evitar un nuevo escándalo en su propia casa, donde tan mal acogidas eran las visitas del juez o del médico o de cualquier interesado en hacer un pequeño negocio, y las preguntas indiscretas, como para ocultarlo de la familia de la víctima. En realidad, su padre sospechó desde el primer momento, y supo luego con evidencia, que nunca hubo tal víctima. El viejo tampoco llegó a saberlo; mucho más bajo que el otro, apenas le miraba, porque no lo necesitaba para saber qué estaba haciendo y hacia dónde se dirigía. La carroza se detuvo ante ellos, quietos y juntos delante de la cancela. Escucharon un responso y se metieron en un taxi negro, donde también subieron tres o cuatro amigos del difunto.

Cuando sacaron el féretro de la carroza él se quedó dentro del coche. Estaban a punto de depositarlo junto a la fosa abierta cuando media docena de ellos tuvo que volver corriendo al taxi para sacarlo del asiento delantero; él mismo era una especie de figura de mausoleo, que el taxista era incapaz de zarandear —el labio caído, mechones de canas juveniles sobresalían por debajo de las rígidas alas del fieltro negro, los ojos totalmente fijos en el parabrisas hacia la carretera de macadam que en una pendiente pronunciada caía recta hacia los tejados humeantes de Región. Al principio se negó; quisieron sacarlo a tirones, pero los pudo apartar y cerró la puerta. Luego, moviendo el volante como un niño, intentó echarlo a andar con unas sacudidas de su cuerpo hacia delante. Abrieron las puertas, pero él trepó por el asiento y se refugió atrás. Quisieron echarlo y lo agarraron por los tobillos. Las gafas cayeron, una camisa debió romperse, uno de ellos empezó a sangrar del labio; se atusó la corbata y el cabello y, secándose el labio con un pañuelo perfumado y blasfemando en voz queda, fue a suspender momentáneamente la ceremonia. Era un taxi viejo y destartalado que a los primeros golpes empezó a crujir. Una bisagra se desprendió y la puerta quedó colgando, golpeándoles en la espalda. Un cristal se astilló. Uno de ellos,

al fin, le agarró por las solapas, pero cuando los otros se retiraban sacudiéndose el polvo, el joven con una sola mano le cogió por el cuello y lo sacó por la ventanilla, apretándole por fuera con el otro brazo hasta que la otra bisagra cedió y se desplomaron con la puerta sobre el estribo y la aleta trasera. Entonces se echaron todos encima de él, debajo de la rueda y con la boca en el suelo, mientras otros sacaban el caído, arrastrándole por debajo del coche entre las ruedas de atrás. Empezaron a golpearle en la espalda y en la cabeza, pero logró coger a otro por el pantalón y luego por el cuello, y lo volvió a meter debajo de la rueda. Se puso a gritar; uno de ellos quiso recuperarlo golpeándole con una llave; alguien puso el coche en marcha, pero el de abajo empezó a gritar más alto hasta que en un instante sólo se oyeron unos estertores ahogados; había dejado de gritar y yacía en el suelo con las dos piernas abiertas. Entonces apareció el viejo encima de él —una cara voluntariosa y rígida— mirándole fijamente, pero sin decirle nada. Le tendió una mano.

—Sal de ahí. Déjalos. Sal de ahí. Tu padre ha muerto. Ya verás cómo ahora todo se arregla.

Sólo entonces se debieron apercibir de su verdadera corpulencia, exagerada por el terrible abrigo negro, cubierto de polvo. Tenía la frente enrojecida y la cara manchada de sangre y grasa; la camisa se había hecho jirones y la corbata —anudada directamente en un cuello pálido, volviendo su mirada constante y retraída, por encima del coche, hacia el camino de vuelta— no parecía sino el sanguinario y humillante despojo colocado como definitiva afrenta sobre la cabeza del mártir, indolente, altivo y procaz. Luego le sacudió el abrigo, las solapas y los pantalones. Le arregló el pelo, volvió a hacerle la corbata, le limpió la sangre del cuello con saliva, y le metió los faldones de la camisa por la cintura, tapándole el ombligo. Se dejó hacer todo sin mover la cabeza ni alterar la mirada —por encima del coche— que aún seguía atrás, quieta, paradoxal, indefinidamente inmersa en un tiempo del atrás, ausente de toda violencia y de toda ac-

tualidad. Le puso también el sombrero, calándolo hasta las cejas, y le colocó las gafas, que habían caído al suelo, con un cristal roto. Los otros esperaban alrededor de la fosa, sacudiéndose el polvo.

El viejo le cogió de la mano.

—Ven. Vamos a enterrar a tu padre. Vas a ver.

Esperaron un largo rato. El seguía mirando el camino de vuelta y la puerta del coche tirada en el suelo, que el dueño no se había atrevido a recoger.

—Ven. Hay que enterrar a tu padre. Volveremos en seguida.

Hacía tiempo que esperaban. Algunos se habían sentado en las tumbas de alrededor y se sacudían el polvo de los pantalones o se limpiaban la cara con pañuelos planchados. Unos pasos antes de la fosa el viejo le detuvo y le apretó la mano. Giró un poco la cabeza, su mirada no había cambiado: el único ojo visible —encajado detrás de la montura de la gafa rota como una bola de lotería en su discreto alvéolo— tembló tres veces como si obedeciera a tres sacudidas del azar. Luego metió las dos manos entrelazadas en el bolsillo de su abrigo y le arrastró hasta el borde de la fosa; cuando a una señal suya comenzaron a descender la caja suspendida de unas maromas, le estrujó la mano dentro del bolsillo —el ojo no había vacilado, tranquilo, contemplativo, como si tratara de localizar dentro de la visión inconclusa de la tarde el punto a donde le quería conducir una violencia involuntaria. Le apretó más; le clavó las uñas en la palma al tiempo que la caja llegaba al fondo de la fosa y los allí reunidos echaban puñados de tierra encima de ella.

—Tienes que llorar. Tienes que llorar ahora.

Cerró los ojos. Apretó los dientes y las uñas y bajó la vista congestionado, contando hasta veinte. Cuando volvió a mirarle había cerrado los ojos, pero detrás de la gafa rota sus párpados estaban rodeados de una lágrima inicial; no era la mano, ni las uñas, ni la tumba, ni la presencia de los allí reunidos —el viejo lo sabía—, era la repentina y cíclica proximidad del brillo del hombro desnudo que cruzaba el solsticio de su dolorosa órbita

para alejarse en el vértigo de la sombría memoria de las tardes obsolescentes.

—Tu buen padre.

Volvió a apretarle de nuevo, hincándole las uñas, y sus ojos se abrieron, el cuerpo avanzado y vacilante embargado por el vacío de la fosa, dejando correr —el jugo exprimido por la mano dentro del bolsillo— unas pocas lágrimas que corrieron por las solapas polvorientas.

—Tu buen padre.

Luego le volvieron de espaldas a la fosa —el viejo le sostenía por debajo del hombro— y uno a uno los amigos y deudos le fueron dando la mano; alguno le dio unas palmadas y otro intentó abrazarle encaramándose a él como la joven musa que ofrece el laurel a un poeta de bronce. El mismo que había llevado la llave y el traje negro explicó al viejo la necesidad, antes de volverle a encerrar, de llevarle a la casa de su difunto padre tanto para hacer acto de presencia en la lectura del testamento como para que el albacea constatara que no se habían producido los motivos de invalidación. Solamente el viejo lo sabía; al encomendarle su custodia indefinida el propio padre le comunicó haber decidido una cláusula de invalidación —«por cuanto que ello se demuestra incompatible con toda persona incapaz de apercibirse de su propia dignidad y del respeto que los demás le han de merecer»—, a fin de impedir cualquier otro intento de chantaje.

La casa conservaba su aroma; todas las ventanas y las contras estaban cerradas, así como una hoja de la puerta de roble —que debían encerar cada año—, con unas grandes aldabas de bronce bruñido. A un lado del vestíbulo, una esclava negra semidesnuda sostenía (esa colonial grandilocuencia del realismo de ultramar) un lampadario flamígero; habían colocado una mesa cubierta con un terciopelo negro y una bandeja de plata que contenía los pliegos y las tarjetas. Sonó un timbre discreto —apenas perceptible desde el exterior— y les introdujeron (pocos días antes de morir su padre había cambiado el servicio) en el salón contiguo al despacho, donde habían

de ofrecerle, antes que llegara el notario, una merienda de difuntos. El no lo recordaba siquiera; era una habitación convencional, de un marcado mal gusto formado, al parecer, entre los reservados de los prostíbulos y las salas de espera de las clínicas más modernas de los años veinte; tresillos y sillones de tubo cromado y tapicerías de grisalla, rayos diagonales y envejecidos planetas, rombos y triángulos, que tal vez un día fueron granates y amarillos, y meretricios tapices de samaritanas portadoras de ánforas y pechos desnudos con fondo de oasis y camelleros; y planetarias lámparas de globos y discos de cristal bajo los cuales su memoria se negaba a aceptar un atisbo del ayer.

Se sentaron juntos; no se habían soltado todavía las manos dentro del bolsillo del abrigo negro. Una señora de edad, nueva en la casa, con un traje que casi le llegaba al suelo y cubierta con unos tules negros, que no disimulaban el escote —un pecho gigantesco de piel irisada que empezaba a cuartearse y romperse en mil brillos micáceos— se sentó con ellos y puso su mano en su rodilla. No dijo nada; solamente reclinó la cabeza con pesadumbre; solamente se oían sus suspiros.

—Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia.

Luego añadió:

—Ustedes estarán deshechos. Lo que deben haber pasado.

Luego le dio unas palmadas en la rodilla:

—Ahora tendrá usted que continuar el negocio de su padre de usted. Tan joven.

No dijeron nada. No debían comprenderla y apenas se tomaban la molestia de intentar escucharla.

—Vamos a tomar algo caliente mientras vienen los demás. Ustedes estarán deshechos.

En las escaleras se quedó parado. Ella se dio cuenta y se volvió, encogiéndose de hombros y levantando el velo como si tuviera calor, mostrando el escote y unos cuantos dientes de oro con una sonrisa afectada. Le tendió la mano.

—Vamos, suba.

Pero el viejo no le soltó, tirándole de la mano dentro del bolsillo. Al llegar arriba —levantándose un poco el vestido y taconeando con unas chinelas sueltas— dio unas palmadas enérgicas. Era otro pequeño salón, casi idéntico al del piso inferior: las mismas lámparas y alfombras modernistas y ajadas, una pequeña mesa de nogal y unos tapices de la misma serie de bañistas diversos en los diversos desiertos, colgado de unas anillas. Habían preparado merienda para cuatro: un juego de plata de café y unas bandejas con tostadas y dulces. Volvió a palmear, y al fin una joven, con una bata negra y cubierta por un velo negro, que traía una tetera, llenó las tazas con una tisana pálida.

—A lo mejor prefieren café. Su padre tomaba siempre té.

No podían comprenderla; bebieron aquello, el otro levantó la taza con la mano izquierda, sin sacar la derecha del bolsillo.

El timbre discreto sonó varias veces.

—Ustedes me perdonarán.

Cerró la puerta, las dos tazas milagrosamente sostenidas en el aire más que por los dedos por el levitativo equilibrio del miedo o la costumbre de recibir llamadas de la inquietud con el vaso en el aire; sus dientes apretaban ligeramente la loza y la mirada no dirigida a parte alguna, fundida en las sublimadas reliquias de un recodo del ayer donde, a un paso de las aguas fosforescentes, se reflejaba el brillo del hombro desesperadamente inmóvil y evanescente. Luego se oyeron unos pasos abajo, unas voces tranquilas de gente que entraba. El quiso levantarse y forcejearon por primera vez; luego de un tirón se soltó la mano y se puso en pie, escuchando (eran los mismos pasos de antaño, las voces quedas, pero brillantes, hasta los últimos y más codiciables timbres de risas femeninas que llegaban a la habitación infantil en la oscuridad, debajo de las mantas y las cuerdas), pero el viejo volvió a hundirle en el sillón sin decir una palabra. De repente se apagó la luz y él empezó a retroceder apretándose contra el viejo; le soltó la mano y le echó el

brazo por encima; de detrás del tapiz salía una luz pálida y violácea que se reflejaba en el disco de cristal y en la tetera de plata. Entró de nuevo la joven para retirar el servicio —no llevaba velo, le miraba fijamente, tan fijamente que parecía aumentar cierta azulada claridad, y la bata se le había soltado hasta la cintura— pero no se llevó más que la tetera. Y tal vez allí empezó; apenas había descorrido el tapiz volvió de nuevo aquel perfume de almohada que, sin duda, había permanecido intacto a pesar de que el viejo, cada noche, pulverizara un insecticida por toda la casa. Luego encendió otra luz, una raya de luz amarilla debajo del tapiz al tiempo que toda la casa se volvía silenciosa y oscura y ellos (porque él, sin recordarlo, debía haberlo encontrado; no era una vuelta más de la memoria insepulta, destruida y dispersa en mil fragmentos irreconciliables flotando sobre un vaso de castillaza, era más bien el hipertrófico, momentáneo e irascible crecimiento de uno de aquellos fragmentos conservado en alcohol), agarrándose de nuevo de las manos, comenzaron a luchar; tiraron la mesa y las tazas, volcaron el sillón y, una vez en el suelo, se agarraron del cuello. Solamente de cuando en cuando parecían detenerse de común acuerdo para escuchar; no había más que la pequeña luz y el silencio de la casa enorme, los cuatro ojos en un instante atentos, las dos cabezas juntas que volvían a la lucha tras la instantánea (no decepción) comprobación. El joven lo había agarrado por las solapas, pero el viejo, más hábil, con una sola mano le dobló la cara y le estrelló contra la pared; cayó la lámpara y el disco de cristal, dio unos traspiés y fue a agarrarse a un pliegue de la cortina, que se vino al suelo con la barra y las anillas, pero aún le sostuvo la mano recia del viejo, cuya mirada —serena, tranquila, sin reproche alguno, perfectamente fija en los ojos del pupilo— mantenía aquélla un poco tosca y torva, mezcla de resignación y discreta desolación que había constituido desde siempre la esencia de su pupilaje; era un hombre enjuto y fuerte —sosteniéndole aún de la mano todavía le clavaba las uñas en la palma—, de una extracción humilde, que había

sido agente y testaferro de su padre en los años del juego, pero al que determinados escrúpulos que brotan en una madurez malograda, una antigua vocación por la honestidad apenas sepultada por la dura obligación de la lucha ilegal en sus años mozos, habían incompatibilizado con los negocios en los que el padre se había enredado; era un hombre que tenía una cuenta pendiente, conocedor de ciertas cosas delicadas y cuya proximidad y dependencia el padre estimó imprescindible, asegurando su fidelidad con la entrega de su confianza en una misión de tanta responsabilidad como el vitalicio pupilaje de su hijo, para que, al menos, se formara un poco aparte del decorado de sus más tiernos años; le había manifestado, además, su decisión de mantenerlo para siempre alejado de su casa y privado de todo contacto con los amigos y socios que administraban la casa. Detrás de la cortina apareció al fin la cama, con una colcha de hilo de seda azul de China, iluminada a baja altura por la lámpara de la mesilla de noche; entonces volvió a clavarle las uñas, y a sujetarle por las muñecas, y a tratar de retenerle con la mirada, quién sabe si buscando una suerte de hipnotización que podía haber estado ensayando a través de los vasos durante cientos de tardes, porque él ya la había visto; tuvo que comprender —había vuelto el perfume, un aroma malsano, inquietante e indefinible, más que el perfume la continua ionización de la atmósfera del burdel por las lamparitas de colores frutales y los vasos tapados y las axilas maquilladas— que toda la capacidad de amenaza y persuasión que podía concentrar en una mirada (porque apenas podía decirle cuatro palabras hilvanadas sin tres blasfemias), preparada en la más severa y rigurosa disciplina, apenas contenía la milésima parte de energía para distraer aquel átomo de memoria del hombro reverberante —no por la silueta de la camarera delante de la lamparilla, ni por la bata de seda negra que se deslizaba por el suelo, ni siquiera por el perfume de almohada ni por el efluvio de la axila ni por el humo del cigarrillo fluyendo bajo la pantalla de pergamino de la lamparita, sino justamente del punto de brillo de un

hombro ovalado desnudo, precipitando, como la última gota de un ácido sobre la espúrea solución de una memoria incolora, los copos blancos de un deseo tenaz caído en el fondo del vaso para recordarse, repetirse y consumarse—, porque, echándose de nuevo encima de él, le agarró por las solapas y el cuello dispuesto antes a hundirle en el suelo que a permitir que se produjese la nueva violación. Ella no esperaba que luchasen allí; sin embargo, se sentó en la cama, deshaciéndose el peinado. Volvió a encontrar su mirada —a través de los dedos del viejo—; debía ser la misma, pero no era tan profunda; ya no era brillante, había perdido la animación y cierto perverso interés y les veía luchar con la misma indiferencia de antaño. Luego reanudaron la lucha debajo de la cortina; cayó la otra parte y unas pequeñas y groseras miniaturas con marcos de hierro negro; la consola de la otra habitación giró, se apartó de la pared, y, arrastrando la mesa donde habían merendado, se estrelló contra el sofá desventrado. Al fin, arrastrándose por el suelo con el viejo encima y agarrándose al zócalo, a las patas y mordiéndole las manos, logró llegar hasta la cama, y, apoyándose en el testero, ponerse de rodillas mientras la cama empezaba a crujir. Ella, con un gesto de fastidio y cansancio, abandonó la cama. Apoyándose en el frontal de la cama logró incorporarse mordiéndole la mano mientras el viejo le tiraba del pelo y trataba de agarrarle el cuello, al tiempo que ella, con fastidio, empezaba a quitarse las medias.

—No es la misma. No es la misma. No es la misma. ¿No ves que no es la misma? Te digo que no es la misma.

Entonces él se lo sacudió de encima, lo cogió por las manos en sus hombros y, agachándose y pivoteando sobre la barra del testero, lo apartó con un golpe repentino de la espalda; luego giró y lo estrelló contra la pared de una patada en el pecho. Ella se había sentado nuevamente en la cama, se había quitado las medias y toda la ropa interior de luto y sólo cubierta con una ligera combinación transparente, cruzada de brazos y sosteniendo el cigarrillo, cuya ceniza se extendía por las

sábanas, le miraba fija y tranquilamente, sin un gesto de aprobación pero también sin fastidio, sin una sonrisa ni una expresión definida ni una elemental actitud de interés, o miedo, o admiración, o desdén, o aburrimiento, tan sólo fija y tranquilamente, como si hubiera sido depositada dentro de la urna en aquel estado semivirginal para seguir mirando eternamente toda la eternidad de aquel cigarrillo, tan aislada del tiempo, y del sol, y de las tardes de invierno, y de las próximas nubes, como el pez boquiabierto y mirón en la cisterna azulina del acuario subterráneo. Cuando se sentó en la cama (con la boca abierta) se miraron durante un largo rato y de cerca; ella no parpadeó, luego le puso la mano en la suya y tampoco parpadeó, sino que, mirando al techo, echó el humo hacia arriba. Luego le puso la mano en el vientre y la paseó por el cuerpo hasta llegar a la axila, los brazos en alto y la cara (al tiempo que ella volvía a echarse), escondiendo su mirada en el techo. Cuando retiró la mano seguía mirando, no había cerrado los ojos debajo de la suya; luego enredó sus dedos en su cabellera y tiró con fuerza; le apretó el cuello y empezó a clavarle las uñas, pero ella se mantuvo inmóvil, sin alterar ni desviar su mirada del techo. Se puso en pie, dio un paso atrás y entonces le miró (Trataba de encontrarlo; estaba relacionado con las antiguas palabras del viejo sentado a su lado en la casa arrabalera; la misma indiferencia, la misma falta de pasión, incluso la lamparita de la mesilla de noche rompía también la pared con una diagonal que al iluminar su cara con una luz refleja se unía en un punto de lejanía —sin vínculo de memoria, pero hilvanado con un mismo hilo de miedo y de pasado—, no por un azar ni por cualquier gratuita sacudida de una conciencia giroscópica, sino porque una clandestina necesidad de conocimiento había atravesado con el hilo todos los momentos del horror —con las formas de luz en el techo en sombras de las noches infantiles, bajo las mantas y las cuerdas, los pasos del ayer y los mayores susurros del ayer a través de puertas cerradas, situados siempre en una mañana estéril, en la exangüe claridad de la mañana

a través de la malla metálica del ventanuco del lavabo, y los atardeceres violáceos más allá de la parra entrecruzados de hojas que las palabras entrecortadas del viejo (no el aire) parecían mecer, y la lejanía de los vasos, con la silueta, más allá de las hojas y en el mismo sitio (tal vez) que las palabras, de las cumbres aristocráticas y las cordilleras de nombres inmortales que afloraban de la infancia, atravesando el inmenso hastío entre nubes de una adolescencia destruida por mil deseos frustrados vestidos de harapos entre cuatro paredes desnudas y una malla metálica; era tal vez el aviso surgido de aquel atrás que trataba por todos los medios de llegar antes que el deseo), levantó el cuello e irguió el pecho, alzó las rodillas debajo de la tela de nylon y mostró los pies con las uñas pintadas (transformado en una cierta curiosidad que tras un primer proceso reflexivo se convirtiera en el punto donde había de atarse y anudarse el hilo hilvanado en los gestos del ayer, porque...); luego aplastó el cigarrillo en el cenicero de la mesa, lanzó al techo la última bocanada y apagó la luz (el deseo era lo de menos; allí estaba y podía esperar ese previo instante que el deseo desprecia o prefiere consumir en la espúrea contemplación y anticipación de sus gestos, pero que para la memoria, y la conciencia pendiente de un resorte de ella, supone la única oportunidad de liberarse de la servidumbre del pasado; podía, pues, esperar —entre suspiros y reflejos en la oscuridad, y crujidos de las sábanas— como el pago de un dinero diferido durante meses exige al fin un último requisito procrastinante, esperando en vano la llegada de un aviso redivivo del pasado nacido de un vaso mugriento o una campanilla de metal o un ......); el nylon había caído al borde de la cama y el cuerpo, en la oscuridad, al avanzar victorioso de una lucha con las propias sombras reflejaba su orgullo en la metamorfosis de los pies, y su jactancia a la altura de los hombros, y su victoria en el nacimiento del cuello, y su inagotable capacidad de desprecio en los ojos, y en la formación de la frente (hombro donde años atrás había luchado por primera vez por algo exclusivamente suyo); parecía dor-

mir, y algo de luz se perdía todavía por la nuca, y la espalda reclinada, y el (y donde a la postre había casi definitivamente perdido toda su capacidad de deseo y su inicial reserva de pasión para transmutarlas —pasaron las pieles blancas debajo de los árboles, y sonó la música azucarada por las ventanas abiertas e iluminadas, y luego sonaron las portezuelas de los coches, y hasta una copa rodó por la balaustrada distrayendo el brillo de un hombro desnudo, y más tarde se hizo el silencio de jardín, de donde emergió en la oscuridad la mirada de cansancio del padre, levantándose las solapas de la chaqueta blanca, hacia la ventana con la malla metálica iluminada por la bombilla azul velatoria— en las horas baldías de las tardes intemporales y los transustanciados vasos de una castillaza rancia donde de pronto surge, con la exacta, gratuita y rebelde indiferencia con que entra el cometa en el campo visual del ecuatorial, en las tardes excepcionalmente dulces de una primavera precoz y bajo los efluvios malsanos de los árboles, el brillo fugaz del) hombro, entre los pliegues de las sábanas y la cabellera parda que brillaba como la pelota perdida en un campo de cebada; quiso retroceder sin apartar la mirada de aquel punto (hombro que al entrar fugaz en la memoria desaparecía mil veces repetido y disminuido entre los destellos equívocos de la tarde) y tropezó al borde de la cama con el viejo; no se había desmayado, sino que a medias incorporado y apoyado con un codo en la cama, como un filósofo de cuneta que esperara al viajero inoportuno, parecía sumido en una inútil, perpleja y taciturna reflexión. Quiso luchar de nuevo, pero el viejo no se movió, sentado en el suelo sujetas las manos para impedir que le ahogara, y la mirada quieta en la cama: «Ahí la tienes. Ya lo has conseguido. Ahí la tienes; luego volveremos a casa. Pero si fueras hombre de verdad no lo harías, justamente porque ser hombre significa haber adquirido la fuerza suficiente para no dar un paso hacia allá. Y no digo que no, tal vez para llegar a ser hombre sea necesario hacerlo no para probar el fruto prohibido, sino para conseguir ese hartazgo que te permita despreciarlo en lo sucesivo. De

otra forma jamás podrás vivir, jamás podrá tu persona vencer la clausura del tiempo, porque eso que tienes ahí delante —mezclado con perfumes de almohada y cabelleras sueltas— no es más que la encerrona que una muerte apercibida de tu próximo despertar te tiene preparada día tras día. Porque eso es la muerte: vivir ese instante dominado tan sólo por ese instante. Este es seguramente tu primer encuentro con ella, pero volverá más veces; te acuerdas todavía de los campanillazos en las tardes húmedas con la interrogante sobre las aguas de fuera; es la muerte, en un instante resucitada. Un día, una mañana en el campo como no recordarás otra igual, te aparecerá de súbito un camino abierto a tu izquierda y al fondo, tras el rumor de la cabaña, encontrarás la casa que has estado buscando desde tus sueños infantiles: es la muerte. Y otro día será el aviso, esa pregunta terrible de un desconocido que ha estado buscándote mientras tú estabas ausente de la casa: es ella; tardará en volver, pero es ella. Y un día, un día inesperado que en el curso de un minuto es capaz de trastornar toda tu existencia, verás su mano pálida, peluda y temblorosa que adelanta hacia ti la ficha de nácar sobre la mesa de juego, mientras tú, incrédulo, aguardas detrás de tus naipes como el cazador tras el seto. Un día sabrás lo que es eso, sabrás lo que es vivir, algo que sólo se sabe cuando ella ronda el ambiente, porque todo lo demás es inútil, es costumbre y es pasado; el presente, esa parte del tiempo arbitraria, irresponsable, cruel, involuntaria y extraña a ti, tan falsa que de un solo guiño te convertirá en un cadáver, tan estimable que el día que la puedas sobrevivir te harás un hombre y sabrás vivir. Ahí delante la tienes, mirándote a los ojos. Si crees que podrás soportarlo, prueba. Si sales triunfante te aseguro que ninguna llamada volverá a turbar la paz de nuestra siesta. Prueba.» No había hablado, la misma mirada, definitivamente fijada a sus ojos por una especie de resina incolora y llorona, parecía liberada —incluso de la cabeza erguida y sostenida por el pelo de la mano del joven, como la de una Gorgona serena e indiferente— de toda inquietud

por una suerte de secreta, triunfal y vagabunda desolación. Volvió a golpearle; se arrojó al suelo encima de él, y cogiéndole la cabeza con las dos manos la golpeó frenéticamente contra el suelo; luego quiso soltar de su cuello las dos manos del viejo y comprendió que la misma fuerza extraña que había fijado su mirada había definitivamente apretado y cerrado sus manos en torno al cuello de su camisa. Estaba tan cerca de su mejilla que en la oscuridad podía contar los puntos blancos de una barba de dos días en una cara noble —como a través del revoco cuarteado nacen los tiernos brotes de una cebada sepulta—, esculpida en la estéril y delicuescente y sombría arcilla sacudida de escalofríos, que temblara durante casi una hora de interminables balbuceos, mojada por las lágrimas que brotaban sin objeto y fueron a caer en la boca semiabierta hasta que, por encima del joven, el brazo desnudo, las uñas pintadas de color de nácar en unos dedos delicados y fríos que fueron soltando con felina y samaritana delicadeza —como si apartara las ramas de un espino— las manos del otro del cuello del joven hasta que la derecha se abatió sobre su propio pecho como un pájaro muerto, y cerró los ojos. Luego los brazos desnudos se cerraron en torno a su cuello y le arrastraron en la oscuridad a la cama deshecha.

Era ya de día cuando le sacaron de la habitación. Dos amigos de su difunto padre se prestaron a ello, cogiéndole por las piernas y los brazos. Toda la casa estaba limpia y en orden, todas las puertas y ventanas cerradas. En la sala donde la tarde anterior se les había servido una taza de té —ordenada y limpia, habían vuelto a colocar la cortina y los muebles rotos habían desaparecido—, con el aroma inconfundible no tanto del bienestar como de un orden celoso de su apariencia, esperaban la mayoría de los amigos y socios de su padre que parecían atentos a la diligencia de un cierto caballero desconocido, enfundado en un abrigo costoso, que sentado en una silla dorada sostenía una cartera de piel de cerdo. Sentaron al hijo en un pequeño sillón rococó —donde apenas cabía—, y entre dos de ellos lo vistieron con torpeza mien-

tras el caballero miraba la escena con indiferencia, sosteniéndose las gafas por el centro. Mientras despertaban al hijo —al fin pudo entornar los párpados, con la boca abierta, llenando la pequeña sala de una especie sexual de ozono—, encendió un cigarrillo, extrajo de la cartera un folio de papel del estado, midió el margen y lo dobló con esmero, y comenzó a escribir al tiempo que arrugaba la nariz y lanzaba pequeños estornudos, mirando y aprobando con frecuencia lo anteriormente escrito. El viejo había entrado también; permaneció junto al sillón, agarrando y sosteniendo su mano. Tenía el pelo mojado, y debajo de la oreja hasta la camisa conservaba un hilo de sangre seca que no se había cuidado de lavar. A las preguntas que el caballero le formuló contestó con un invariable «Sí», mirando la luz de la mañana a través de las persianas verdes. Al fin el caballero firmó, selló y plegó, recogió sus útiles y, lanzando una mirada de disgusto al pasar junto a ellos, quitándose los lentes de hilo de oro, salió de la habitación seguido de los amigos y deudos del finado.

El mismo taxi estaba aún fuera. Su propietario había dejado la puerta suelta en el asiento de atrás. Cuando llegaron a la casa les estaba esperando el mismo que les había llevado la ropa y la llave, dos días atrás. No dijo nada, pero le ayudó a arrastrarlo hasta dentro. Luego examinó el taxi por si habían olvidado algo. El viejo lo había dejado echado sobre un sillón frailuno del vestíbulo y trataba de sacarle el abrigo negro tirando de las mangas.

—Cualquier cosa que ocurra no tiene más que avisarme. Ya sabe usted adónde.

El viejo no contestó, ni siquiera le miró, tirando de la manga. El otro cerró la puerta, dando por fuera dos vueltas a la llave.

Luego siguieron llamando. Todos los domingos, incluso durante un tiempo tal —lo mismo fue un año que un breve instante estupefacto y flatulento— que nadie en la casa fue capaz de contar; interminables mediodías y tardes ventrudas de alargados suspiros que flotaban sobre las aguas encharcadas tras las tapias desnudas; in-

viernos enteros que transcurrieron en un solitario y lento sorbo, reducidos, decolorados y atomizados en el fondo de un vaso —las miradas cruzadas, que agonizaron por las paredes vencidas, fantaseando la desolación por las manchas aguamarinas de la humedad, que atravesaron en una postrer desesperación los cristales cobrizos y las lechadas de otoño arrabalero hasta las gelatinoimperiales cordilleras donde habían nacido y al final se habían refugiado los hombres aristocráticos, los Bobio y los Valdeodio y hasta el propio barón de Santo Murano (cubierto de pieles malolientes y una espada de palo al cinto, que se alimentaba de zanahorias), las sombras duplicadas de los árboles de la antigua propiedad que anunciaban la llegada de un coloso, sombrío e insólito presente que había de llamar definitivamente.

Un día, la tarde de un día de fiesta, llamaron de una manera muy singular. La casa, como el barco que misteriosamente se para y se apaga minutos antes de la explosión, había quedado en silencio. Llamaron insistentemente, pero sin prisa. Pero al fin la puerta de atrás se abrió: todo el jardín estaba cubierto de un palmo de agua que empezaba a inundar parte de la casa; en el corredor habían colocado el ataúd, y como el agua ya alcanzaba algunos centímetros, todo parecía indicar que en cualquier momento iba a salir navegando; el cadáver estaba cubierto con un hábito blanco y un pañuelo negro en torno a la cabeza le sujetaba la mandíbula; sus ojos habían quedado abiertos y —en medio de una absurda aureola de hojas y cardos secos y nardos ajados— parecía haberse cristalizado la demente, estoica, estupefacta y contradictoria ansiedad con que había tratado, en vida, de contemplar su porvenir a través de un vaso. El viejo estaba a un lado, solo, apoyado en la pared del pasillo, ocultando las lágrimas con un pañuelo sucio. Sin levantar la vista, dijo:

—Pasen, pasen. Pueden ustedes pasar.

No había nadie, pero, una vez más, la mano —salida de las aguas— tiró del cordón y sonó la campanilla. El viejo, sin quitarse el pañuelo de color de hierbas de la

cara, cruzó el jardín y apartó la barra. El agua había subido tanto que le pasaba de los tobillos; los puntales de la parra se habían podrido y una parte de ella se había caído.

Abrió, al fin, la puerta del jardín, escondiendo la cara.

—Pasen, por favor, pasen.

Al ver el agua se quedó parado. Luego, un niño entró corriendo saltando sobre las piedras blancas que formaban las antiguas cercas, hasta la puerta abierta y el corredor que despedía un tufo intenso a interior cerrado.

Junto a la puerta flotaba en el agua una pequeña pelota de goma blanca del tamaño de una naranja.

Por los suelos

Ocurrió por vez primera en lo mejor del verano, bastante al principio, cuando más se disfruta de la soledad, en las últimas horas de una tarde de finales de julio.

Era lo que se dice una mujer libre, una criatura bastante fácil, que no da importancia a esas cosas, es decir, todo lo contrario de una profesional. Eso sí, más atractiva de espaldas que de frente y más sugerente vestida que desnuda. Una persona que sabe lo que quiere y dónde lo tiene que buscar. Y una mujer que tenía conversación y sabía ser simpática... por lo menos durante la primera hora, o las primeras horas, hasta justo ese momento en que lo menos importante es la simpatía y en el cual, de la misma manera que puede quedar resuelto, un mal gesto o una palabra importuna puede echar por los suelos todo un verano.

Tampoco era de las que complican, todo lo contrario. Una de esas mujeres independientes que se valen por sí mismas, que tiene cubiertas sus necesidades, no quieren complicarse la vida y saben aprovechar sus oportunidades como vienen, ni más ni menos. Además había

hecho algunos estudios y podía hablar de cualquier cosa, trabajaba en una gran firma de exportación e importación, tenía un apartamento y últimamente había leído un libro que le estaba gustando mucho, aunque todavía no lo había terminado. Tenía un nombre de barrio, eso sí, un nombre de barrio —Manola o Paloma o Paz o algo parecido— y un cuerpo que hacía olvidar los rasgos un poco groseros de la cara.

No hizo el menor aspaviento, lo tomó como la cosa más natural del mundo, justo lo que hay que hacer en esos casos. Casi como un hombre, sin las hipocresías de las mujeres, sobre todo las mujeres de antes porque las de ahora al parecer son otra cosa. Dijo que le gustaba la casa porque tenía un aire moderno; preguntó quién era la señora del retrato (y eso es lo que la profesional no hace nunca, porque lo sabe de antemano y por el mucho respeto que tiene por todo lo tocante a la familia), pasó un momento al cuarto de baño y, sin más preámbulos, dejando el vaso sobre la mesilla de noche, se tumbó en la cama.

Tenía un nombre de barrio, uno de esos que con diminutivo suena siempre al de una telefonista. Y lo hacía muy bien, se veía que aunque había empezado pocos años antes había aprendido con rapidez. Lo perfecto para una tarde de julio, a última hora, sin las complicaciones de la cena. O las otras que tienen que volver pronto a casa. La verdad es que no pudo empezar mejor, todo iba como la seda hasta que... todo se vino abajo y se perdió, vaya si se perdió. En un santiamén se había calzado. Y se metió de nuevo en el baño, pisando fuerte y cruzando las piernas para poner de manifiesto su irritación. ¿Humillación? No, humillación no ¿por qué tenía que sentirse humillada? Hay que ponerse en su caso para comprender que no podía hacer otra cosa que marcharse, una chica de barrio que probablemente habría tenido que bregar muy duro para hacerse con una educación y una situación.

Una mujer independiente, con todas las ventajas de las profesionales y ninguno de sus inconvenientes; con un cuerpo que funcionaba a la perfección, con un verano

por delante sin tener que dar cuentas a nadie. Todo un verano, de haber salido bien.

¿Por qué había de sentirse humillada? Despechada en todo caso; despechada, esa es la palabra. Tampoco es normal que a un tipo le pase eso; que todo se vaya desarrollando con normalidad hasta el momento en que... y en ese momento se acabó, vaya si se acabó. Hay que ponerse en su caso para comprender que no podía hacer otra cosa que levantarse de la cama y largarse cuanto antes. Cuando salió del baño, vestida de nuevo, todavía lanzó una mirada al dormitorio, pero allí seguía recostado en la cama, mirando boquiabierto a la puerta. Tal vez sin oir el sonido de sus tacones en el pasillo; luego recogió las gafas y el bolso que había dejado en el salón y salió del piso dando un portazo.

Un verano a la mierda. Había dicho que pensaba tomarse las vacaciones en septiembre, a finales de septiembre, cuando ya no queda gente en las playas. No tenía pensado dónde ir, tal vez a Mallorca. No es que le sobrara el dinero pero ganaba lo suficiente como para no tener que pedir nada a nadie. Esas cosas gustan y dan mucha tranquilidad. No hay ninguna profesional que diga que está leyendo una novela —una novela de fama— si no es porque anda buscando algo.

Tampoco había hecho tanto calor como días pasados. No sudaba por eso, no. No, no. Decía que ella era así de naturaleza, que no necesitaba nada para entrar en situación. Ocurrió entonces, en el instante preciso y crítico. Ocurrió entonces. Esas tardes en que lo más que puede ocurrir es que suene el teléfono.

Ocurrió entonces, en el último instante porque el siguiente ya habría quedado pospuesto, cuando de repente... sonó el clic de la cerradura, vaya si sonó, un sonido demasiado conocido como para confundirlo con otro: el sonido de la cerradura de la puerta principal del piso con un chasquido seco y terminante, seguido del golpe de la hoja contra su marco. Sonidos demasiados conocidos, familiarmente conocidos: y sobre todo sus pasos rápidos e inconfundibles, la parada frente a la mesa del hall para

dejar el bolso y revisar el correo y, por fin, como si hubiera adivinado algo, el firme y decidido taconeo de sus pasos sobre el parqué del pasillo hasta la puerta del dormitorio abierta de par en par. Y claro que se vino abajo, ¿cómo no se iba a venir abajo? Hasta la circulación de la sangre. De todo el decorado anterior no quedaba más que el hueco de la puerta del dormitorio, iluminado desde el pasillo, nada más, ni siquiera el eco de los pasos de ella ni las voces de protesta.

Desapareció en un santiamén; y sólo mucho después aflorarán al recuerdo su salto de la cama, sus voces encrespadas, sus pasos despechados por el pasillo y de nuevo el portazo... mientras el marco de la puerta del dormitorio continúa iluminado y vacío y de todo el suceso no restan otras pruebas que un par de colillas, un par de vasos con algo de líquido amarillento, unos trozos de hielo en la pileta y abierta la portezuela de la nevera.

Un verano que podría haber sido una gloria, sin necesidad de recurrir a las viejas amigas. Y mucho menos a esas profesionales de altos vuelos que se creen por encima de su profesión por la altura de su tarifa. Una chica que no tenía más que ventajas; mucha personalidad, eso sí, lo cual es una garantía para tantas cosas. Acostumbrada a vivir con independencia y de las que entienden el amor de igual a igual. Nada de ñoñerías, una mujer libre, lo que se dice una mujer libre, que lo mismo que te coge te deja.

No había de dejar ni rastro. Seguramente contra lo que decía se tomó las vacaciones en agosto y se iría a una playa de Levante a terminar la novela. Cualquiera sabe: seguramente que está arreglando el verano al primero con quien se haya encontrado. A lo mejor un extranjero.

Así que hubo que recurrir a las amistades de antes, una cosa bien distinta que ni por un momento se puede comparar con aquello. Todo lo contrario: esa sensación un tanto agobiante —que bien se preocupan de provocarla— de tener que recurrir a ella por necesidad. En otras palabras, que no hay otra cosa de la que echar mano. La chica del verano pasado. Y en cuanto entra, ¿no dice

que todo sigue igual? Como si le perteneciera algo. Es lo que más molesta de esa clase de mujeres que porque se haga el amor con ellas se creen ya con unos derechos adquiridos para siempre. Sobre todo, el derecho al reproche. ¿Es que no quiere decir nada todo un invierno sin verla? Ya se sabe a qué viene, ¿no?

Pero entran en la casa como para tomar posesión de algo que el invierno les ha arrebatado injustamente y aún se permiten ciertas ironías con quien, oyéndolas hablar, se diría que la ha usurpado. Son cosas de mal gusto que cobran su verdadera dimensión cuando todo ha pasado. Pero tienen la ventaja de lo conocido, realmente la única ventaja, porque en cuanto creen haber adquirido ciertos derechos todo son complicaciones: exigencias, llamadas inoportunas, peticiones apremiantes y —sin llegar al chantaje— una serie de indiscreciones que parecen hechas a propósito, como para deducir algún provecho. Todo lo contrario de la mujer libre.

En cierto modo lo más ofensivo es la familiaridad con que vuelven a la casa: no se quedan atrás nunca, van abriendo puertas y hasta se permiten ciertos comentarios poco halagüeños sobre los cambios que se han producido en un año. Tampoco renuncian a unos pocos aspavientos antes de hacer el amor. Y cuando se meten en el baño es por media hora, todo lo contrario de estas chicas libres de ahora.

Lo más conveniente es no hablar de nada, dejar que se despachen a su gusto, nunca hay que apremiar. Pero ya estaba con los ojos en blanco, cuando inopinadamente ocurrió de nuevo: el ruido de la cerradura de la puerta principal, el clic del interruptor del hall, el golpe de la puerta contra su marco; el sonido de la cadena del bolso y de súbito los pasos ligeros y firmes —tan conocidos, tan de sobra conocidos— sobre el parqué del pasillo e incluso la sombra que por un instante se recorta y oscurece el hueco iluminado de la puerta del dormitorio y... al tiempo que sus piernas se desploman inertes sobre la cama desaparece el dormitorio en la vacía luz confusa

del estupor marcado por intensas palpitaciones y las voces que lo llenan sin apenas sonar: «¿Qué haces? ¿Qué pasa? ¿Por qué te paras? ¿Qué haces ahí? ¿Por qué te quedas así? ¿Qué te pasa?»

Así que salta de la cama, corre hacia la puerta del dormitorio (como si esperara la oportunidad para representar el papel que más le conviene) y pregunta en voz alta quién anda ahí. Pero con eso no se disipa el clima lechoso del estupor ni vuelven los muebles a su sitio ni las paredes a su penumbra, ocultas por las voces casi inaudibles: «¿Por qué te quedas así? ¿Qué te pasa? ¿No ves que no hay nadie? No ocurre nada, absolutamente nada.»

Lo más probable es que no sepan lo que ocurre, que no se den cuenta ni comprendan nada y entonces... es natural que tengan miedo y se vayan, sin pensarlo más. El nuevo portazo, pero con un sello de familiaridad. Pero ocurre... claro que ocurre: sonidos todos muy conocidos para que se confundan con otros: el ruido de la cerradura y los pasos, sobre todo sus pasos rápidos y firmes sobre el parqué cuando vuelve de la calle. Cuando vuelve de compras.

Lo que más molesta es tener que picar ese anzuelo que tiende un espíritu ofendido y sucumbir ante una necesidad que se tenía por superada y satisfecha. Esa clase de mujeres conoce la técnica de la ofensa a la perfección. Casi lo único que conoce: la ofensa que obliga a la mayor solicitud, un precio por las nubes, un talante satisfecho que acepta la oferta para que no se diga que no hay cariño de por medio. Y con independencia de que —disipada la alucinación— un suceso de esa índole sólo incrementa los deseos de hacer el amor. Un susto, nada más, cosas raras que ocurren cuando no se es del todo dueño de los propios actos.

Lo que más molesta es esa actitud de falsa magnanimidad. Cuando no se ponen a vender el favor, lo más caro posible. Y es una deuda que no termina nunca de saldarse porque esa clase de mujer se ocupa —vaya si se ocupa— de que la contabilidad amorosa sea siempre defici-

taria para ella. Unido a que el deseo de hacer el amor se renueva, como si de la última vez hubiera quedado por conocer un detalle importante. Ellas lo saben muy bien; a saber si incluso conocen ese detalle y lo ocultan expresamente para espolear el apetito. La vez siguiente es mucho más cara, con una cena por medio, por lo menos. O un pequeño regalo, una atención para disipar toda clase de dudas sobre la sinceridad de la llamada y la inocencia respecto a lo ocurrido a la vez anterior.

Ocurre que cuando se está sobre aviso las cosas suceden de diferente manera. El amor también es distinto. Ya no levanta las piernas poco a poco; durante un buen rato permanece quieta, observando lo que va a suceder por el rabillo del ojo. Así no hay manera, así desfallece cualquiera. Hasta que —sin que se sepa muy bien cómo ni en qué momento— el resorte de la carne actúa, desaparece el recelo, sin mayores complicaciones. Esa vez sí iba en serio, la primera vez en muchos días. A veces se llega a creer, con cierta clase de mujeres, que todo es comedia e incluso hay quien se acostumbra a ello de tal manera que la echa a faltar cuando se produce con naturalidad... porque no hay perfección ni goce como el que produce la comedia. Pero aquella vez no era así y la mejor prueba de ello la constituía su anterior frigidez. La melena se había desbordado por la almohada, su cabeza se agitaba girando de un lado a otro con la boca abierta y hasta lanzaba gritos terribles como si se abrasara... cuando de repente se encendió la luz del pasillo, se oyó con toda claridad aquel particular sonido de su bolso al ser depositado sobre la consola del hall y sus pasos firmes e inconfundibles que recorrieron el pasillo para detenerse ante la puerta del dormitorio abierta de par en par. Y luego los golpes, las voces y gritos, los zapatos, el cenicero que se hace añicos al estrellarse contra la pared, el zapato de nuevo que de un golpe barre todas las fotografías de la mesilla de noche, sin que todo ello logre perforar la atmósfera densa y lechosa del estupor que entra por el hueco iluminado de la puerta del dormitorio.

Tal vez solamente lo cancela el portazo de la entrada, que se anuncia como definitivo.

Lo de menos es que se haya perdido el verano, ya vendrá otro. Aún queda la mitad de agosto. En cuanto a ella es mejor no llamarla más, tampoco se ha perdido gran cosa. La lástima es aquella criatura, una mujer libre, acostumbrada a valerse por sí misma, que lo reunía todo. Sin aspavientos, con una naturalidad que ya quisieran para sí las que presumen de estar de vuelta de todo. Y con una cultura, una mujer con conversación, que incluso estaba leyendo una novela muy larga.

Y de nuevo el portazo.

Por fortuna, en una ciudad grande hay soluciones para todo; soluciones que, por su insuficiencia, fueron dejadas de lado cuando soplaron ciertos vientos de fortuna pero a las que es preciso volver cuando las cosas se ponen de cara. Y cosas que yacen olvidadas porque una moral despectiva las ha cancelado por principio pero que, probadas de nuevo, demuestran gozar de unas propiedades secundarias nada desestimables cuando se va entrando en años. Todo cambia con los años, por fortuna.

Así que, ¿a qué viene esa sonrisa alelada, indicando con la barbilla que siga adelante, que no hay nada que temer, que nada hay más natural que eso? ¿Dónde está la presencia de ánimo? ¿Qué puede pasar? Nada hay que temer cuando se trata de un asunto de tan poca monta, una cana al aire como se decía en otros tiempos. ¿O será que al recurrir a las costumbres y actividades de los años estudiantiles el ánimo reacciona con el reflejo de la misma zozobra de entonces, la misma curiosidad y análogo temor? Es una de tantas, una de esas chicas muy jóvenes que frecuentan los bares para concertar sus pequeños contratos. Ya no son como las de antes, tienen un aire más natural, menos profesional y sin embargo, las reacciones son imperecederas: la misma cara de hastío en cuanto llega al piso, la misma diligencia por despachar el asunto cuanto antes. Hay una habitación libre, no hay que esperar nada, pero en la antesala cambia con la regenta

del piso un gesto interrogante que induce a aquélla a mirar con cierto recelo al cliente; y antes de pasar a la habitación le cuchichea algo al oído.

Ya se sabe que el cuerpo es un misterio y exige, como el cine, toda la atención. De otra suerte, todo el interés se viene por los suelos. No, no se puede estar así, escuchando lo más imperceptible y atento a lo que ocurre más allá de la puerta mientras la joven trata de acelerar el proceso del placer para que sucumba cuanto antes. En seguida, cuando no se produce en el tiempo normal, vienen los reproches y protestas, las preguntas sobre la salud, las recriminaciones ante el escaso deseo que demuestra hasta que al fin, salta el resorte de la carne.

Ciertamente, casi todas sus expresiones forman parte de la comedia que, para ser bien representada, ni siquiera ha de parecer demasiado veraz sino sazonada con un punto de exageración.

Un acierto el meublé, un acierto el espejo; todo ello tan escrupulosa y profesionalmente ejecutado cuando de repente se oyó su voz, su voz inconfundible, hablando con la regenta del piso acerca de su marido, un hombre joven, no muy alto, de unos cuarenta años. Y se hace el clima del estupor en el cual ni siquiera se da cuenta de cómo se ha ido la joven, cómo se ha vestido ni qué ha dicho ni cómo le ha abandonado, embargado por la alucinación, dejando la puerta abierta que da a la antesala, el hueco iluminado donde se recorta la silueta de la regenta:

—¿Pero qué hace usted ahí? ¿Por qué no se levanta y se viste?

Poco a poco la pregunta se va alejando —al tiempo que resuena, sin que se despeje la turbiedad del clima— hasta que de nuevo se aproxima mediante una transformación hacia un acento más familiar. Y ese tuteo, ¿no es demasiado familiar ese tuteo? ¿Es propio para que una mujer de su clase se dirija a un desconocido? Un hombre de cierta posición, debería darse cuenta. Y el pasillo, la antesala, ¿era así la antesala? ¿Qué fue de la mujer? ¿Qué quiere esa otra, vestida de calle, como si vinie-

ra de la piscina o de compras? ¿Y ese bolso? ¿No es su bolso? Y su voz, claro que es su voz, ¿luego dicen que no ocurre nada? Claro que eran sus pasos, claro que es su voz:

—Pero, ¿qué haces ahí desnudo? ¿Qué haces por los suelos? ¿Por qué no te levantas y te vistes?

Unas pocas semanas antes habría considerado imposible su llegada. Además llegaría con el buen tiempo, tras una quincena de chaparrones y vendavales a los que sucedió esa primera serie afónica de días idénticos y serenos con que se abre el período que todo el sistema del clima, fatigado de tanta alteración y actividad, parece elegir para tomarse un indefinido descanso.

Le sorprendió encontrarle poco cambiado. No le había visto en varios años —en bastantes años— cuando apareció en el extremo opuesto al que esperaba, al pie del vagón de cabeza. El apeadero estaba desierto, tan sólo un carro de mano apoyado en sus lanzas cortaba la perspectiva de los carriles y del otro lado de la vía principal, caminando pesada y lentamente junto a la de mango (más bien parecía detenido en la actitud de caminar, captado por la certera y furtiva visión que lo transportara al lienzo o al celuloide), el guardacantón se alejaba para ocupar su posición ante la marmita, al paso del correo. A propósito se distanció del jefe —con el banderín enrollado bajo el hombro, ni siquiera extrajo el reloj de

bolsillo del chaleco, la mirada puesta más allá del paquete de vías en un escenario tan conocido e inmutable que no le era posible verlo— para quedar destacado en la soledad del andén y ser saludado por un gesto iniciado muy lejos y mucho tiempo atrás. Antes de que la composición se detuviera —entre chirridos y topetazos, cada coche tomando sobre sí la obligación de transmitir su enojo al contiguo, para desencadenar una mugiente protesta general ante la inutilidad del acto— corrió hacia la cola para encontrar tan sólo al oficial de ruta, encaramado en el estribo, haciendo señales con la mano. En el otro extremo del andén divisó su gabardina, encorvado sobre la plataforma para extraer su equipaje. Antes de volverse hacia él la composición arrancó de nuevo sin superar su desgana —sino llevándosela consigo—, en aquel purgatorio movimiento sin edad ni origen, sin término ni designio, como si la última razón del viaje no fuera otra que el cumplimiento de un castigo impuesto por una desconocida y desaparecida jerarquía que —violentamente expulsada de su imperio en la tierra— no hubiera tenido tiempo de cancelar sus sanciones ni compromisos, con que las líneas verticales de los vagones en aceleración, los reflejos equívocos de los mamparos y cristales habían de trasformar un hipotético reposo en una irreal y anacrónica marcha.

A medida que se fue acercando, su imagen —tan nítida y artificiosamente guardada en el recuerdo— se fue desfigurando, sólo para brotar de nuevo completa —como por arte de prestímano, tras haber sido rota buen número de veces y esparcidos sus fragmentos por el aire— una vez que el tren se hubo alejado, llevándose consigo la guillotinada memoria del atardecer. Entonces surgió de entre las ruinas de una estampa, a la vez fiel a ella y contradictorio con el recuerdo, como si su personalidad dependiera sobre todo de uno de esos rasgos —el talante, el tono de voz o tal vez la estatura— inaprensibles por la fotografía. Y un instante le bastó para convencerse de que el recuerdo que había conservado de él no era más que la abstracta, corrosiva y anodina super-

imposición crepuscular del pensamiento en obediencia a un deseo que en gran medida le fue ajeno.

Acaso por eso no le encontró cambiado, sino recompuesto, limpio, terso y agudo, recién salido de un taller de restauración que al eliminar las manchas y arrugas de su superficie, al reparar el bastidor y enmarcarle de una manera más acorde con él mismo, había puesto en evidencia la verdadera edad y la rudeza de ciertos rasgos disimulados otrora por la pátina.

Le preguntó por su viaje y le contestó sin palabras, pero con expresión amable e inquisitiva en la que estaba implícita su motivación. «¿Qué tal se encuentra?» mientras para responder a su propia pregunta y tratar de hacerse cargo de la situación, contemplaba —habiendo dejado la maleta sobre el andén— aquel solitario rincón del valle donde nunca hasta entonces había puesto los pies.

Cuatro días antes había enviado el telegrama, siguiendo instrucciones de ella, con que había tratado de hacerle adivinar la gravedad de la situación al tiempo que eliminaba toda intención e intervención propias: AGUEDA DELICADA TE RUEGA VENGAS CUANTO ANTES. SALUDOS DEMETRIO, al que había replicado con el lacónico mensaje anunciando la hora y día de su llegada. No había hecho falta más para hacerle comprender que se trataba de algo serio, tal vez con un desenlace a corto plazo, y no obstante haber llegado hasta él noticias referentes a su enfermedad, la separación había revestido en su día un carácter tan definitivo que en ningún caso habría acudido a visitarles de no haber mediado la petición de su parte. Acaso la mejor respuesta a la pregunta que estaba en su ánimo —pero que no fue formulada— la constituía el tamaño de la maleta, de tan inusitado volumen para una estancia de pocos días que en el momento de levantarla pudo adivinar toda una disposición de espíritu que se cuidaría de exponer con un disimulo cuyo mejor exponente había sido la brevedad de su respuesta. Tomó la maleta, dejando al viajero el bulto de mano, hasta el taxi que esperaba en la plazoleta del apeadero, un hemiciclo rodeado de corpulentos olmos.

Por el camino —vivían en una de las últimas casas del pueblo, con su fachada y la tapia de una pequeña huerta a la carretera de Macerta y cuya trasera se abría a un pequeño jardín casi todo él ocupado por un abeto cuyo tamaño no guardaba relación con nada a su alrededor— le fue narrando, sin muchos pormenores, el lento e inexorable desarrollo de una dolencia que había presentado sus primeros síntomas unos cuatro años atrás, con dolores y molestias en las articulaciones, pero que solamente en los últimos seis meses había afectado a la columna con tal intensidad que le había obligado a guardar absoluto reposo. «¿Y...?», pero antes de que respondiera depositó la maleta en un zaguán casi a oscuras y se internó, andando de puntillas, por un pasillo cerrado al fondo por una cortina.

Sobre una repisa del recibidor reconoció un cenicero, de propaganda de productos farmacéuticos, que tiempo atrás le había pertenecido. Cuando estuvo de vuelta le dijo, con sigilo, que le había engañado respecto a su hora de llegada a fin de no alterar su siesta y le invitó a pasar a una habitación bastante desordenada y angosta donde a todas luces, por las muestras de diarios y revistas, paquetes de cigarrillos, libros y medicinas, debía transcurrir la mayor parte de sus horas. Retiró de un sillón un montón de periódicos y papeles para brindarle el asiento y, tras ofrecerle un café o un té, le preguntó con una cierta brusquedad —y pudo percibir que la pregunta la había tenido a flor de labios desde el primer saludo en el apeadero, sin atreverse a formularla por temor a una respuesta contraria a sus deseos y premoniciones— si era su propósito permanecer unos pocos días con ellos, ya que estando su alojamiento preparado en una habitación de la segunda planta si estaba decidido a prolongar su estancia por unos cuantos días tenía que tomar unas pocas medidas para hacerla más confortable. Acaso era la respuesta evasiva la que más le convenía y se acomodaba a su talante, la que mejor se acordaba con cierta ambigüedad e indeterminación, en sus recí-

procas relaciones, que solamente podrían ser despejadas por la enferma. Era evidente que a pesar de haber asumido —desde meses atrás— la carga de ciertas labores domésticas para las que nunca había estado preparado, no podía disimular su antigua torpeza ni un incongruente malestar que asomaba a muchos de sus gestos cuando de tanto en tanto una de ellas, la más nimia, venía a poner de manifiesto hasta qué punto le tenían esclavizado. Le siguió contando algunos detalles de su vida durante aquellos últimos años mientras encendió el hornillo de butano, puso a calentar un cazo de agua y extrajo de un tarro una dosis de café con que cebó la máquina, con tanto esmero al abrir las llaves y grifos, al observar la altura de la llama y al medir la dosis con la cuchara y con la vista, que denunciaba lo lejos que estaba todavía de haber adquirido una familiaridad con aquellos menesteres. En un momento le confesó; «Ya ves, aquí nos tienes», cuando un giro en la conversación la hizo derivar hacia su persona y sus actividades, poco menos que suspendidas a causa de su retiro asistencial, para darle a entender que tal tema lo consideraba como el de menor importancia aunque solamente fuera por el hecho de que todo lo que podía decirse de él saltaba a la vista. No, no es que se congratulara en poner de manifiesto la magnitud de su sacrificio; no podía considerar como tal un cambio de fortuna. Pero antes de que el agua comenzara a hervir sonó un agudo y repetido timbrazo y, secándose las manos en un paño, le explicó que había despertado, que iba a atenderla, que tuviera buen cuidado de retirar el cazo antes de que el agua rompiera a hervir y que en ese momento la vertiera poco a poco en la cafetera, señalando también el tarro del azúcar. Cuando volvió, él mismo algo sorprendido de su diligencia, ya estaban las dos tazas servidas. «Quiere verte, quiere verte ahora mismo», dijo, sirviéndose el azúcar y haciéndole un gesto hacia su taza, «pero toma el café antes», con una seguridad en la advertencia en cuyo laconismo estaba implícita no la renuncia ni la fortaleza de ánimo ni la paciencia ni la perseverancia, sino esa clase de ag-

nosticismo casi cuartelero que aprende a sobrellevar unos hechos que no tienen otra explicación ni provecho que la ley del mandato. Y repentinamente, mientras llevaba el café a los labios, se le apareció en toda su perentoria y malgastada edad, sin recursos ni resolución, el principio del término de la aventura que le había llevado a una casi completa consunción. Quince años que no se veían, a la vuelta de los cuales el derrotado de entonces no sólo tenía que venir en su ayuda, sino que, con talante sereno, sosteniendo firmemente en su mano la taza de café, ponía la nota de contraste hacia aquella otra mano moteada y craquelada para la que, a causa de su temblor, tan difícil resultaba aplicar la llama de un fósforo a la espita de gas. Años atrás habían sostenido una entrevista bastante breve, para despedirse indefinidamente y hacerle saber que a sabiendas de todo el daño que le causaban, habían llegado a la conclusión de que no tenían otra alternativa. Una vez que decidieron comunicárselo, y aclarar la situación que le habían ocultado durante un par de meses, Agueda resuelta a plantear el hecho consumado sólo tuvo que despedirse; y evitando toda recomendación tanto como cualquier solicitud —y no menos la obligada reacción de indulgencia que podría permitir la continuidad de unas relaciones amistosas— tan sólo le rogó que se aviniera a conceder una última entrevista al amigo cuya mayor —casi única— preocupación se cifraba en la ruptura con la persona de la que nunca habría querido distanciarse. Se la concedió; siempre había admirado a Agueda, le dijo, siempre la había respetado y considerado como la mujer más deseable, incluso desde antes de su matrimonio con él. En ningún momento perdieron los estribos ni se produjeron escenas y la conversación (impuestos ambos al hecho consumado) apenas tocó las razones para la decisión que habían tomado ni los propósitos que abrigaban para el futuro. Y sobre todo, no hubo resoluciones definitivas ni rupturas irreparables; y eso fue lo que otorgó al desenlace un tinte más sombrío y un carácter más irreversible. Porque fue muy discreto: no mencionó la situación en que él quedaba, lo

que suponía esa pérdida, todo lo que le obligaba a cambiar y a renunciar en su vida. Apenas reparó en los detalles prácticos y cuando Demetrio insinuó y quiso hacer un ligero hincapié sobre los orígenes y preámbulos de las relaciones entre los tres, le cortó en seco. «Dejemos eso —y se levantó— que por lo visto debía desembocar en esto. Bien sabes que necesita algunos cuidados.» Toda su vida había sido exageradamente aprensiva: nunca había aceptado su esterilidad y tras desarrollar todo el esfuerzo imaginable para conjurar su cada mes que pasaba más real amenaza, visitando a los mejores especialistas de la península y del extranjero, si bien la edad le obligó a renunciar a la desazonada búsqueda del hijo en su ánimo nunca obró el lenitivo capaz de hacerle olvidar tal incapacidad. ¿Acaso en su renuncia, en su abandono y en su unión con Demetrio no estaba implícita no tanto la acusación como la sospecha de que la culpa no se podía cargar tan sólo sobre sus hombros? ¿Acaso en su decisión anidaba oculto el deseo de un nuevo ensayo que, por respeto a él, no podía tomar otra forma que la más excusable y menos inesperada? Por aquel entonces lo había negado con la cabeza, mordiendo un pañuelo, accionada tanto por la negativa cuanto por la intempestiva y repentina búsqueda de aquella culpa que en su día no había sabido asumir ni ayudado a conllevar, y que sólo en el último momento de la separación entró en su conciencia. «Dejemos eso», había dicho él.

En último término fue el trabajo de ambos —para el que ella había sido tan estimulante, la más emprendedora de los tres— lo que pudo beneficiarse de la falta de hijos, en cierto modo compensada en los primeros años de casada por la armonía del matrimonio, el entusiasmo por el trabajo de su marido, las vicisitudes de una vida activa y desahogada, cuyo mejor exponente estaba constituido por aquel par de brillantes ejecutorias. Por cuanto el nombre de su marido era, con mucho, el más eminente, el que figuraría en todas las referencias en primer lugar (acompañado casi siempre del de su más fecundo colaborador e íntimo amigo) la separación a no dudar desper-

taría en algún rincón el austero, perverso y no repetible sentimiento de revancha, el proceso de desarrollo de un secreto cuya clave estaba en la mujer y cuyas más profundas raíces formaban el tejido de una vida íntima que, a tenor de las apariencias, no podía por menos que ser tan armónica y nítida como la social. Que no era así no sólo lo vino a poner en evidencia la separación y unión con Demetrio, sino el rápido eclipse que habían de conocer ambos tras el suceso doméstico. Fue Demetrio el primero en vislumbrar tal sombra y así trató de insinuarlo en aquella entrevista para no obtener más que la esotérica, escéptica y resignada respuesta, tan válida para los asuntos íntimos como para los profesionales. Y, sin embargo, fue también el primer sorprendido (no por el giro, sino por la magnitud del cambio) del resultado que en poco más de tres años había de operar su unión con Agueda sobre el ejercicio de una profesión que, en principio, había de resultar más beneficiado con su compañía que dañado por el distanciamiento de su amigo. No fue así y si los pronósticos no se cumplieron no se debió —sin duda alguna— a cualquier clase de malevolencia o rivalidad entre ambos, sino, a lo más, a cierta apatía que en el ánimo de ella empezó a desarrollarse (coincidiendo con la confirmación de su esterilidad, tras su segunda experiencia marital) respecto a aquellos asuntos que solamente habían gozado de un tratamiento prioritario y entusiasta mientras concernieran a su primer marido. Ambos habían de padecer el mismo momento de eclipse que si para él podía ser explicado por el descalabro de su vida íntima, para Demetrio sería el caldo de cultivo para el primer germen de una duda —acerca de la rectitud de una decisión que para ninguno reportaría beneficios inmediatos o sensibles— que no tuvo tiempo de crecer, desarrollarse y convertirse en certidumbre a causa del rápido progreso de la enfermedad y su retiro a un pueblo de la montaña. Allí su existencia no hizo sino perder color y ambición para adquirir una cierta pátina de fatalidad, al ritmo de su dolencia, que por lo menos le permitiría sobrellevar su retiro sin ninguna

clase de rencor o de arrepentimiento; e incluso para recibir —si no con euforia al menos con cierta sensación de alivio a la no olvidada responsabilidad por el daño causado— las noticias que con frecuencia llegaban de los discretos éxitos profesionales que en la capital lograba, una vez remontado su fracaso matrimonial, el hombre que (les constaba) tan esforzada, lenta y penosamente se había sobrepuesto al abandono de su mujer.

Esa noche le explicó la conversación que a solas —durante más de dos horas— había sostenido con Agueda en el dormitorio; no le dijo «ya me imagino lo que habrás tenido que pasar» porque estando sobreentendida su disposición a quedarse con ellos unos días era en cierto modo una confirmación que no podía escapar a quien tan bien le había conocido en otra época. Fue más allá y tomando de nuevo una taza de café —uno sentado y otro de pie— le vino a sugerir la idea de ausentarse por unos pocos días (tuvo buen cuidado de no hablar de tomarse un descanso o unas vacaciones) a fin de arreglar el sinnúmero de pequeñas cosas pendientes y siempre aplazadas a causa del deber que le retenía a su lado —sin separarse más de la distancia entre su casa y el estanco o la estación del pueblo— y le había esclavizado por espacio de dos años. Era su mejor ocasión —le dijo—, el único momento en que podría irse tranquilo, a sabiendas de que la dejaba en buenas manos. Le miró fijamente, no una mirada que atravesara el silencio sino que —sus ojos encendidos como señales de alarma, como si de ellos surgiera el intolerable diapasón que parecía negar la posibilidad de una vuelta a la normalidad— suspendía indefinidamente el estado en el que sólo cabía una clase de entendimiento.

«¿Te lo ha dicho ella? ¿Ha sido ella quien lo ha sugerido?», pero su pregunta no obtuvo respuesta.

·

A pesar de su expresión de ansiedad comprendió que aquellos pocos días habían servido para remozarle. Tal vez era la obra de un nuevo traje de confección, una

chaqueta más deportiva, un gesto —al descender del vagón— más decidido y confiado, como si en aquellos breves días hubiera exonerado el polvo y la atrofia acumulados durante una década en su pequeño cuarto de trabajo. Llegó en el mismo tren que él, casi en el mismo vagón de madera, a la misma hora, para descender en el mismo desierto apeadero, repetición de aquella inexhaustible y dorada monotonía sublimada y hecha carne en el saludo sumario del jefe, al levantar hasta la visera el paño rojo arrollado al palo, sin correspondencia con aquella mirada que parecía abarcar y adelantarse en la desesperanza al solemne, somnoliento, señero e imperturbable dominio de las vías.

Le preguntó cómo estaba y le dijo que en aquel momento descansaba, que el día anterior había cedido la crisis, pero que nada permitía, según el médico, abrigar esperanzas acerca de un futuro alentador. En su bolsillo guardaba aún el telegrama recibido la antevíspera, repetición casi exacta de aquel con que le emplazara un par de semanas antes —pero con una palabra reclamando urgencia—, como si una vez más se hubiera complacido en poner de manifiesto, en un pequeño detalle para que no pasara inadvertido, la simetría de la situación a la que nunca se había referido, por recíproco respeto y por devoción a ella, en sus conversaciones.

Fue una impresión fugaz y permanente a la vez, una de esas instantáneas revelaciones cuyo influjo no se puede medir en el momento en que se producen, pero que —aunque la memoria no la reconozca así— han de dejar en el conocimiento la huella de una forma (o una informa) que le condiciona: fue el saludo del jefe, el modo con que abrió la puerta y dijo al taxista «a casa», la precedencia con que se introdujo en el corredor en penumbra para atisbar desde el umbral de la puerta de la alcoba el estado de la enferma y la mirada que le devolvió —una vez tranquilo al comprobar la serenidad del sueño— para que dejara sus bártulos en el cuarto de trabajo, haciendo el menor ruido posible, como si diez días hubieran bastado para reestablecer su jerarquía de marido

y devolverle a su condición de segundón respecto a la mujer, a la casa e incluso al pueblo que él había elegido y habitado durante años, haciendo tambalearse toda una época que —si bien había presentado algunos síntomas y grietas de inestabilidad local, hasta entonces no había hecho temer una ruina inminente— sin causa aparente tenía que derrumbarse para convertirse —como el montón de escombros que en sí está formado con los mismos materiales, con pérdida de forma, que el edificio hundido— en un conjunto sin orden de objetos y recuerdos que causan estragos en la memoria, invaden el espacio de los hábitos, rompen y dislocan el sentimiento de la duración, arrastrando consigo en su caída a la voluntad que los ordenara y no a causa de la aniquilación, sino precisamente por su escorada, estupefacta e injuriada supervivencia en un caos donde hasta la identificación resulta imposible.

También en aquellos breves días se había operado un cambio en él, una suerte de aproximación a su carácter como consecuencia de su participación en la misma empresa. Cuando llegó la hora del café de nuevo ocupó su puesto de dueño virtual de la casa, tomando las disposiciones a que su estancia le había acostumbrado hasta que tal vez reparó en lo mismo porque, con la manga terciada de café molido, le preguntó —disculpándose— si él lo tomaba tan cargado. Había cambiado su solicitud: ya no se trataba del hombre que —dejando de lado viejos agravios— acudió en aras de una antigua profesión de afecto para prestar su ayuda en un asunto que no era de su incumbencia sino que —solamente por sus gestos, sus escasas y medidas palabras, su acomodación a las cosas y costumbres de la casa— se había constituido en tercer (o primero o, mejor, segundo) protagonista del mismo drama. «Sí, así está bien —contestó, para añadir a guisa de contestación de aquel no sutil cambio—: ¿te has podido arreglar a tu gusto?»

Tan sólo quedaba por preguntar si, a la vista de los informes bastante pesimistas del doctor, era su propósito volverse de nuevo, pues si bien el desenlace se podía

producir en cualquier momento, una vez estacionada la crisis nada se oponía a que el estado de consunción se prolongara durante bastante tiempo, semanas o meses. Pero al no salir de él ninguna precisión al respecto optó por silenciar la cuestión, resultado de la pugna entre el temor a que fuera interpretada como una invitación a abandonar la escena, demostrando lo que de superfluo tenía su permanencia en la casa, y la aprensión a que de no partir de él la sugerencia, quedando abortada por su propia delicadeza y timidez, se viera obligado a seguir allí en cumplimiento de un deber impuesto por su aquiescente silencio.

No se lo preguntó tampoco a la mañana siguiente. Y la pregunta que, por así decirlo, en aquellas especiales circunstancias constituía el parámetro de paso en la involución de sus relaciones, quedó disipada en la casi carente de sobresaltos sucesión de broncíneos días setembrinos, tan sólo acompañados por el chasquido de las persianas o el borbollar del agua en la cafetera, en el holocausto de silencio y claroscuro exigido por una enfermedad que tocaba a su fin. Fue acaso esa penumbra la que les confundió y en la que poco menos que habían de fundirse tanto como por la proximidad del fin en el que los dos —por mutuo y tácito consenso— decidieron solidarizarse como copropietarios de la misma razón social, de tal suerte unidos y compenetrados que habían de prescindir de los límites y competencias respectivas. Apenas salieron de la casa y apenas, en aquellas largas horas de vigilia en penumbra, pudieron contarse cosas nuevas como si nada relevante, para cualquiera de ellos dos, hubiera acontecido en los años de separación, como si hubieran vuelto a encontrarse —ya ignorantes de la posición que cada uno ocupaba con respecto al otro—, tras un lapso de reclusión, no para recomenzar una amistad y unos proyectos comunes, sino para utilizar en el breve futuro común que tenían por delante (la ambición perdida y exhausto el entusiasmo, envejecidas todas las ideas y amortizadas todas las promesas) los pocos recursos que les dejara la desaparición de la misma mujer.

Murió a primeros de septiembre, una noche todavía cálida y serena; la muerte le sorprendió en el sueño, en las últimas horas del día, tan discreta y apaciblemente que ni siquiera vino a interrumpir una mortecina conversación entre dos tazas de café. A la mañana siguiente —por primera vez en varios meses— se izaron todas las persianas de la casa. Entre los dos la vistieron, la depositaron en el féretro y dispusieron su entierro. Estando el cementerio no lejos de la casa, unos mozos del pueblo se prestaron para transportar a hombros el ataúd, tras el cual marchó el cura con la cruz alzada, acompañado de dos acólitos. El cortejo fúnebre lo constituyeron ellos, detrás del cura, con trajes oscuros ya que no de luto, seguidos de unas pocas personas del pueblo que habían tenido relación con la difunta. Fue una ceremonia muy breve; sobre la tumba quedó un montón alargado de tierra removida y parda —casi de las mismas proporciones que su bulto en la cama— sobre la que el sepulturero clavó una cruz de hierro forjado y floreado pintada de negro, con una inscripción en purpurina de plata, y depositó una guirnalda de violetas. Con cierto embarazo se despidieron de las gentes del pueblo que les habían acompañado y lentamente, la mano de uno en el brazo del otro, volvieron hasta la casa. Tal vez el silencio (o la discreción) que habían sabido mantener durante el mes de constante vigilia, había llegado a crear entre ellos un hábito que ya no sabían o no querían romper; lo cierto es que no hicieron la menor pregunta ni hubo necesidad de recurrir al «ya veremos eso». No hicieron preparativos inmediatos de marcha aunque los dos sabían que antes de una semana abandonarían el mismo pueblo en el mismo día, tomando el mismo tren y el mismo compartimento. Pero aquel mediodía del entierro, a la hora de la comida, a través de las ventanas abiertas de la pequeña casa soleada llegó hasta la calle el eco de las primeras risas que se habían oído allí en muchos meses o en algunos años.

Ultimas noches de un invierno húmedo

Lo cierto es que en gran parte fue la obediencia a las insistentes demandas de sus hijos lo que movió al señor Martín a pasar el primer trimestre del año en una localidad de la costa de Levante, al objeto de encontrar en aquel clima un poco de descanso para sus fatigados bronquios. Había consumido el otoño tosiendo, desasosegado y febril, incapaz de encontrar en la dedicación a su negocio una distracción a la soledad y melancolía provocadas por su recién estrenada viudez.

Nunca había sido hombre de amigos; durante casi cuarenta años no había hecho otra cosa que levantar el negocio y atender a la familia y cuando —los hijos acomodados y casados— pensó, como es de rigor, en un hombre de su edad y sus posibilidades, que era llegado el momento de tomarse un poco de ocio, la imprevista muerte de su mujer vino a desbaratar sus planes y a sumirle en un estado de confusión del que no sabía salir sino acudiendo a diario a la tienda, a las ocho y media de la mañana, al igual que en sus años mozos.

Su comercio era una ferretería de la calle Hortaleza, una de las mejor surtidas del barrio, donde había entrado a trabajar de chico, a comienzos de la década del veinte, y que después de la guerra compró a su antiguo propietario, un hombre que había sido para él como un padre y por respeto al cual nunca se decidió a cambiar el nombre comercial, conocido en toda el área por espacio de casi un siglo.

Siempre fue un hombre tranquilo y de gustos moderados, muy ahorrativo y no demasiado pagado de su bienestar. Siempre había contado con su mujer para todo, y si un día llegaron a ser únicos propietarios del negocio ello se debió tanto o más a la imaginación y al empuje de ella que a la constancia de su marido.

La guerra civil sorprendió a los antiguos propietarios en San Sebastián y el joven Martín, solo en Madrid al frente del comercio, hizo durante aquellos tres años todo lo que estaba en su mano para conservarlo en pie. Al término de la contienda fue su mujer quien concibió la idea de adquirirlo, pagando a los herederos —pues el antiguo propietario falleció unos meses antes de que concluyeran las hostilidades— una bastante elevada cantidad inicial, que se llevó todos sus ahorros, y el resto en cincuenta mensualidades. En un principio el señor Martín, acostumbrado a un satisfactorio y puntual sueldo de encargado y una participación sobre el volumen de ventas anual, se mostró refractario a tal operación, amedrentado por la escasez de aquellos años en los que a duras penas y después de muchas rogativas entraba un tornillo en la casa, incapaz de comprender qué es lo que tenía que hacer para saldar a fin de mes aquella terrible cuota. Sin duda fueron sus años más difíciles y en los que —era obligado— surgieron las desavenencias conyugales, la mayoría de ellas provocadas por la intemperancia de aquel hombre que, frente a las dificultades, sólo sabía responder con recriminaciones a su mujer por haberle embarcado en tal aventura.

Durante los primeros dos años, cuando la escasez de género y la reserva del mercado le obligaron a solicitar

demoras y créditos para hacer frente a los pagos, su impaciencia y zozobra llegaron a alterarle de tal manera que sin duda no habría salido adelante de no haber sido por aquella mujer discreta y eficaz que en los peores trances no llegó a perder la compostura y la claridad de juicio. Y gracias a ella los hijos terminaron sus estudios. En contraste, cuando el tiempo acabó por darle la razón y el negocio empezó de nuevo a marchar por sí solo (de suerte que pudieron liquidar a los antiguos propietarios en el plazo previsto) ella no le había de devolver nunca el menor reproche ni se permitió jamás mencionar los malos momentos que su marido le había hecho pasar y que supo soportar con la entereza de las personas que saben a donde se dirigen, que supo olvidar con la indulgencia de quien consigue lo que se propone.

Pero no porque empezara a entrar el dinero en abundancia en la casa habían de cambiar los gustos y costumbres del señor Martín. Ni por un momento se le ocurrió rodearse de un lujo superfluo ni se decidió a ampliar el negocio. Atendía a la familia, pagaba los estudios de sus dos hijos y como gran cosa se mudó a un piso espacioso de la calle Sagasta y todos los veranos —durante tres semanas del mes de agosto— se marchaba con su mujer a tomar los baños de Molgas. Casi todas las tardes su mujer le recogía en la tienda antes de echar el cierre, para dar un paseo y merendar en el Comercial, y media docena de veces al año acudían a la sesión de tarde de algún teatro céntrico, a disfrutar de una comedia. Al cine no fueron nunca.

Cuando ella murió —de una neumonía, de lo mismo que (pensaba a veces) había de morir él— quedó tan solo y tan desconcertado que no sabía encontrar las horas. El café del desayuno se quedaba frío, sin duda a la espera de que ella se sentara a su lado; le daban las ocho sin echar el cierre y por la noche —muchas noches— se metía en la cama por el lado de ella y extendía el brazo buscando su cuerpo, llamándose a sí mismo con susurros un tanto avergonzados. Porque una de tantas divagaciones para soportar su ausencia consistía en ima-

ginar que él era el muerto. Su hija —reputada como la más inteligente de la familia— advirtió pronto lo mucho que le costaba reponerse del golpe y quiso —sacando tiempo de sus propios deberes caseros— tratar de paliar el vacío que había dejado su madre con una solicitud que no había demostrado para con él desde antes de ser mujer. Por otra parte, tampoco su padre podía dar a entender que buena parte de sus atenciones más servían de recordatorio de la pérdida que de mitigación del desamparo: no se trataba tan sólo de las costumbres adquiridas con otra clase de compañía, sino de una extrema diferencia en los gustos y en la mentalidad; y en cierto modo ella era la engañada porque el señor Martín (quien sin duda lo había aprendido de su difunta mujer) se esforzaba cuanto podía en no sacar a capítulo un egoísmo que pusiera de manifiesto hasta qué punto resultaban inútiles sus esfuerzos. Y sabiendo de qué manera le aburrían las largas sesiones en el café Comercial y las comedias regocijantes de los teatros céntricos se avino a acompañar a su hija y su yerno a sus espectáculos preferidos, venciendo la gran repugnancia que le producían todas aquellas películas saturadas de violencia y adulterios.

Si fue capaz, en buena medida, de sobrellevar los males del espíritu en cambio no fue así con los del cuerpo. Ya en la primavera el estado de sus bronquios y los ataques de tos, a pesar de que había dejado de fumar años atrás, habían alarmado a todos: consultó a varios especialistas, se sometió a diversos tratamientos, llenó la mesilla de noche de jarabes y específicos y todos los jueves y sábados por la tarde su hija le paseaba en su coche, con sus dos pequeños, para dar una vuelta por La Moraleja o Boadilla del Monte, para sentarle durante un par de horas a la sombra de una encina, en una silla de tijera.

Así que cuando en vísperas de Navidad partió de ella la idea de una estancia en Levante —deseoso de encontrar la ansiada cura, pero temeroso de reavivar en aquella soledad, en aquellas tierras desconocidas para él, dolencias no del todo extinguidas—, si bien se permitió,

como hombre que había aprendido mucho en las comedias, oponer ciertos reparos que pronto habían de ser vencidos por el insistente interés de sus hijos, a sí mismo se impuso la obligación de llevar a cabo el proyecto aunque solamente fuera para aliviarles, por espacio de un par de meses, de la enojosa carga de su desvalida viudez.

Su hija lo hizo todo; consultó con sus amistades y con las agencias de viajes; le buscó alojamiento en un hotel moderno, confortable y no demasiado oneroso; concertó los servicios de un médico, especialista del pecho, para que periódicamente le atendiera y, llegado el día, preparó su equipaje, le llevó en su coche y permaneció con él por espacio de una semana, hasta cerciorarse de que quedaba bien instalado, en buenas manos y fuera de todo cuidado.

Pero no bien se hubo quedado solo, un tiempo húmedo, desapacible y frío se extendió por todo el litoral; sus bronquios, tan sensibles a los cambios de presión, pronto se resintieron de ello y con la lluvia hubieron de comenzar los ataques de tos que, moderados en un principio y de no difícil coerción, en pocos días habían de dar lugar a una de las más agudas y dolorosas crisis que conociera. Apenas podía dormir, tanto asaltado por la tos como amilanado por su inminencia, aterrado por la humedad de los cristales, las nubes de polvo y presentimientos que encerradas en su pecho sentía crecer hasta invadir todo su tórax hasta que, no pudiendo soportar más la presión de los pulmones, rompía en una catarata de toses que agitaba todo su cuerpo, sacudido por un sistema nervioso del que no se sentía dueño. Por las mañanas se veía obligado a permanecer en la cama, agotado y tembloroso, con los pulmones como brasas y la garganta escocida, con las persianas echadas y todo el cuerpo inmóvil para no levantar la mota de polvo provocadora de la nueva crisis. Pero —y no recordaba nunca haber hecho un esfuerzo semejante, un tan estoico sacrificio de la compasión que a la fuerza tenía que inspirar su estado— con todo consiguió ocultarle a su hija

el trance por el que estaba pasando, tanto para no robarle la tranquilidad con que le había dejado al volverse a Madrid cuanto para probarse y —en caso de un resultado satisfactorio— disciplinarse respecto a sus propias necesidades, a fin de poder sobrellevar solo sus crisis y acostumbrarse a una existencia más independiente y menos gravosa para sus hijos. Porque aquellas crisis, aunque habían empezado a agudizarse años atrás, nunca en vida de su mujer habían cobrado un carácter tan alarmante por lo que el señor Martín pensaba para sí —con cierta piadosa hipocresía— que bien podían constituir el cruel consuelo que le enviaba el cielo para distraer su memoria, demasiado fija en su desaparición. No por eso dejaba de reprocharse —en los mismos términos de doblez— que en tanto durase el ataque todo lo demás carecía de importancia, incluso la soledad en que le había dejado aquella cuyo recuerdo sólo acudía cuando cedía el dolor, cuando superada la crisis encontraba en la cama un momento de paz en el agotamiento —empero temeroso siempre de ser arrastrado de nuevo a la tempestad antes de haber podido gozar de un solo momento de absoluto reposo—, bien para prolongar aquél con la remembranza de circunstancias más venturosas, bien para aureolarlo con el único tributo de bienestar inherente a su memoria. Que tales venturas se convierten en dolencias, que el recuerdo que —antes de ser remitido a la memoria— permanece adherido a un cuerpo necesitado de compañía se transforma en un banco de tortura, quién mejor que el señor Martín lo había de saber.

Pero pronto había de restaurarse el buen tiempo para introducir también una mejora sensible en el estado de su salud. Quince días después de su llegada había superado aquella primera y terrible crisis y pudo tomarse, con su tiempo y con su nueva y desconocida residencia, ciertas familiaridades a las que hasta entonces no se había atrevido. No sólo empezó a obtener los primeros beneficios de aquel clima providencial tal como lo había previsto su hija, sino que (lo que entonces no le pareció tan importante, tal vez porque le pasara en parte inad-

vertido, prueba evidente de la certeza de la mejoría), al saborear el fruto de sus anteriores sacrificios y penalidades, su ánimo cobró un talante optimista y un apetito abierto a todos los estímulos. Unos cuantos paseos al sol y a la orilla del mar bastaron para que se sintiera fuerte y seguro, capaz —como no se había sentido en años atrás— de arrostrar cualesquiera dificultades que se opusieran al progreso de su salud, congratulándose de no haberse rendido a la primera crisis cuya superación —con sus solas fuerzas— engendraba la fuente de energía y confianza que tan necesaria le había de ser en fechas ulteriores.

Había sido alojado en uno de esos complejos turísticos siempre a medio concluir, formado por un hotel de seis pisos elevado al pie de la playa y circundado de otros edificios de apartamentos y comercios de una o dos plantas, con su correspondiente cafetería. En aquellas fechas invernales casi todo el hotel se hallaba cerrado por lo que al señor Martín le fue asignada una habitación de la planta baja, en el extremo de un bloque colateral, con una pequeña terracilla con acceso directo a la playa a través de un terreno vago salpicado de construcciones y calzadas no concluidas y un paseo marítimo que sin demasiados atractivos se prolongaba hasta el escarpe de rocas, para quedar cortado por un promontorio bastante abrupto que separaba aquella parte baja del litoral de una costa a la que el turismo, por desierta y violenta, se mostraba más reacio. A un nivel algo inferior a su terraza, en línea a escuadra con ella y en paralelismo a la curva del litoral, se extendía una hilera de minúsculos bungalows blancos, todos iguales, servidos por una carretera que más adelante quedaba cortada en seco por las rocas del promontorio. Casi todos estaban cerrados, pero, con todo, su mejor diversión en los días que siguieron a la crisis, cuando sin atreverse a alejarse de su habitación prolongaba y afianzaba su convalecencia dejando pasar las horas tumbado en un sillón de lona, contemplando el mar, consistía en observar la escasa actividad de los pocos habitantes que por una razón u otra parecían

decididos a dejarse engañar por un espejismo de verano. La mayor parte de los habitantes foráneos del lugar, incluidos los del hotel y aquellos de los departamentos aledaños, eran personas de edad, de salud castigada, necesitadas de sol, aire de mar y un ambiente tranquilo, que al cruzarse en la calle, en el paseo marítimo o en el vestíbulo del hotel se observaban con una mezcla de recelo, compenetración y afán emulativo, como para estudiar por la compostura del vecino su propio superávit de salud. Y aunque de tarde en tarde también aparecía alguna pareja joven, el señor Martín jamás volvía la cabeza ni reparaba en ellos.

En los primeros días de su restablecimiento un inquilino de los apartamentos vecinos había llamado su ociosa atención sobre todos los demás. Se trataba de un hombre maduro, de singular corpulencia, que habitaba uno de los más próximos a su terraza; vestido por lo general de luto, entraba y salía de su vivienda tan buen número de veces al cabo de la jornada que lo que en un principio había de servir al señor Martín de objeto de una regocijada curiosidad —tan necesitada de pequeños pormenores— poco a poco se fue convirtiendo en un motivo de irritación casi constante, molesto y casi ofendido del flagrante desprecio con que aquel hombre se permitía defraudar la compostura a la que se debía. A causa de su atuendo le había tomado en un principio por un viudo, en una situación tan semejante a la suya que inició en su seno un primer movimiento de simpatía que pronto quedó abortado; porque a menudo a las pocas horas de verlo salir de su vivienda de riguroso luto, con una cartera de cuero y un talante apresurado, volvía en su pequeño coche antes de la hora de comer, para reaparecer en su minúsculo jardincillo con un talante remozado, un atuendo más frívolo y una actividad juvenil: con una camisa estampada y un vaso en la mano, mientras regaba sus escasas macetas no tenía inconveniente en cambiar unas palabras, por encima de la balaustrada de ladrillo que separaba sendas parcelas, con una de sus vecinas que rara vez salían al aire libre antes del mediodía. Nunca

habían sido del agrado del señor Martín esas personas, tornadizas y hueras, que no saben conformarse con los rigores impuestos por la edad y nada le había de parecer más sustancioso —para refrendar sus juicios— que la observación de su ambiguo y ridículo comportamiento hacia ellas, así como los regocijantes comentarios que suscitaba cuando no se hallaba presente. En más de una ocasión habría deseado volver la vista hacia otra parte, ya que su desdén no era de tal magnitud como para aceptar de buen grado la complicidad en el desprecio manifiesto hacia un semejante, pero la limitación del horizonte y, sobre todo, la absoluta quietud de su reposo en muchas ocasiones le obligaron a convertirse en involuntario testigo de ciertas situaciones a las que, en vida de su mujer, sin duda, habría vuelto la espalda.

Sin embargo, fue un gesto de mortificante atrevimiento y descaro lo que en el ánimo del señor Martín obró el cambio hacia la consideración que le mereciera su vecino. No le cupo la menor duda de que —ansioso siempre de festejar y agradar, para hacer gala de aquella artificiosa y banal disposición juvenil que le era preciso demostrar por contraste con una figura más replegada en la edad— señaló hacia él si no con una intención despectiva —para la cual el señor Martín, que nunca había cambiado una palabra con ninguno de ellos, no había dado el menor pie— sí al menos con ciertos propósitos conmiserativos y chocarreros. Para un hombre en la situación del señor Martín, con la sensibilidad tan a flor de piel que una semana antes habría podido denunciar en una mota de polvo el comienzo de un nuevo ataque bronquial, aquel gesto —acompañado desde detrás de la balaustrada por la carcajada estruendosa de la jovencita, más atenta sin duda a responder con el mismo tono festivo que llevada por la gracia del despropósito— había de suponer una especie de ruptura de hostilidades en virtud de la cual ya no se sentía obligado en su presencia o en su ausencia a la tácita, educada y distante consideración en que se había mantenido. Y de esa suerte cuando un par de días más tarde una de ellas —con palabras

que no llegó a entender cabalmente, pero con una mímica que no dejaba lugar a dudas respecto a la burla hacia el ausente vecino— se volvió súbitamente hacia él como para buscar su eco o su aplauso, el señor Martín abandonó su impasible y neutral actitud de reposo en la hamaca de lona para asentir con la cabeza, adornando su gesto con la mayor picardía de que era capaz, a fin de hacer saber a su joven y lejana interlocutora que su intención había sido captada y su gracia celebrada.

Hasta aquel momento no había visto gran cosa en ellas, más atento a los inquietos y frívolos pasos de su vecino. A distancia solamente había reparado en dos muchachas jóvenes que no se habría atrevido a calificar sin avergonzarse, en vida de su mujer. Las ventanas de su bungalow permanecían cerradas hasta bien entrado el mediodía y sólo amanecían en las primeras horas de la tarde que consumían reclinadas en sus hamacas —sin otros gestos que el movimiento de un brazo hacia una botella de cerveza, un cigarrillo o una fruta— para recibir en sus cuerpos desnudos (pues no se podía llamar vestido a las piezas recogidas sobre sus partes más íntimas) los invernales rayos de un sol, rebajado como cualquier artículo tras la temporada de ventas, que a duras penas podía mantener, a pesar de los muchos ungüentos y lociones que se prodigaban una a otra, un bronceado ya revenido.

Debían vivir de noche; sólo cuando se acostaba el sol se iluminaban sus ventanas, se elevaban sus voces y todo el espacio entre la terraza del señor Martín, el bungalow y la playa era ocupado por las melodías de un tocadiscos infatigable, a cuyo compás muchas veces al señor Martín le era dado contemplar la danza de sus siluetas cortadas por las láminas de las persianas venecianas que no se preocupaban de cerrar, y tan sólo interrumpido por los ruidos de los coches —los súbitos acelerones, los frenazos, los golpes de las portezuelas— de los visitantes que acudían al filo de la hora de cenar. Con frecuencia permanecían allí toda la noche —desordenadamente aparcados sobre la arena y entre las rocas— e incluso el día y la noche siguientes porque la fiesta concluía casi siem-

pre de madrugada, con el arranque de los motores en frío, los violentos acelerones y maniobras y el resplandor de unos faros, avasalladores insolentes pero fugaces de los sutiles y tímidos brillos de un horizonte marino enfundado en la piel del vaho y ornado por el bostezo de su entumecido despertar, y del arrullador susurro con que en la madrugada sin viento unas minúsculas rompientes parecían paradójicamente querer sacudir la tierra para sacarla de su sopor y su silencio.

Inesperadamente un mediodía poco antes de la hora de comer, cuando el señor Martín, tras concluir la lectura del diario del que no desaprovechaba ni los anuncios ni los ecos de la provincia, buscaba algo en la playa desierta donde recalar su ociosa mirada y con lo que alimentar su creciente curiosidad, una de ellas —la del cuerpo más menudo y sin duda la más joven de las dos— salió corriendo de su apartamento, envuelta en una toalla de color carmín. Por unos instantes pareció vacilar sobre el camino a tomar —sin dejar de observar lo que ocurría en el bungalow— hasta que de pronto echó a correr, tal vez sin pensar a dónde ir, en dirección al hotel. Cruzó por delante de tres o cuatro puertas —lanzando furtivas miradas hacia el interior de las habitaciones— hasta detenerse ante la terracilla del señor Martín; sin pedirle permiso ni casi reparar en él abrió de un golpe la cancela de madera pintada de esmalte blanco —por la que se accedía a la playa—, cruzó la terraza y se metió de rondón en su habitación en el mismo momento en que del bungalow salía hacia la playa un hombre bastante joven del que, por su actitud, por las miradas en derredor que lanzó, bien se podía decir que la andaba buscando. El primer impulso del señor Martín fue levantarse de su asiento, pero al observar más detenidamente al sujeto —que marchando con cautela y mirando a todas partes se aproximaba lentamente a su terraza— optó por permanecer en su hamaca y recoger de nuevo el diario para leerlo con gesto displicente y distraído como si a su alrededor no hubiera pasado nada. Por el rabillo del ojo vio —o sintió— los pies desnudos de la joven, apostada tras

los visillos de nylon de la cristalera para seguir la escena. El individuo —guiado de un instinto bastance certero— siguió el mismo camino de ella, recorriendo todas las habitaciones contiguas hasta detenerse frente a la cancela del señor Martín quien había sentido cómo los pies se retiraban sigilosamente de detrás de la cristalera para a continuación abrir la puerta del cuarto de baño que fue cerrada por dentro y echado el pestillo. El individuo parecía bastante disgustado y no era tan joven como había supuesto en un principio. Vestía pantalones blancos y un chaleco oscuro, muy al gusto marinero, con mangas cortas y cuello de cisne, que acusaba las pronunciadas musculaturas de su pecho. El individuo regaló al señor Martín una mirada de despecho, inclinó el torso para escudriñar descaradamente en el interior de su habitación y de mala gana volvió sobre sus pasos, manifiestamente consciente de haber sido burlado. Todavía merodeó un buen rato en torno al bungalow de las jóvenes, entró y salió de él un par de veces y al fin su abandono fue anunciado por el ruido de un motor y una carrera de coche, del otro lado de las edificaciones. Pero el señor Martín no se levantó, imponiéndose un prudencial plazo de espera, temeroso de una añagaza de aquel sujeto. Solamente después de salir a la playa y asomarse hasta el paseo marítimo, el señor Martín se arrimó a la puerta de su cuarto de baño para golpear con los nudillos quedamente y susurrar a su ocupante: «Ya se ha ido».

El pestillo fue descorrido y la puerta entreabierta con tacto: por la rendija asomó su cara, con expresión interrogante que satisfizo el gesto mudo y tranquilizador del señor Martín. Era de pequeña estatura, bonita de facciones y tan maquillada y arreglada que el señor Martín supuso, sin género de dudas, que se disponía a salir, a falta tan sólo del vestido, cuando fue sorprendida por el intruso. Asomó primero la cabeza para cerciorarse de su ausencia —todo su cuerpo desnudo bajo la toalla exhalaba un perfume tan intenso que delataba su reciente aplicación— y lo mismo hizo detrás de la cristalera. Entonces a título de recompensa se volvió hacia el señor

Martín, le pasó la mano por la cabeza —acariciándole el cuello con el borde de la uña— y le besó en la comisura de la boca al tiempo que, sin dejar de acariciarle, su mano se deslizaba desde la oreja, por el cuello y la clavícula. Y sin decir más echó a correr en dirección a su bungalow, sujetándose en el pecho la toalla de color carmín. El señor Martín salió de nuevo a la terraza para seguir su carrera. Apoyado en el antepecho de su ventana, su vecino —en mangas de camisa, sosteniendo entre sus manos el vaso del aperitivo— le dedicó una sonrisa llena de malignidad, como para hacerle llegar la indulgencia y alborozo que reservaba a las faltas de quienes alardeaban de virtuosos. El señor Martín, temblando de vergüenza, animadversión y enojo, dio media vuelta y se refugió en su habitación, donde quedó embargado por el perfume con que la había impregnado la intrusa y que sólo había olvidado por un instante.

Todo quedó invertido. La voz al otro lado del teléfono parecía referirse a un objeto artificiosamente alejado, desconectado de su entorno, que sin éxito reclamaba la atención a otro objeto oculto desde siempre en la fluencia de un continuo que lo había enmascarado. Era su propia hija pero infinitamente alejada, quieta y carente de voz, encuadrada en una miniatura. Y así también era la imagen de sí mismo dada por ella, perfectamente reconocible y rememorable por cuanto había sido —el afeitado de las mañanas, el primer saludo a los empleados, la casa en orden— un suceso fortuito y erróneo y por eso mismo a duras penas identificable con el observador que le escuchaba del otro lado del perfume. Era el sonido de las olas el que le acompañaba a intervalos, nunca la memoria de la difunta ni los más amargos castigos del pecho ni las horas matinales de sosiego tras la noche de violencia. Y también ese otro era sin duda obra de él aunque no recordable; no llegaba a saber cómo habían invadido su habitación y su persona y no a instancias suyas, sino aportados por un mensajero, en aquel mo-

mento en que —se diría— manumitido de la servidumbre del señor Martín había adquirido la ropa interior, en obediencia a una naturaleza y a un plan delatados por las prendas íntimas de color tabaco y negro, cuyo sentido no sería capaz de comprender sino a fuerza de angustiosas conjeturas, y los frascos de perfume que conservaban su presencia en la habitación y en el cuarto de baño y entre las arrugadas ropas del lecho; no era el mal de bronquios lo que había marcado todo su cuerpo con una permanente y sutil palpitación, tan irrefragable e incoercible como el delicado temblor de la hoja del sauce que no cesa en su movimiento aun cuando el movimiento caiga, sino la nueva, ignorada y avergonzada plétora crecida en un instante al contacto de la caricia de la mano y del robusto, pequeño y turgente cuerpo apenas advertido bajo la toalla y que no pudiendo ser acallada en pos de su satisfacción, en su búsqueda y quimérico hallazgo —más allá de la persiana al sol, de tanto en tanto toda la luz de la habitación quedaba oscurecida por el paso del hombre que, paseándose en torno a su terraza, esperaba su salida— se devoraba a sí misma, en la estulta contemplación de su agonía por parte de aquellas reducidas y deformes figuras —él mismo, el propio señor Martín en sus mejores años de prosperidad y acomodo— reflejadas en una brillante bola de bronce. Había esperado a la noche —a la primera hora tras el crepúsculo— para adquirirlas y sólo aguardaba a la mañana para no encontrarse más; incluso lo había visto con absoluta claridad: con las primeras luces del día la desaparición del enfermo y el desvanecimiento del hombre probo y ordenado a partir de lo que comenzaría...; la desaparición de la habitación y la súbita iluminación de la puerta abierta a la playa —nada sino la arena y las tímidas y craquelantes olas que rodeaban el bungalow— envuelta en el vaho protector y amortiguador de la mañana en torno a la toalla de color carmín. Su mano había pasado por su espalda y la plétora había respondido con una palpitación creciente, sólo un pulso más agitado, porque un único anhelo escondido e intimidado era capaz de sentir

la tersura de la forma prohibida, de comprender el inconfesable secreto de su pétrea calidez, de devolverle con su entrega al hermético y añorado mutismo, aislado en el placer, de hacerle llegar su incompleta respuesta —las piezas de lencería de color tabaco y negro, el perfume hediondo— enredada entre su cuerpo, agonizante para demostrar la fuga de su injusto poseedor, acariciado exánime —hundido más y más en la arena embebida en agua— en el momento de su último, amoratado y turbulento despertar por las escaroladas y crujientes y minúsculas olas de la madrugada que, infatigables como criaturas sin discernimiento, no cejaban en su empeño de saltar sobre la playa, aprovechando su postrer sueño.

«Vamos a seguir a partir del punto donde nos quedamos ayer. De esta forma, poco a poco, tendrá usted tiempo de hacer memoria. Podríamos empezar de nuevo, pero creo que no vale la pena, hay todavía mucho que decir para tratar de aclarar por el momento los puntos que han quedado oscursos. Vamos a ver, usted afirma que han quedado oscuros. Vamos a ver, usted afirma que quiló una habitación doble en el Hotel Levante, para una sola noche. Sin embargo, nos consta que desde el día 17 al 19 hizo usted noche en el Hostal Ramos de Sanponce, a quince kilómetros de aquí. ¿Puede usted explicarlo?»

«Lo cierto es que llegué el día 17 a Sanponce y me alojé por tres noches en el Hostal Ramos. Si dije otra cosa es porque no creía que tuviera importancia lo que hice durante esos días.»

«Comprenderá usted que es de suma importancia para todos, y en primer lugar para usted, saber lo que usted hizo en estos días. Le ruego que en lo sucesivo no trate de ocultar o desvirtuar unos hechos que pueden ser tan

fácilmente comprobados. No crea que proceder así le va a servir de algo; por el contrario, sólo obrará en detrimento suyo. Le ruego por consiguiente que se limite a la exposición de los hechos concernientes al señor Baretto, tal como ocurrieron, a fin de no incurrir en mayores responsabilidades.»

«Llegué a Sanponce el día 17 procedente de Valencia, por carretera. Ese día y los dos siguientes estuve alojado en el Hostal Ramos. El día 20 me trasladé aquí al Hotel Levante.»

«¿Qué hizo usted durante esos días?»

«Estuve recorriendo la ciudad y la costa, sin gran cosa que hacer.»

«¿Sin mucho que hacer?»

«Apenas conocía esto. No había estado en veinte años. Me dediqué a pasear.»

«¿Sin nada que hacer? ¿No hizo usted más que pasear?»

«Prácticamente nada más que pasear y ver algunos apartamentos. Venía buscando uno para el mes de agosto.»

«¿No se dirigió usted a una agencia?»

«No me gustan las agencias. Puedo encontrar un apartamento en cualquier lugar del mundo, sin necesidad de recurrir a una agencia.»

«¿No vio usted a nadie? ¿No habló con nadie en todo ese tiempo?»

«Algunos porteros y propietarios. Le daré las señas si quiere comprobarlo. El personal del hotel.»

«¿No conocía usted a nadie aquí?»

«A nadie; absolutamente a nadie.»

«¿Qué le trajo entonces por aquí? ¿Solamente el deseo de pasear y alquilar un apartamento para el verano?»

«Poco más o menos.»

«Y, por supuesto, en más de una ocasión pasó usted por la calle Ribes.»

«Es posible.»

«No, no se trata de que sea posible. Se trata de saber con exactitud si en esos tres días pasó usted, y proba-

blemente más de una vez, por la calle Ribes y concretamente frente al inmueble número 16. ¿Comprende usted?»

«Lo comprendo perfectamente, pero no lo recuerdo.»

«¿No recuerda usted la casa de la calle Ribes, número 16?»

«Se lo dije ayer claramente. Recuerdo la casa pero no la calle. Ahora mismo no sabría encontrarla. Así que no recuerdo tampoco si pasé por allí antes de ver a Baretto.»

«Sin embargo, dijo usted que no tenía conocimientos aquí aun cuando conocía a Baretto desde hace años. ¿Qué tiene que decir a eso?»

«Conocía a Baretto, pero ignoraba que se encontrase aquí.»

«Sin embargo, sabía usted que vivía en la calle Ribes.»

«No lo sabía. Lo supe. Ya se lo dije: lo encontré casualmente.»

«¿Cómo fue ese encuentro exactamente?»

«Fue al tercer día de mi llegada, el día 19 si no recuerdo mal. Yo estaba sentado en una terraza tomando una cerveza, cuando le vi pasar por la calle.»

«¿Se acercó usted y le abordó?»

«Sí... eso es.»

«Parece vacilar usted en sus contestaciones. ¿Está usted seguro o, mejor dicho, afirma usted que tras haber visto casualmente en la calle a Baretto, le abordó para saludarle?»

«Lo afirmo categóricamente.»

«O por el contrario ¿le siguió usted a distancia para ver hacia dónde se dirigía?»

«En absoluto. Le alcancé en la calle, en una esquina de la calle Creu Alta, creo que así se llama —esa que no tiene tráfico—, y hablamos un rato. Me dijo que vivía aquí desde hacía un par de meses, charlamos un buen rato, le invité a un café y me rogó que le fuera a visitar antes de marcharme.»

«¿No le dijo nada acerca de sus actividades? ¿A qué se dedicaba?»

«No me dijo nada de eso. Hablamos solamente de tiempos pasados.»

«¿Cuándo fue eso?»

«Ya le he dicho que fue el domingo 19, al mediodía.»

«¿No se sorprendió él al verle?»

«Ni se sorprendió ni dejó de sorprenderse. Eramos viejos camaradas, pero nunca habíamos tenido gran amistad.»

«¿Dónde se conocieron ustedes?»

«En Francia, en el 46.»

«¿Estuvieron juntos en Indochina?»

«Los dos estuvimos en Indochina pero en puntos separados. Apenas coincidimos.»

«¿Estuvo usted en Dien?»

«Yo no, él sí. Yo estaba de baja por enfermedad.»

«¿En qué unidad estaba usted?»

«En el cuarto Regimiento, compañía tercera. A las órdenes del capitán Dartigny.»

«¿Coincidieron también en Argelia?»

«También coincidimos circunstancialmente.»

«¿Cuándo volvió usted a Francia?»

«En el 56, después de Sakiet.»

«¿Cuándo le vio usted por penúltima vez, quiero decir, antes del pasado lunes?»

«No sé si en Marsella, en el 58. Tal vez en Montlaur, en Córcega, hacia el 60. No lo recuerdo demasiado bien porque ese detalle no tiene importancia para mí. Insisto en que sólo éramos conocidos.»

«¿Y afirma usted que ignoraba totalmente cuáles eran sus actividades actuales?»

«Totalmente. No tengo la más remota idea acerca de sus actividades actuales.»

«De nuestras informaciones concernientes a Baretto se desprende que muy bien podía haber gente, aquí, en Francia y en Marruecos, interesada en su desaparición. Por no hablar de algún ajuste de cuentas. ¿Puede usted decirnos algo acerca de eso?»

«Nada. Repito que ignoro a qué se dedicaba, pero es posible que se hubiera hecho con algunos enemigos; a

mí esas historias acerca de antiguos ajustes de cuentas me parecen siempre un tanto fantásticas. A un hombre sólo se le liquida por interés, nada más que por interés. El resto es romanticismo. No me extraña que se metiera en algo sucio.»

«Cambiemos de tema. Dígame, señor Gavilán, ¿acostumbra usted a llevar armas, no es así?»

«Casi siempre llevo conmigo mi pistola. Tengo licencia.»

«Lo sé. No necesita usted insistir sobre lo que ya sabemos; resulta una pérdida de tiempo. Pero, dígame, ¿qué pistola o pistolas acostumbra usted a llevar encima?»

«Le contesto con sus propias palabras. No creo que haga falta insistir sobre lo que usted conoce muy bien, una Walther PPK que poseo desde hace veinte años.»

«Se considera usted un buen tirador?»

«Un aceptable tirador, diría yo. No soy un experto.»

«Pero sin duda capaz de acertar a un hombre en el pecho a seis metros de distancia.»

«Sin duda alguna; usted también, supongo yo.»

«Más aún si está tendido en la cama, ¿no?»

«¿Qué quiere insinuar con ello?»

«Tan sólo quiero decir que si es usted capaz de acertar a un hombre en el pecho, a seis metros de distancia, tanto más fácil será hacerlo a cuatro metros sobre un hombre tendido en la cama.»

«¿En la posición en que encontraron muerto a Baretto? Supongo que sí, nunca he hecho la prueba.»

«No se trata de un sarcasmo, señor Gavilán. ¿Incluso en la cabeza?»

«¿En qué cabeza? ¿De qué me está usted hablando?»

«Acertar en la cabeza a un hombre tendido en la cama. Y a cuatro metros.»

«Usted sabe que eso ya es más difícil. En el ejército enseñan a no apuntar a la cabeza. Yo, al menos, no lo he hecho nunca.»

«Repito que no se trata de hacer conjeturas, tan sólo. No ignora usted que Baretto murió en la cama, de un tiro en la sien.»

«¿Cómo lo podía ignorar? Como no ignoro que todo apunta hacia el suicidio.»

«Sí, es lo más probable.»

«Entonces, señor comisario, ¿qué estoy haciendo yo aquí? ¿No son ustedes, o el juez, capaces de dictaminar un suicidio sin necesidad de todas estas molestias?»

«Créame que estas molestias no las causamos ni por capricho ni por una excesiva escrupulosidad. He dicho que lo más probable es que sea un suicidio, no lo más seguro.»

«Esa seguridad no la tendrá usted nunca.»

«Lo sé.»

«En virtud de eso no tienen ustedes derecho...»

«Eso se lo dice usted al juez, señor Gavilán. Por otra parte no se trata tanto de alcanzar esa seguridad cuanto de descartar la posibilidad de lo menos verosímil.»

«Por ejemplo, que un hombre acierte en la sien, a cuatro metros de distancia, a un hombre dormido.»

«Dormido, despierto o muerto. A seis, a cuatro o a dos metros de distancia.»

«Me limito a repetir lo que usted ha insinuado. Yo no he inventado los cuatro metros.»

«Señor Gavilán, antes de encontrar el cadáver, ¿visitó usted al señor Baretto en su casa tras la entrevista de la calle?»

«No, de ninguna manera. Tan sólo le vi en la calle Creu Alta y en su casa, cuando descubrí el cadáver.»

«¿Insiste usted en que la puerta del piso estaba abierta?»

«Así es, abierta con el resbaladero apoyado en el marco.»

«Según la declaración de ayer, usted descubrió el cadáver a eso de las dos y media del mediodía del lunes día 20. ¿No es así?»

«Así es.»

«Y, sin embargo, usted ya se había trasladado de Sanponce al Hotel Levante de aquí, esa misma mañana, lo que demuestra que tenía usted intención de seguir en la ciudad. ¿Cómo se concilia eso con el hecho de que

había usted quedado en visitar a Baretto antes de marcharse?»

«Pensaba irme el día 21 por la mañana o el siguiente a lo más tardar, a la vista de que no había encontrado nada que me gustara. A media mañana tenía todo el día por delante y pensé invitarle a comer. Eso es todo.»

«¿Iba usted armado?»

«Como siempre, ya lo dije al hacer la primera declaración.»

«¿No hizo usted uso del arma en casa de Baretto?»

«En absoluto. ¿Con qué objeto iba yo a hacer uso de mi pistola?»

«Debo advertirle, señor Gavilán, que hemos encontrado en el suelo señales de bala que pueden corresponder al calibre de su Walther PPK.»

«No digo que no, pero me parece que por ahí no va usted a ninguna parte. Esas señales, ¿son recientes? Y, en definitiva, la bala causante de la muerte ¿no la han encontrado ustedes?»

«Se ve que está usted perfectamente preparado para estas circunstancias. Y eso es precisamente lo que más me sorprende, señor Gavilán, esa familiaridad con los datos más sólidos que abonan la hipótesis del suicidio. En efecto, la bala causante de la muerte no corresponde a su pistola, sino a la del difunto, una Parabellum calibre 38.»

«¿Entonces?»

«Entonces ¿por qué no pudo usted disparar con la pistola del difunto, aprovechando que dormía?»

«Un hombre que duerme con la puerta abierta y con su pistola al alcance del primero que entre para meterle un tiro en la sien. ¿Es eso verosímil, señor comisario?»

«De eso se trata precisamente; ya se lo dije antes, tenemos que investigar la posibilidad de lo inverosímil. ¿Recuerda usted cuándo disparó por última vez con su pistola?»

«Lo recuerdo muy bien, fue la semana pasada, cerca de San Pedro de la Rápita. Paseando por la playa, detrás del puerto, me entretuve en disparar sobre unas gaviotas.

Me entretengo a veces en cosas parecidas y me hago la ilusión de que no pierdo facultades.»

«¿Hizo usted blanco alguna vez?»

«No, creo que no.»

«¿Se ha preguntado usted en estos dos días por qué lo retenemos aquí?»

«Nada más lógico, y no lo digo por hacer un cumplido, que retener a la persona que descubrió el cadáver. Por otra parte, viajo con mis papeles en orden y dejo mi nombre correctamente escrito en las fichas de los hoteles.»

«Eso es cierto y no crea que no deja de sorprenderme. No le puedo ocultar que he pensado que estoy tratando con un hombre más astuto y avezado de lo normal. En resumen, con un profesional. Porque reconocerá usted que no deja de ser extraño que un día antes del asesinato o suicidio de Baretto caiga por aquí un antiguo compañero de armas, después de veinte años sin aparecer, y que le visita en su domicilio aproximadamente a la hora después de producirse la muerte. ¿No le parece a usted extraño? ¿No son demasiadas coincidencias como para no pensar en lo más inverosímil?»

«No lo sé. Con ser extrañas, resultan más verosímiles que todo lo que ha insinuado. Además, se diría que me invita usted a participar en el trabajo que corresponde sólo a usted y que, a lo que entiendo, apunta a una inculpación a mi persona. Comprenda que no me preste a ello; eso sí sería lo más inverosímil, ¿no le parece?»

«No, quizá no.»

«No alcanzo a ver a dónde se dirige usted ahora.»

«Nada más que esto, señor Gavilán: la colaboración de usted para esclarecer un buen número de coincidencias y puntos oscuros podría aligerar la magnitud del delito del que puede ser en su día acusado.»

«Sencillamente, no alcanzo a ver por dónde va usted.»

«Es sin embargo bastante simple: la presencia de usted aquí, sus relaciones con el difunto y su visita en el mismo día y casi a la misma hora de su muerte pueden ser explicadas de una manera mucho más satisfactoria

que la que usted pretende y que usted, por el momento, se niega a hacer sin duda porque hay algo que ocultar en todo ello. Se han producido dos cadenas de hechos que tal vez sean independientes, pero que muy posiblemente tienen una relación directa de causa a efecto: una es su presencia aquí y su relación con el difunto y la otra es su muerte; por lo mismo que la segunda ha puesto de manifiesto la primera, de no ser ésta satisfactoriamente esclarecida puede verse imputada con la responsabilidad de esa muerte. Porque dígame, aun cuando Baretto se suicidara, ¿quién nos dice que no vino usted a inducirle u obligarle a ello? ¿que su presencia aquí no le dejara otra salida que pegarse un tiro en la sien?»

«¿Tiene usted alguna prueba del poder que podía tener yo para llegar a eso?»

«Esa investigación formaría parte en su día del sumario. Repito, eso es cosa del juez. Nuestro cometido se reduce por ahora a decidir si el sumario ha de ir por ahí o por otro camino completamente distinto. Así que dígame, señor Gavilán, ¿qué vino usted a hacer aquí?»

«Vine a estudiar la posibilidad de alquilar un apartamento para el verano.»

«No se sienta usted demasiado seguro con ese pretexto. Pero volvamos a lo de antes; ya que no le sorprende a usted que le retengamos aquí ¿no se le ha ocurrido pensar que hubiera por medio una delación?»

«¿Una delación? No se me ocurre de qué se me puede delatar ni quién podría hacerlo.»

«¿Y si vino usted aquí a cuenta de un tercero? ¿Y si ese tercero le jugó a usted una mala pasada, una vez cumplida, digámoslo así, su misión?»

«Vine aquí por mi cuenta y riesgo, sólo por mi cuenta y riesgo, y no existe nadie ni nada que abone esa posibilidad. Por mi parte puede usted seguir con ese juego cuanto quiera, no tengo prisa. Pero no le conduce a ningún sitio, se lo advierto, aunque sólo sea para economizar su tiempo, señor comisario. Pierde usted el tiempo con tales fintas.»

«Está bien, si es así, ¿quién queda entonces?»

«Eso es, ¿quién queda entonces?»

«Efectivamente, en tal caso no queda nadie más que el propio difunto.»

«No lo sé, no estoy en situación de discutirlo. Es muy posible que el difunto dejara algún papel comprometedor; dígame sin rodeos de qué se trata y trataré de aclarárselo con mi mejor voluntad. Como puede usted comprender, me va algo en ello.»

«¿Ha oído usted hablar del reflejo de corrección por el error?»

«No tengo la menor idea de qué puede ser eso.»

«Haría usted bien en saber algo de psicología de la conducta. O conducta de la conducta, como dicen algunos sabios. Es un curioso efecto que se produce en algunas actividades sujetas a la mecánica de los reflejos encadenados. El profesional educado a realizar una serie de actos, unos seguidos de otros, cuando se produce el fallo tiende, por costumbre, a ejecutarlos en el mismo orden, pero a partir del momento en que surge la alarma, involuntariamente comete algún error. Y ese error es el que con frecuencia le salva.»

«Reconozco que me he perdido totalmente.»

«Con todo, resulta bastante sencillo.»

«Será sencillo para usted.»

«Salta a la vista.»

«A la mía no, desde luego.»

«Usted disparó sobre Baretto, a cuatro metros de distancia, cuando estaba tendido en la cama.»

«Y le acerté en la sien.»

«No le acertó en la sien ni en ninguna otra parte del cuerpo. Dio usted en el suelo. A cuatro metros de distancia, sobre un cuerpo inmóvil, dio usted en el suelo cuando decidido a disparar sobre él se dio cuenta, sin poder detener el dedo sobre el gatillo, de que se trataba de un cuerpo inmóvil y abatido.»

«¿Ha tenido usted, señor comisario, que hacer todo un curso de psicología para venirme con ese cuento?»

«Es posible. Le diré que tan sólo he hecho uso de antiguos conocimientos para tratar de conciliar tres series de hechos que no casan entre sí.»

«A saber.»

«A saber: primero, su presencia aquí y su demasiado casual relación con el difunto el mismo día de su muerte; segundo, el suicidio de Baretto demostrado sin lugar a dudas por todos los expertos y todas las pruebas.»

«¿Y tercero?»

«Tercero: la carta de Baretto.»

«¿Qué carta es ésa?»

«El domingo día 19, con toda probabilidad, Baretto escribió una carta dirigida al Jefe de Policía que depositó en mano el lunes 20 y en la que aseguraba que usted había venido aquí para acabar con él. Acompañaba una descripción bastante detallada de su persona y cuantos datos consideró necesarios para aprehenderlo. A eso me refería cuando le hablaba de una delación.»

«Usted dijo ayer que Baretto andaba últimamente bastante trastornado. Es posible que después de nuestro encuentro del domingo se le ocurriera semejante disparate. Pero ¿qué clase de autoridad es ésta que da crédito al testimonio de un hombre fuera de su juicio? Quién sabe si mi encuentro en la calle despertó en él una inesperada reacción de la que el último responsable soy yo. Repito que no nos habíamos visto en diez años. Dígame, ¿cuál puede ser el móvil de semejante atentado?»

«Cosa del sumario, una vez más. Lo que a mí concierne es lo que ocurrió a Baretto desde el día de su llegada. Le voy a decir cómo ocurrieron las cosas, tal como yo las veo. Usted llegó aquí el sábado 18 o tal vez antes, siguiendo la pista de Baretto y dispuesto a acabar con él. Las razones que le pudieran mover a ello no hacen ahora al caso. Probablemente llevaba usted bastante tiempo decidido a ello; conocía sus pasos y a distancia no había dejado un solo día de acosarle. La trayectoria de Baretto desde que entró en el país indica sin lugar a dudas que huía siempre de algo, jamás permaneció en el mismo lugar más de dos meses. Usted debía conocer

bastante bien sus costumbres, su incapacidad para dormir por las noches, sus frecuentes recaídas en la droga y los tranquilizantes. Supongo que una vez lo hubo usted localizado se dedicó a espiarle durante dos días, para comprobar sus hábitos y horarios. Lo más probable es que no hubiera tal encuentro en la calle Creu Alta; en cambio lo que no podía usted sospechar es que Baretto no sólo le descubriera, sino que demostrara la presencia de ánimo necesaria para observar cómo, a última hora de la tarde del domingo (cuando usted creía haberle dejado en un cine), usted se introducía en su domicilio de la calle Ribes para inspeccionarlo y familiarizarse con él. Usted sabía que nunca se acostaba antes de las ocho de la mañana, tras adjudicarse una fuerte dosis de somníferos; pero él sabía que usted lo sabía y, por tanto, esperaba "su visita" para el mediodía, entre una y dos, cuando el personal de la imprenta del primer piso deja el trabajo y la casa queda sola. Entonces, y precisamente entonces, se pegó el tiro, metido en la cama. Estaba harto de vivir acosado, sabía demasiado bien que no tenía salida y no quiso marcharse de esta vida sin darle a usted su merecido. Le diré una cosa, podía haberlo hecho adjudicándose una fuerte dosis de barbitúricos y entonces usted, tomándolo por dormido, no habría fallado el disparo. Pero desconfiaba de los barbitúricos, ya los había ensayado dos veces en el último trimestre, sin lograr el resultado apetecido. Por eso optó por el disparo, tomando todas las precauciones posibles, incluso la oscuridad de la habitación y el corte de la corriente; se disparó en la sien, a través de la almohada, metido en la cama. Además tenía prisa y, desconfiando de los específicos, nada debía horrorizarle tanto como la idea de que usted acabara con él. A toda costa debía querer seguir siendo dueño de la iniciativa. ¿Me entiende, señor Gavilán, me explico?»

«Sí, se explica usted bien, pero no convence; deja usted tantos puntos oscuros como los que pretende aclarar.»

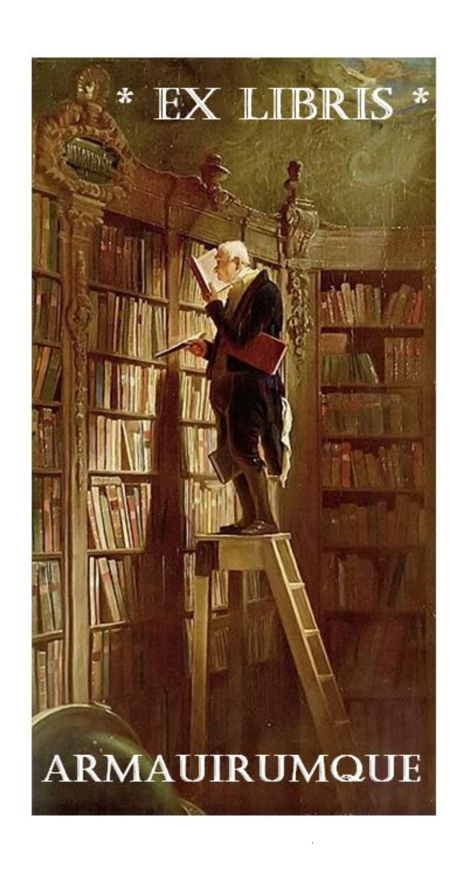
«Pero no pudo evitar que medio cuerpo se desplomara hacia el suelo. Incluso debajo de la almohada dobló una

toalla de felpa para evitar una mancha de sangre demasiado ostensible. ¿Para qué todas esas precauciones? Porque debía conocer sus métodos y tenía que saber que usted dispararía, a la luz de la puerta. No, no se equivocó gran cosa, el viejo Baretto; me pregunto si usted no lo ha subestimado porque se diría que siguió obedientemente sus instrucciones, hasta en el menor detalle, sólo que dio en el piso en lugar de haber acertado en el cuerpo, casi todo él fuera de la cama con la cabeza a ras de suelo. Pero, en fin, tuvo usted la serenidad de inspeccionar el cadáver y reconocer la situación; incluso buscó la bala en el suelo y la huella del disparo y hasta tuvo tiempo de limar las astillas y disimular la muesca con un poco de barro. En cambio, no reparó usted en el impacto de rebote en la pared, debajo de la cama. Usted había liquidado la cuenta del hotel de Sanponce, dispuesto a huir y pasar la frontera —como usted sabe hacerlo— ese mismo día. Pero ante la nueva situación recapacitó; mucho más seguro y convincente que la huida era su presencia aquí, sin nada que ocultar. Así que decidió tomar una habitación en el Hotel Levante; hizo desaparecer la bala, limpió cuidadosamente la pistola (demasiado cuidadosamente para un hombre que de tarde en tarde acostumbra a hacer ejercicios de tiro sobre los pájaros) y se personó de nuevo, a eso de las dos y media, en la casa de la calle Ribes para descubrir el cadáver con toda inocencia. Y por si fuera poco se presentó aquí a denunciar el hallazgo. Sin embargo, le diré que no logró usted hacer desaparecer del todo esos residuos de pólvora imperfectamente quemada, tan características de un único y primer disparo con un arma que lleva algún tiempo sin ser utilizada. No parece tampoco demasiado verosímil —he dicho verosímil— que un hombre que se entretiene tirando a las gaviotas, sin hacer blanco, realice tan sólo un disparo. En fin, que el viejo Baretto se la jugó a usted bien. Yo creo que debía usted haberlo tenido en más consideración. No se tenía usted que haber conformado con dejarle a la puerta del cine; la salida da a otra calle. El viejo Baretto; por lo menos ha conseguido que quede

usted a disposición de la autoridad judicial. Son dos cosas distintas: inducción al delito u homicidio frustrado. ¿Lo prefiere usted así, señor Gavilán?»

«¿Homicidio? ¿Homicidio frustrado? ¿Qué fantasías son ésas? Yo vine aquí en busca de un apartamento para el verano.»

«Ah, si usted lo prefiere así, señor Gavilán...»



Catálisis

(Catálisis: Transformación química motivada por cuerpos que al finalizar la reacción aparecen inalterados.)

Septiembre había vuelto a abrir, tras una semana de abstinencia de sol, su muestrario de colores y matices que, desde las alturas, el clima había escogido para la fugaz temporada del preámbulo otoñal. Las lluvias anteriores habían servido para borrar toda muestra del verano, para cerrar el aguaducho, para llevarse los restos de meriendas campestres y dejar desierta la playa y sus alrededores —el promontorio y la carretera suspendidos en el inconcluyente calderón de su repentina soledad, como el patio de un colegio que tras un toque de silbato queda instantáneamente desprovisto de los gritos infantiles que le otorgan toda su entidad, un mar devuelto a su imposible progresión hacia las calendas griegas, apagado el bullicio con que había de intentar su falsa impresión en el presente.

«Es uno de los pocos privilegios que nos quedan.»

Fueron paseando a lo largo de la carretera, cogidos del brazo, deteniéndose en los rincones de los que habían estado ausentes durante toda la usurpación veraniega, como quienes repasan el inventario de unos bienes arren-

dados por una temporada. Y aun cuando no pasara un día que no celebrasen los beneficios de la paz que les era devuelta cada año al término del mes de septiembre, en su fuero interno no podían desterrar la impresión de enclaustramiento y derelicción que les embargara con la casi simultánea desaparición de la multitud que tantas incomodidades provocaba.

Un rezagado veraneante, un hombre de mediana edad que paseaba con su perro, que en un principio les había devuelto la ilusión de compañía hasta el verano de San Miguel, había de convertirse por la melancolía de su propia imagen en el mejor exponente de un abandono para el que no conocían otros paliativos que las —repetidas una y otra vez sin entusiasmo pero con la fe de la madurez, con la comedida seguridad de la persona que para su equilibrio y confianza necesita atribuir a una elección libre y voluntaria la aceptación de una solución sin alternativa posible— alabanzas a un retiro obligado por motivos de salud y economía.

Todas las tardes salían a pasear, en dirección al promontorio y el río, si estaba despejado el cielo, más allá de la playa y hacia el pueblo si amenazaba lluvia; todos los días tenían que comunicarse los pequeños cambios que advertían (todos ellos referentes al prójimo o a cuanto les rodeara) y las menudas sorpresas que aún les deparaba una existencia tan sedentaria y monótona. Porque para ellos ya no había cambios ni margen alguno para la novedad, a fuerza de haberse repetido durante años que envejecerían juntos.

A pesar de vivir en el pueblo (eran las únicas personas con estudios, como allí decían, que habitaban en él durante todo el año) desde bastante tiempo atrás no tenían otros conocidos que los obligados por su subsistencia y solamente de tarde en tarde un pequeño propietario y su señora pasaban a hacerles visita y tomar una merienda en su casa. Tan sólo recibían los periódicos y semanarios de la ciudad y las cartas del banco y no se sabía, desde que asentaron allí, que se hubieran ausentado del pueblo un solo día, a pesar de las incomodidades que provocaban

los veraneantes. No eran huraños, no se podía decir que sus costumbres fueran muy distintas a las de la gente acomodada del lugar y se cuidaban con sumo tiento —no lo hacían ni en privado— de no expresar la añoranza de la ciudad o el eterno descontento por la falta de confort o de animación del medio que habían elegido, al parecer, para el resto de su vida.

Se diría que lo habían medido y calibrado todo con la más rigurosa escrupulosidad; que, a la vista de su edad, de sus achaques, de sus rentas y gustos, habían ido a elegir aquel retiro para consumir gota a gota —sin un derroche ni un exceso ni un gesto de impaciencia ni una costosa recaída en el entusiasmo— unos recursos que habían de durar exactamente hasta el día de su muerte; por eso se tenían que pasar de todo dispensable capricho y de la más inocente tentación, no podían sentir curiosidad hacia forasteros y veraneantes ni se podían permitir un brote de envidia, siempre reprimido, o un gesto de asombro ante cualquier emergencia de lo desconocido que permitiese la irrupción en la escena montada para el último acto de la comedia de esos decorados y agentes secretos que todo tiempo esconde a fin de otorgarse de tanto en tanto la posibilidad de un argumento. Empero, todos los días debían esperar algo imprevisto, que ni siquiera se confesaban uno a otro. Porque la negativa a aceptarlo, la conformidad con la rutina y la disciplina para abortar todos los brotes de una quimérica e infundada esperanza eran —más que el pueblo tan sólo animado durante dos meses, aparte de los preparativos para el verano y los coletazos de los rezagados— lo que constituía la esencia de su retiro.

Decidieron llegarse hasta el cruce a nivel, un paseo algo más largo que lo usual. Al toparse con él debieron pensar que la situación del hombre del perro no debía ser muy distinta a la suya. «Fíjate, han talado los árboles que había allí, ¿te acuerdas?» o «Vete a saber lo que van a construir aquí, una casa de pisos» o «Me ha dicho la panadera que cierran el negocio; van a poner en su lugar una tienda de recuerdos y chucherías y cre-

mas para el sol», constituían el repertorio de frases usuales con que ambos seguían día a día el curso de unas transformaciones que nada tenían que ver con ellos, que tanto contrastaban con aquella tan monástica austeridad que hasta la eliminación de una camisa o un trapo viejo llegaba a suponer un cierto quebranto al duro voto de duración que tan firme como resueltamente habían profesado para poder subsistir.

La lluvia y la desaparición de los veraneantes hicieron el resto en aquel momento; esto es, una nueva acción de gracias por las bondades de su retiro, por el encanto de una naturaleza que volvía con todas sus prendas a enseñorearse del lugar, tras dos meses de humillante servidumbre a los requerimientos de la moda estival.

«Fíjate cómo huele aquí; qué delicia. Cuatro gotas y cómo se ha puesto todo esto.»

Una acción de gracias con renovada fe, con tan sincera convicción que apenas dieron importancia al nuevo encuentro con el rezagado veraneante del perro, un hombre de medio luto, con quien se habían cruzado poco antes en el mismo sentido y que, por consiguiente, hubo de hacer el mismo camino que ellos, con mayor rapidez y tomando un itinerario paralelo.

Se detuvieron a escuchar el canto de unos estorninos que, en un frondoso seto de plátanos, también se preparaban para el viaje. Se asomaron a contemplar el mar en la revuelta de la carretera sobre el promontorio, olas grandes y distanciadas que rompían a sus pies con una reverencia de reconocimiento y vasallaje a todos los que —como ellos— se habían elevado por encima de las contingencias diarias para sacrificarse en lo último, atentos tan sólo a lo inmutable. Pocas veces se habían alejado tanto por la tarde; era uno de esos días que rebosaban seguridad y firmeza, tan necesarias para los seis meses de frío. Con frecuencia habían comentado cómo aquellos paseos fortalecían su espíritu.

«Nos acercaremos hasta la venta. Todavía oscurece tarde y tenemos tiempo de sobra. Hace una tarde magnífica.»

La venta distaba todavía casi un kilómetro. En los últimos tiempos sólo habían llegado hasta allí, a sentarse bajo el alpendre a tomar una cerveza o un refresco, cuando alguien del pueblo les había acercado en el coche.

Ya habían descendido la cuesta del promontorio, enfilando la recta al término de la cual se hallaba la venta —tras una revuelta escondida entre una masa de árboles— cuando ella se detuvo súbitamente, para escuchar algo que no llegó por entero a sus oídos. «¿Qué ha sido eso?», preguntó mirando hacia el cielo, «¿no has oído nada? ¿no has sentido algo raro?»

Fue como un relámpago diurno que, sin acompañamiento del trueno, al ser apenas vislumbrado por el rabillo del ojo necesita de una confirmación para despejar la inquietante sensación que deja el visto y no visto. «No sé... por allí, o tal vez por allí ¿no has visto nada?»

«Allá lejos debe haber tormenta. Está el tiempo muy movido. No sé si será mejor que volvamos.»

«Vamos a acercarnos hasta la venta.»

Siguieron caminando, con frecuentes miradas hacia el cielo, cambiando entre ellos esas frases tranquilizadoras que todo ánimo optimista espera que alcancen y persuadan a los elementos para que refrenen sus impulsos tormentáceos.

Llegaron a la curva cuando todavía quedaba un par de horas de luz. Impaciente por localizar su objetivo estiraba el cuello o salía de la calzada para apaciguar la inquietud que se había apoderado de sus pasos. Y de nuevo ella se detuvo de repente, con los pies juntos y la boca abierta, completamente inmovilizada, con la mirada fija en el frente.

«¿Qué te pasa?»

Sacudió su brazo, tomó su mano y la apretó con fuerza, una mano inerte a través de la cual sintió que pasaba a su cuerpo todo el flujo de su espanto, casi reducida a la nada en el momento en que, todo el campo sumido en el repentino silencio que preludia a la tormenta, cuando se siente que se han agazapado hasta los seres invisibles, en otro punto muy distinto pero también a sus

espaldas, percibió —no vio— el relámpago, el desgarrón conjunto y contradictorio de un cielo y un mar que tras el espejismo mudaran hacia un continente más falso y grave, como el niño que con su cuerpo trata de ocultar el desperfecto que ha causado; en un momento envejecidos y deteriorados por una película de vicioso óxido.

Se había vuelto para observar al paseante del perro —inverosímilmente lejano, aun cuando terminaba de cruzarse con ellos, en el mismo momento del trance— cuando despertó.

«¿Y la venta? ¿Dónde está la venta?», preguntó.

Fue aquella insistente pregunta lo que colmó su desorientación. Se adelantó unos pasos, dejándola sola en la carretera, se encaramó a un pequeño montículo para otear en todas direcciones y volvió aún más confundido.

«Me parece que la hemos pasado.»

«Es a la vuelta de aquella curva.»

«No sé en qué íbamos pensando. Vamos a volver de todas maneras.»

Pero ella le miró de manera singular; carecía de expresión, pero la incredulidad se había adueñado de tal manera de todo su cuerpo que no pudo reprimir un gesto de disgusto.

«Vamos», le dijo, tratando de volverla en dirección opuesta a la que habían traído. Pero ella se mantuvo rígida, con la mirada puesta en el frente.

«Es inútil», contestó.

«¿Qué es lo que es inútil? Vamos, se va a hacer tarde. Es hora de que volvamos.»

«Es inútil», repitió.

«Pero ¿qué es lo que es inútil?»

«Todo. Todo ha cambiado. Fíjate cómo ha cambiado todo. Dame la mano. Fíjate.»

Obedeció y se produjo de nuevo el relámpago, acaso a consecuencia de la descarga que sufrió a través de su mano. Todo había mudado, en efecto: tras el deslumbramiento provocado por el rayo, todo en su derredor —sin producirse el menor perceptible cambio— era irreconocible, de igual manera que la fotografía de un paisaje fa-

miliar, cuando ha sido revelada al revés, no resulta fácil de identificar porque no esconde ningún engaño.

Dieron unos vacilantes e ingrávidos pasos, en la misma dirección que habían traído; luego pronunció unas palabras inconexas.

«La venta..., al fondo, más al fondo.»

«Eso es, más al fondo.»

Quedaron inmovilizados, cogidos de la mano y mirando al frente de la carretera boquiabiertos, sin mover un músculo ni hacer el menor signo cuando el hombre que paseaba con su perro se cruzó de nuevo con ellos, sin reparar en la inusitada imagen que componían.

Tampoco el perro se volvió a mirarles, marchando apresuradamente, con la cadena tirante.

En cuanto a ellos..., los últimos vestigios de su percepción no les sirvieron para advertir que además del perro se ayudaba de un bastón, siempre adelantado y casi inmóvil sobre sus rígidos y acelerados pasos, no giraba la cabeza y ocultaba sus ojos tras unas gafas oscuras.

—El primer año tras su jubilación, fue tan amargo y difícilmente llevadero para el profesor Canals que, cuando una institución privada le ofreció desarrollar un extenso ciclo de conferencias para un número muy restringido de especialistas y profesores, no vaciló en volver a aquel remedo del servicio activo no sólo al objeto de ocupar tan buen número de horas vacías, sino decidido a coronar su carrera con un curso de inusitada índole, pensado desde años atrás, que la cronología administrativa había abordado antes de que pudiera prepararlo con el rigor que caracterizaba toda su actividad docente.

Se hubiera dicho que la jubilación le había cogido desprevenido; que la rutina de la cátedra, los libros y la vida académica, al empujarle hacia el límite de la edad activa le había convertido en un hombre tan olvidadizo y desdeñoso respecto al reloj y al calendario, que a duras penas pudo sobreponerse a la avalancha de horas de ocio que había de sepultar con la indolencia la conclusión de una obra pensada y desarrollada en buena parte durante

vigilias nocturnas y veranos interrumpidos por viajes al extranjero.

Acostumbrado desde siempre a trabajar entre horas llegó a temer que la carencia de obligaciones urgentes pudiera suponer, por paradoja, una cesación de aquella inspiración creadora que tanto más generosa y enérgica se demostraba cuanto más apremiado se hallara por los compromisos oficiales. Por eso, la invitación vino a infundirle tan nuevos ánimos y tantos arrestos que se decidió a utilizar el curso para desarrollar aquellas lecciones —extracto y contradicción de muchos años de disciplinada labor— que hasta entonces su propia ortodoxia académica no le había permitido exponer en un aula pública.

Sin que llegara a constituir una sorpresa para aquellos pocos que bien porque habían gozado de una cierta intimidad con él, bien porque habiendo seguido su obra con interés y continuidad habían sabido descubrir las insinuaciones a la rebeldía y las veladas amonestaciones a los axiomas de la ciencia que de manera sibilina introdujera en su monumental corpus, reputado por todas las sociedades cultas de España y América como un inconcluso hito en lo sucesivo imprescindible para toda investigación histórica de su tierra, lo cierto es que con aquel postrer curso el profesor Canals, al adivinar que contaba ya con pocas oportunidades para revelar lo que había mantenido siempre si no secreto, al menos velado por la penumbra del escepticismo, quiso dar todo un giro a su trayectoria precedente, llevando al ánimo de su reducido auditorio un espíritu de censura e ironía respecto a sus propios logros como para darles a entender que sólo con aquella burlesca nota contradictoria y regocijante podía coronar una obra para la que hasta entonces no se había permitido la menor de las licencias.

Acaso por esa razón el curso fue cobrando, a medida que progresaba, una mayor resonancia y expectación, llegando a constituir tal acontecimiento, dentro de la etiolada vida cultural del país, que los hombres que regían la institución que lo patrocinara empezaron a pensar

en una segunda edición dedicada a un público más vasto. Pero el Profesor se negó rotundamente a ello, alegando motivos de salud y ocupaciones privadas y familiares, resuelto a limitar la lectura de aquella especie de testamento a los pocos que, desde el origen, y antes de que se pusieran de manifiesto sus secretas intenciones, habían acudido a él para requerirle su último gesto de docencia. No sólo se negó a ello, sino que, reiteradamente, cursó las instrucciones precisas para que, a la vista de las numerosas peticiones, se limitara con todo rigor la asistencia al aula a las personas que se habían inscrito en el curso durante el período abierto para la matrícula, no vacilando para ello en desoír toda suerte de recomendaciones de colegas y personajes principales que hasta aquel momento habrían jurado que podían gozar de toda su confianza y deferencia. Tan sólo hizo una excepción con un joven estudioso de una provincia lejana que, rechazando para sí el vehículo de las cartas de recomendación o la influyente intervención de un tercero, le hubo de escribir una carta tan medida y sincera que el Profesor no dudó en enviarle, a vuelta de correo, la tarjeta de admisión tras haber rellenado y abonado él mismo la ficha de inscripción.

Para los asistentes no podía ser más satisfactoria la conducta de su maestro que así les situaba en una situación de privilegio, tan codiciada por muchos colegas y conocidos; gracias a ello se había de crear, en la ostentosa, achocolatada y semivacía sala de conferencias, ornamentada con una decoración de rocalla y frescos dedicados al triunfo de la industria y el comercio, un clima de intimidad que había de permitir a Canals ciertas actitudes y extremos que estaban lejos de su mente cuando tuvo la primera idea del ciclo. No sólo hacía gala de una erudición que —se diría— acudía voluntaria a su memoria en el momento oportuno, sin necesidad de ser reclamada para ellos, a fin de corroborar con un dato incontestable una afirmación que de otra forma podía ser reputada como aventurada, sino que de tanto en tanto un espíritu mordaz —e incluso chocarrero— se permitía los

mayores desaires sobre esa clase de saber basado en el saber de otros, al igual que el señor que, inesperadamente y a espaldas de ella, se permite toda clase de bromas acerca de la servidumbre que mantiene y da rendimiento a su hacienda. Y no era infrecuente que toda la sala —un grupo selecto y reducido, devuelto a sus años de estudio y obligado a dedicar a aquella sesión semanal un buen número de horas de estudio, a fin de poder recoger todo el fruto de tantas insinuaciones sutiles e inéditas interpretaciones que ponían en jaque toda disciplina poco acostumbrada a someter a juicio sus propios cimientos— irrumpiera, de tanto en tanto, en estruendosas carcajadas o unánimes ovaciones con que la asamblea celebraba el triunfo de un espíritu que había sabido en el declinar de su vida liberarse de las ataduras impuestas por la más honesta y sincera de las vocaciones.

Al profesor Canals no pudo por menos de sorprenderle la incomparecencia de aquel hombre que, a pesar de haber obtenido mediante un precio tan exiguo —tan sólo una carta escrita en los términos precisos— un premio que al decir de él mismo tanto ponderaba, de tal manera se demoraba en cobrarlo. Conocía de sobra su auditorio para saber que no se trataba de ninguno de los presentes quienes, con muy escasas excepciones, habían acudido con puntualidad desde el primer día. Se hallaba a punto de escribirle para conocer la causa de su incomparecencia (pensando que tal vez se había extraviado su respuesta) cuando, en la conferencia que a sí mismo se había señalado como límite de su silencio y de su espera, denunció la presencia de un hombre que por su aspecto y por su tardanza no podía ser otro que su corresponsal de provincias; se trataba de un hombre joven, prematuramente calvo y de pelo rubicundo, que tomó asiento en una silla separada del resto del auditorio por toda una hilera vacía; que a diferencia de casi todos los presentes no sacó papel ni hizo el menor ademán para tomar apuntes; que escuchó toda la charla con inmutable actitud y que al término de la misma desapareció del aula sin darse a conocer ni hacerse ostensible,

aprovechando la pequeña confusión que en cada ocasión se creaba en torno al solio, cuando algunos asistentes se acercaban al profesor para inquirir acerca de cualquier detalle del que precisaran algunas aclaraciones.

Idéntico desenlace se había de repetir en ocasiones sucesivas sin que al profesor Canals le fuera dado en ningún momento llegar al trato con aquel hombre que manifestaba su reconocimiento de manera tan singular. Tal vez fuese eso —unido a la poco elegante costumbre de entrar en la sala una vez iniciada la conferencia— lo que despertó su impaciencia; o aquella postura distante e inmutable, correcta pero adobada con un matizado gesto de insolencia, como si más que a escucharle o aprender acudiera allí con el propósito de demostrar —aunque sólo fuera con su indiferencia— que en modo alguno se hallaba dispuesto a dejarse influir por su ciencia, por su oratoria o por su magnanimidad.

No acompañaba con sus risas al resto del auditorio, no tomaba notas, en ningún momento asentía, jamás se acercó al estrado. No sólo se cuidaba de que su expresión reflejara la falta de interés que le provocaba el acto, sino que —la cabeza ladeada apoyada en la mano derecha; dos dedos en la sien y otros dos bajo el labio inferior forzaban un rictus de la boca de augusto e incorregible desdén— parecía empeñado en demostrar que su presencia en la sala no obedecía ni a una necesidad ni a un deseo, sino al cumplimiento de un fastidioso compromiso que le obligaba a permanecer durante una hora escuchando unas cosas que nada le decían, que para él carecían de todo atractivo, de todo ingenio, de todo rigor y toda novedad y que —ateniéndose a su despectivo talante— a su juicio solamente podían causar impresión en el pequeño grupo de papanatas acomodados en las filas delanteras.

Incapaz de recurrir, en su situación, a otras armas, el profesor Canals trató en un principio de sacarle de su indiferencia con miradas y frases cargadas de intención y simpatía, con gestos y palabras secretas y expresamente pensadas para él y, por encima de un auditorio incapaz

de percibir aquellas fugaces dedicatorias, en especial dirigidas hacia él. Su discurso se fue oscureciendo, cargado de sentidos ocultos que sólo él —así lo presumía— estaba en situación de aprehender. Y hasta en ocasiones le hizo el objeto directo de sus invectivas, llegando a forzar algún giro de su dicción para convertirla en pieza de acusación —acompañada de todo el peso de su justo enojo— contra aquella presencia que de manera tan desconsiderada como desagradecida se había permitido romper la armonía de una fiesta a la que tenía derecho y a la que no estaba dispuesto a renunciar. Fueron gestos y palabras imprudentes con los que sólo había de conseguir un efecto contraproducente; porque lejos de moverle de su acrisolada indiferencia sólo había de afianzarle en ella, en cuanto el Profesor, al comprender que su oyente se había percatado de todas y cada una de las insinuaciones que le dirigiera, no tuvo más remedio que aceptar la situación de inferioridad —ignorada para el resto del auditorio— en que le situaba la tácita, suficiente y despectiva declinación de todos sus secretos ofrecimientos.

En días sucesivos optó por olvidarse de él y eludir su vista aunque no pudiera, de vez en cuando, dejar de levantar los ojos hacia el lugar que ocupaba para constatar la permanencia de su presencia y de su actitud, y a pesar de que cada una de aquellas rápidas (pero a continuación deploradas) comprobaciones suponía una caída en el vacío, tantas veces señalada por un hiato o un silencio que si bien el Profesor se cuidaría de reparar y reanudar gracias a su mucha práctica, no por eso dejarían de repercutir en el tono de aquellas lecciones condenadas a perder la agilidad, el vigor y la despreocupación que las distinguiera durante la primera parte del curso.

Contra su voluntad, se vio obligado a recurrir a la lectura, a hundir la mirada en las hojas mecanografiadas —con el consiguiente tributo a la espontaneidad que no podía pasar inadvertido a sus oyentes, añorantes de aquel espíritu burlón que había desaparecido del estrado para dar entrada a cierta monotonía— y protegerse tras el intenso haz de luz del flexo, aislado en lo posible de

aquella presencia vislumbrada a través de una nube de polvo. Incluso llegó a tener dificultades con la lectura, su pensamiento puesto en otra parte: porque fue entonces cuando —para sus adentros, mientras leía— vino a interpretar el origen de tanto desdén: no acudía allí a escucharle sino que —poseedor de unos conocimientos y un poder más vasto que los suyos— se permitía tolerar su actividad a la que, en cualquier momento, con una mínima intervención por parte suya, podía poner fin. Esa era la causa de su zozobra; esa era la mejor razón para que, durante todo aquel período, al término de cada sesión en la frente del profesor Canals surgiesen innumerables gotas de sudor que una mano temblorosa y anhelante secaba con un pañuelo una vez que se vaciaba el aula.

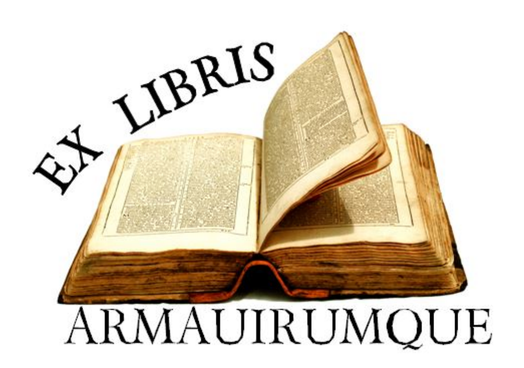
En estas circunstancias se produjo el momento de alivio. Algo más que un momento. La tarde en que el Profesor, a punto de alcanzar el límite de su resistencia, estaba decidido a anunciar la reducción del curso —y si no lo hizo antes fue por el temor y la vergüenza a hacer pública su rendición en presencia de quien la había consumado— al levantar la mirada hacia la sala comprobó que el asiento del oyente de provincias se hallaba vacío y eso bastó para procurarle tal alivio que pudo seguir adelante sin tener que llevar a cabo su resolución. Vacío había de permanecer durante varias sesiones consecutivas y en la sala volvió a campear su espíritu animoso y despreocupado, que resucitaba la facundia y el ingenio de los primeros meses, que le devolvía la confianza y seguridad en sí mismo necesarias para completar el ciclo tal como lo había programado en su origen. Aquellas herméticas sentencias, cuyos secretos sentidos tantas veces escaparan a la concurrencia, volverían a aclararse por obra de su propia ironía, y aquel talante taciturno y apesadumbrado quedaría despejado por la un tanto impúdica concepción de la historia, aderezada con la benevolencia necesaria para hacer pasable todo el rosario de abusos y tragedias que constituían la esencia de su relato. Hasta que su atención fue de pronto distraída por un crujido

en el suelo y un rumor de sillas en el fondo de la sala: había vuelto el oyente de provincias que, con el mismo gesto de fastidio y suficiencia, tomó asiento bastante apartado del auditorio habitual.

Se produjo un largo silencio, una tan estupefacta paralización del Profesor que algunos asistentes volvieron la cabeza para observar al recién llegado, la causa de tan inesperado cambio. De repente el profesor Canals despertó, animado por una súbita inspiración; cruzó las manos sobre la mesa, inclinó el fuste del flexo para iluminarlas con mayor intensidad y, dirigiendo la mirada al techo, reanudó su disertación con inusitada energía y precipitación para —a partir del punto donde había quedado a la llegada del intruso— hilvanar una sarta de consideraciones de oscuro significado y difícil intelección —salpicadas de citas y frases en latín, griego y hebreo—, pautadas de tanto en tanto con intensas y furiosas miradas al fondo de la sala.

Aquellos que tomaban notas dejaron el lápiz para escuchar la coda, solemne, emocionante; los más se inclinaron hacia adelante en la esperanza de que el acortamiento de la distancia en unos pocos centímetros les devolviera lo que el cambio les había arrebatado o, al menos, entenebrecido. A la postre, cuando para rematar aquellas turbias ideas acerca de la constitución del Estado el profesor Canals extrajo del bolsillo una tira de papel donde había escrito la frase con que Tucídides explica la retirada del más sabio de los atenienses de la escena pública, a fin de preservar la armonía de quienes no sabían ver tan lejos como él, frase que chapurreada con tosca pronunciación nadie sería capaz de localizar ni encajar en el contexto de la lección, no había hecho sino alinear las últimas armas de que disponía; sólo esperaba su inmovilidad, la permanencia de su gesto de desdén, a fin de desenmascararle ante sí mismo, y no pretendía más que, al abusar una vez más de su ficticia superioridad, denunciar la ignorancia de la que se había prevalido para ostentar lo que no era. Pero el joven, prematuramente calvo y rubio, no bien hubo terminado

Canals de leer su cita y quitarse las gafas para observar el efecto que producía en el fondo de la sala, se levantó con flema y, tras dirigir al profesor una mirada cargada con su mejor menosprecio, abandonó el local sigilosamente en el momento en que el conferenciante —de nuevo absorto, boquiabierto e hipnotizado— se incorporaba de su asiento en un frustrado e inútil intento de detención y acompañamiento, antes de desplomarse sobre la mesa y abatir el flexo.



Indice

Horas en apariencia vacías 7
Una línea incompleta 29
De lejos 55
TLB 79
Reichenau 83
Viator 89
Garet 99
Así era entonces 121
Después 133
Por los suelos 157
El demonio de la paridad 167
Ultimas noches de un invierno húmedo 181
Obiter dictum 197
Catálisis 211
Syllabus 219